BIBLIOTECA DEL LIBRE-PENSAMIENTO — VOLÚMEN III

BATALLAS

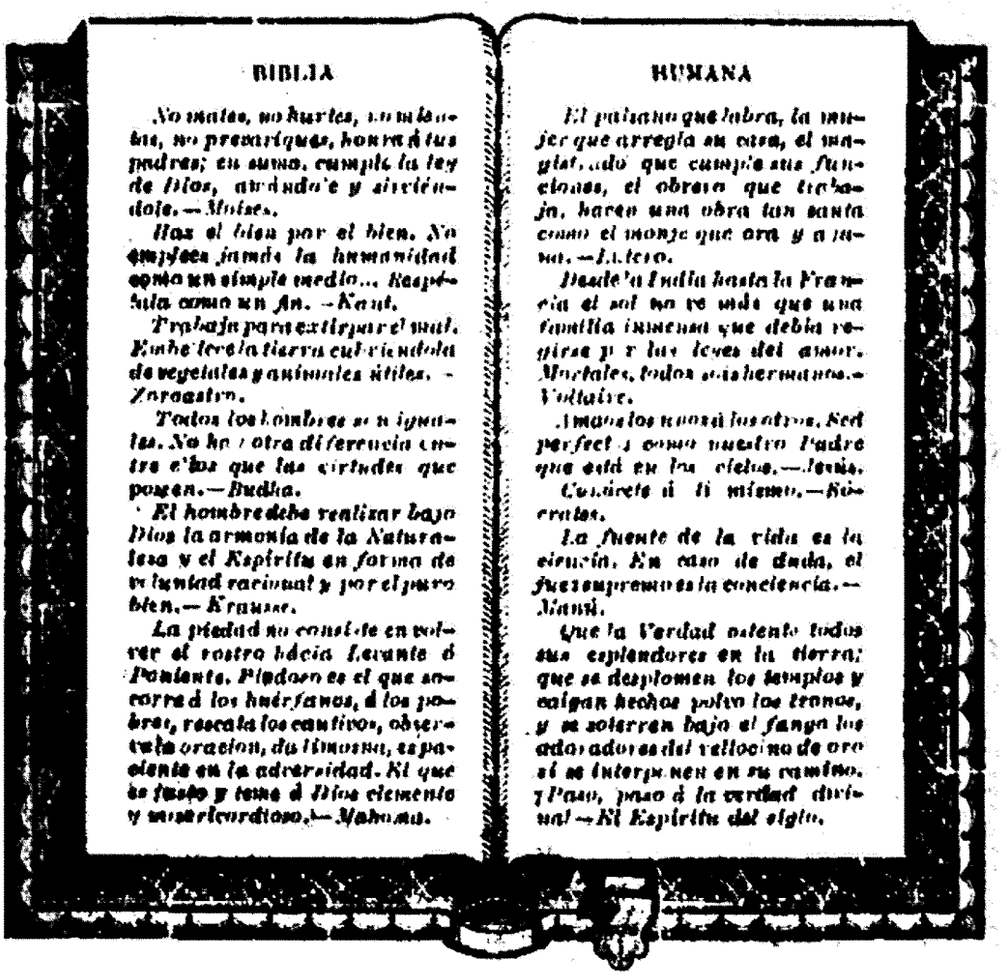
DEL

LIBRE-PENSAMIENTO

POR

DEMÓFILO

SEGUNDA COLECCION DE ARTÍCULOS



Madrid, 1885.—Tipografía de Alfredo Alonso, Soldado, 8.

Al Sr Director de [illegible] Martam
de Mauran: patente nacido del
libre-pensamiento Discípulo)

BATALLAS DEL LIBRE-PENSAMIENTO

BATALLAS

DEL

LIBRE-PENSAMIENTO

POR

DEMÓFILO

Segunda coleccion de artículos publicados en LAS DOMINICALES

bajo este seudónimo

MADRID
TIPOGRAFÍA DE ALFREDO ALONSO
Calle del Soldado, núm. 8
1885

R. 6764

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo. VII
Juicio de Dios.. 1
1884.—Tengamos fé. 10
La Masonería y el Papa. 14
Cides y Reyes, ó Democracia y Monarquía.. . . 24
República y Libre-pensamiento son gemelos. . . 28
El Dos de Mayo. 40
Importancia de la mujer. 44
Nuestra Revolucion. 51
Espantosa vision. 55
La vergüenza no es ser sublevados, sino tiranos. 84
O contradiccion, ó adhesion.. 89
Al árbol de Guernica.. 96
La pena de muerte.. 101
¡Bárbaros, bárbaros, bárbaros!.. 105
La alusion del P. Cámara al Libre-pensamiento. 111
El Cid excomulgado. 118
A un vasco carlista, cualquiera. 123
Exhortacion. 129
Cuadron, cura desengañado. 134
La contricion católica. 140
Giordano Bruno. 152
Las dos reinas. 162
La libertad de la cátedra. 172
Ante la estátua del Libre-pensamiento. 177

R. 6764

QUERIDO RAMON:

Levantadas las manos al cielo, nos hemos jurado vencer ó morir en estas Batallas, y lo cumpliremos.

Júntense aquí nuestros nombres, como están juntos nuestros corazones.

DEMÓFILO.

PRÓLOGO

Han sido estos dos años un batallar sin tregua.

Batalla con la Iglesia; batalla con el Estado; batalla con el fanatismo; batalla con la hipocresía; batalla con el excepticismo; batalla con los intereses ruines; batalla, en suma, contra este inmenso valladar que la Historia ha opuesto al paso de nuestro pueblo para impedirle avanzar por el camino del progreso.

Bendito Dios, que nos has conservado en ese tiempo la dulce salud.

Bendita tú, ¡oh divina Verdad! bendita mil veces, mi diosa adorada, que no te has apartado de mí un instante, deleitando mi oido con la armonía de tu voz y alegrando mis ojos con la luz que irradia tu esencia.

No hay nada comparable á tí, potente Verdad; tú

en nombre de Dios, interponiéndonos al paso de los que van como el ganado al abrevadero, donde los lleva la costumbre; vednos aclamados, objeto de ardorosas manifestaciones, arrastrar en nuestro carro, sencillo y sin afeites, la opinion, señora y soberana al cabo de los pueblos.

¿A quién sino á tí, impalpable Verdad, lo debemos?

Sí; tú eres el poder supremo del Universo mundo; tú eres el granito sobre que todo está sustentado. Aquel «sea la luz y la luz fué hecha» es una imágen que debe referirse á tu fuerza. Tu palabra ha bastado para que los espacios surjan, se forme la sustancia de las nebulosas, y la armonía de las esferas triunfe del caos primitivo.

En el principio de las sociedades humanas, todo era guerra y barbarie. El hombre no se diferenciaba del bruto. Tú, hablando al oido de aquel, le has infundido el amor á la civilizacion y al órden: bajo tu amparo han ido erigiéndose hermosas ciudades, cultivándose los campos, abriéndose rápidas vias de comunicacion en el suelo. Cuando el mundo político estaba asolado por la tiranía, tú aconsejaste primero al filósofo, luego al legislador, cómo debian establecerse la paz y la justicia.

Si eres la autora de la paz y la armonía de que vamos estando cada vez más en posesion aquí en la tierra, ¿no es razon inducir que tú eres tambien

la que has desenmarañado el caos del Universo y establecido su pasmoso concierto? En tí, en tí, divina esencia, está toda virtud, todo poder, toda santidad. Si hay gobiernos contrarios á tí, que caigan; si hay templos contrarios á tí, que caigan; si hay riquezas contrarias á tí, que caigan; no importa que todo caiga si tú quedas en pié. Bastas y sobras para llenar el mundo de luz y alegría.

De mi parte á tí sola seguiré: tú eres mi maestro, mi luz, mi guía. Estando contigo no importa que este frágil barro de mi carne se desmorone, y los astros chocando unos con otros se hagan polvo. Tú harás luego de tu eterna esencia nuevos mundos y nuevos séres más hermosos. Yo los veré porque no habré podido perecer siendo en tí.

¿Qué valen vuestras excomuniones, arzobispos y obispos, si Ella me ampara y me protege? ¿Qué vale el lápiz rojo del Fiscal de imprenta servidor de los poderosos? Como los conquistadores del corrompido imperio romano que arruinaron el paganismo, decian que una fuerza interna superior á su voluntad les impulsaba, así siento yo en mi oido una voz que me grita: «Marcha, no te detengas.» Esa voz la conozco bien, no tengo dudas, es la tuya, ¡oh Verdad celeste!

¿Qué podrán atemorizarme las excomuniones obispales?

Soy fuerte contra vosotros porque le soy fiel

incesantemente. Tambien tengo mis pruebas en este batallar. A veces la agresion injusta remueve este fango que todos llevamos dentro: y la ira, el ódio y todas esas negras pasiones que hacen á las manos buscar el puñal homicida, se retuercen furiosas azuzando mi voluntad á la estéril venganza; pero Ella llega, me dirige sus sonrientes miradas y las pasiones huyen vergonzosas como las nubes perseguidas por los rayos de oro de un sol primaveral.

«¿Te odian? me dice, ámalos; ¿te maldicen?, bendícelos; ¿te ultrajan?, alábalos; ¿te detestan?, quiérelos; ¿te amenazan con el infierno?, ofrécelos tú la gloria; ¿se enfurecen contra tí?, envíales en pago plácidas sonrisas. Observa los 100.000 rostros que animan la calle de Alcalá en dia de fiesta á la hora de volver dél paseo. ¿Cuántos de ellos encuentras descompuestos por la ira? ¿Media docena? Quizá pongo muchos: El resto lleva sus líneas en direccion normal ó abiertas por la dulce alegría. ¿No te prueba esto que el furor es excepcional y pasajero en la naturaleza humana? Sé pues apacible y sencillo y estaré contigo. En cambio ellos que se me sublevan quedarán hechos polvo en la lucha, como que combaten con lo que forma lo más íntimo de su propia sustancia. No eches pues más leña al fuego; compadécelos.»

A este tenor son todos sus consejos.

Y me ha ido con ellos muy bien, como puedes comprobar, lector, por los artículos insertos á continuacion. Varios de ellos han sido denunciados y absueltos sin siquiera defensa. Mi consejera me habia dicho: no quites de encima de tu mesa la ley de imprenta: ella te aconsejará por un lado y yo por otro. Y así lo he hecho.

¿Podré escribir, le pregunto un dia, en que vi al pueblo español indignado contra la tiranía, y acusados innoblemente de ladrones algunos de los que visten el uniforme de nuestro valiente ejército, podré escribir un artículo que diga «*Más vale ser sublevados, que no tiranos?*» Claro que sí, me contestó ella, dictándome los nombres de sublevados gloriosos, como Prim, Riego, Torrijos y otros cien, que están escritos con letras de oro en el templo de las leyes. El servidor del gobierno, ciego, envia el artículo al juez diciendo: «Esto es penable.» Y el juez contesta: «pues hay que llevar á presidio á la Historia,» y se inhibe del asunto.

Otro dia le digo: «¿Hay peligro en hacer una oda en prosa, ensalzando esta revolucion grandiosa que se está operando desde el fin del pasado siglo?» «¿Cómo ha de haberlo, me contesta, cuando esa revolucion es la más pacífica de cuantas se han dado en la historia, como que yo misma la inspiro, y no la ambicion ó el fanatismo?» Y guiada por su mano mi pluma, escribe un artículo titulado

«Nuestra Revolucion.» ¿Revolucion dijiste?, pues es penable, concluyó el fiscal, sin atender á más. Y el juez contesta analizándolo: «Pues vayamos todos á la cárcel, porque todos somos hijos de la revolucion á que se alude aquí.» Y sin otro defensor, da auto de sobreseimiento.

Las batallas con el Estado no debian serlo. En realidad nuestro Estado constitucional no tiene fin superior que prestar garantías á la libre exposicion de las ideas. Solo autoridades políticas cegadas por interés bastardo pueden desconocer esto. Los jueces, más empapados en lo que forma la sustancia del derecho moderno por haberlo estudiado en las Universidades, ven como nosotros cuál es el verdadero fin de los Estados constitucionales. Por eso nos han absuelto. Lo más difícil no era, pues, batallar con el Estado, el enemigo más formidable es la Iglesia en que vienen á reunirse pasiones, intereses y preocupaciones acumulados durante siglos.

Lo confieso: me ha sorprendido el mutismo de la Iglesia. Esperaba siquiera el intento de acudir al terreno de la discusion razonada á que la excitábamos. ¿No habia entre todas las altas dignidades de la Iglesia, quien saliese á la defensa de la fé? ¿No habia quien pretendiese siquiera contestarnos en el terreno de los principios? ¡Cuánta decadencia!

«Si la montaña no viene á tí, ve á la montaña,» me dijo la Verdad, dictándome: ya el sueño del *Juicio de Dios* con motivo de la excomunion del arzobispo de Toledo, ya el artículo *La Masonería y el Papa*, ya la *Espantosa vision.*

Con los citados artículos hallará el lector en esta coleccion varios otros motivados en hechos, afirmaciones ó consultas que han ido sucesivamente presentándose. La afirmacion de que es compatible la monarquía con el libre-pensamiento, el de *República y Libre-pensamiento son gemelos;* la prueba de que el ideal que representamos no es una novedad en nuestro pueblo, sino que tiene profundas raíces en nuestra historia nacional, la ofrecen *Cides y Reyes* y el *Cid excomulgado.* Y los artículos *Al árbol de Guernica, A un vasco carlista cualquiera* y *¡Bárbaros, bárbaros, bárbaros!* y algunos otros más de la coleccion, tienen por fin hacer algo para arrancar la venda que llevan en los ojos multitud de desgraciados, dispuestos á cada instante á pasar de la servidumbre clerical en que gimen, al sacrificio ó al crimen, sin provecho, sin gloria y sin honra. Cierra la coleccion el artículo titulado *Ante la Estátua del Libre-pensamiento,* hecho con ocasion de los últimos sucesos de la Universidad Central y consagrado á cantar el triunfo del libre-pensamiento en España.

***

Aquí tienes en compendio, lector, lo que trata este libro de batallas.

Dirás que el nombre te parece impropio, porque no ves heridos ni muertos en el campo. ¿Qué sabes tú si los hay? No en todos los heridos y muertos se ve sangre.

Por lo mismo que tanto puede la Verdad, tiene que consumir y gastar.

¿Pero qué general se preocupará de contar las bajas cuando camina á la victoria?

«Nécio, no te pregunto eso, sino si hemos ganado la batalla,» dijo en estas ó parecidas palabras aquella célebre espartana, al soldado que le daba cuenta de haber muerto sus hijos en el campo.

Por lo que á mí toca, no me falte un poco de sol, un pedazo de pan y una sonrisa de cariño y quede á Dios el resto.

JUICIO DE DIOS

—

No puedes imaginarte, lector, qué excitacion de espíritu me produjo leer en mis colegas que el arzobispo de Toledo, cardenal primado de España, habia hecho objeto de sus censuras al periódico donde vierto mi alma y mi sér, en el que tengo mis sentidos puestos.

Removíme en el lecho toda aquella santa noche, imaginando lo que iba á contestar á aquellas censuras, y todo se me volvian dificultades tras dificultades para salir de tanto y tan grave aprieto.

Quedéme en estas imaginaciones dormido; soñé, y creo del caso, como mejor partido, relatarle mi sueño.

Apelaba yo en sueños de la sentencia del poderoso cardenal al juicio de Dios, y forjéme allá en el mundo de mi fantasía inmenso circo en el cual tenia lugar la vista del proceso. En las inacabables graderías de aquel circo hallábase sentado majes-

tuosamente el pueblo español, del que me enorgullezco en ser hijo, y cuya estimacion tengo en tanto.

Allá en el estrado, sobre inmenso trono, estaba colocado el *Ser* de que fluye toda vida. Este Ser no tiene forma finita, porque dejaria de abarcar toda forma; no tiene esencia finita, porque dejaria de abrazar toda esencia; no tiene personalidad finita, porque dejaria de estar, gravitar, obrar, como *Ley*, en el seno de toda personalidad. Mi Dios no tiene forma, esencia, personalidad determinadas: es infinito, inmenso, lo llena todo. Pero ¿cómo habia yo de imaginarlo en un ensueño sin darle alguna forma?

Mi imaginacion me lo representó con la nuestra propia, humana, con rasgos de perfeccion é inmovilidad absolutos. Un nimbo compuesto de luceros brillantes rodeaba su cabeza. Cuantas bellezas ostenta la naturaleza y ha creado el arte, las ponia yo á sus piés para hermosearlo. La atmósfera en que respiraba estaba formada por el aliento perfumado de esas vírgenes que oran desde há siglos en los templos y exhalan sus oraciones á través de las techumbres góticas, al decir de los poetas. A respetuosa distancia hallábanse detrás el trueno, el rayo, el mar embravecido, la tormenta, el fuego, el viento furioso, esperando sus órdenes para desencadenarse. Del lado opuesto, en un campo que adornaban millones de primaveras, serpeaban rios y arroyuelos cristalinos entre umbrosos árboles de donde colgaban sus nidos muchedumbre de pájaros vistosos, cuyos gorgeos deleitaban los oidos; y por entre la verde enramada zagales y mozas, en ino-

centes juegos, imitaban el amor de las tórtolas arrulladoras que revoloteaban entre las copas de los árboles.

Esto lo veia yo allá muy léjos, fuera ya del circo.

A mi derecha se alzaba el sitial en que estaba sentado mi eminente acusador. Ese sitial era de oro, adornado de pedrería. Bello, magnífico es el que tiene reservado en el coro de la catedral de Toledo, como debido al génio de Berruguete; pero el que mi libre fantasía se forjaba era más hermoso aún. Las estátuas que le decoraban reunian, á la armonía sublime de líneas de las obras de Fídias, lo gigantesco de las formas de Miguel Angel, la dulzura divina de la inspiracion de Rafael, y el misterio y vaguedad ideal que caracteriza el cincel de nuestro Berruguete.

La púrpura de Tiro, cuyo rojo pondera tanto Fenelon, era pálida al lado de la que lucia el cardenal arzobispo. Estaba con sus encajes, sus anillos y sus paramentos, deslumbrante en verdad; hubiera gozado en contemplarse á sí mismo si fuera hombre mundanal.

A derecha é izquierda tenia sus familiares ostentando sobre sus negras vestiduras las cruces, guajadas de piedras preciosas, con que habian premiado sus servicios los Césares de la tierra.

Detrás, á respetuosa distancia, hallábase, entre palafreneros, régia carretela tirada por dos soberbios caballos que robaron su negro á la noche.

Estaba yo en mi puesto, arrodillado sobre la árida arena, símbolo de mi desolacion y mi futura suerte.

A una mirada de súplica de mis ojos, que el Eterno comprendió, ví llegar á mi lado á una dulce criatura, seguida de varios pequeñuelos. Quedó ella á la derecha, despues de secar con su pañuelo el sudor que goteaba de mi abrasada frente, ellos se colocaron á la izquierda, luego de besar mis manos, mirándome con ojos desmesuradamente abiertos, induciendo, sin duda, mi calidad de reo por mi actitud.

Mi arenal convirtióse con esto en pequeño oásis.

Yo buscaba, empero, con mis ojos, cierto piadoso defensor. El Eterno debió comprender tambien la significacion de mis miradas, porque al punto ví avanzar con el desnudo pié sobre la arena, trayendo por todo vestido tosca túnica que ceñia al cuerpo con soga de esparto, al que la Humanidad ha prestado durante siglos, con alma rendida, todas las perfecciones que en su cerebro concibiera y en su corazon amara.

¡Qué bella es la sencillez! Aquellos tonos ideales que Rafael y el Correggio imprimieran en las mejillas y la frente de mi defensor daban á su semblante un brillo indecible; no eran, no, destellos de la luz material, sino emanaciones de amor y piedad espirituales. Concibo que los palacios de los Césares se hayan arruinado con estrépito al paso de esa divina aparicion. El trueno, el rayo, la guerra tienen poder una hora sobre la superficie de la tierra; la dulzura impone su imperio el resto, porque prende en lo más hondo, prende en los corazones do irradia la vida.

Trémulo el mio á su presencia, busqué con los ojos sitial que ocupara digno de él. Entendió-

me, sin duda, porque haciendo girar los suyos en torno, y no hallando en el desolado arenal sino una piedra cercana á los piés del sillon en que se sentaba su arzobispo, dirigióse, sin dudar, hácia aquel lugar, y recostando su divino cuerpo sobre la arena, y reclinando la cabeza sobre la mano, que apoyó en la piedra, dispúsose á asistir, de aquella sosegada forma, á la vista del proceso.

Pero al punto de colocarse así, tornó la cabeza hácia su arzobispo, paseó sus miradas sobre el sitial, la púrpura, el anillo, los familiares, y aún las prolongó hasta alcanzar á ver el soberbio tronco de los caballos de la noche que esperaba la salida del cardenal, de la vista del proceso, como le espera á la puerta del templo cristiano para conducirlo á su palacio.

Despues de este mudo exámen, volvió á tornar lentamente hácia mí su rostro, en el que se dibujaba muda sonrisa de inocente ironía; hízome imperceptible signo de inteligencia, y dando de nuevo á su semblante su expresion habitual de serena dulzura, quedó como recogido y abismado en el misterioso fondo de su sér.

Yo, que habia hasta entonces contenido mi aliento para no perder un detalle solo de los que rodearon la aparicion celeste, respiré, ensanchándoseme el alma.

—Vengo á tí—dije dirigiéndome al Eterno, despues de un momento de recogimiento interior para poner en concierto mis ideas, bajando los ojos al suelo, porque no podia resistir el brillo que de Él irradiaba;—vengo á tí, Señor, en demanda de justicia. He sido tildado de *escandaloso* ante ese grave

pueblo que ocupa las graderías del circo, por el sacerdote que tengo á mi diestra. No hay fuerza brutal de las que gobiernan en la tierra que pueda ventilar estos asuntos de conciencia: tú solo, Señor, que ves en los más recónditos secretos, puedes ser juez en esta causa.

Mi acusador es poderoso, lo reconozco. En millares de iglesias se ha oido pronunciar, en son de escándalo, el nombre del periódico en que escribo. En España entera ha resonado su voz, y aunque no ha dicho el por qué de su anatema, basta el respeto histórico que inspiran su personalidad y su palabra, para que ciertas almas cándidas me miren de aquí en adelante con horror.

¿No ha comenzado por abusar de su poder, condenando sin alegar razonamientos? ¿No es por ventura la razon el don más precioso que hemos recibido de tus manos, mi Dios, y no estamos obligados todos á apoyarnos en ella como sustentáculo de nuestros pensamientos y nuestras palabras, sobre todo en materias graves, como las que miran al crédito y estimacion de los hombres en el mundo?

¿Por qué serán escandalosas nuestras doctrinas?

¿Es porque decimos al hombre:

«No mates, no hurtes, no mientas, no prevariques, honra á tus padres; en suma, cumple la ley de Dios amándole y sirviéndole?»

¿Es porque le aconsejamos que siga tu ley?

¿Será porque le decimos:

«Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles?»

¿Será porque defendemos tu mandato, impreso

con sello indeleble de un modo igual sobre nuestra naturaleza, al escribir:

«Todos los hombres son iguales; no hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen?»

¿Será porque, en suma y para no cansar, hacemos nuestros los otros lemas que, con los enunciados, aparecen desde su creacion á la cabeza de nuestro periódico, lemas inspirados, á no dudar, por tu poderosa razon á los génios de todas las razas y tiempos?

¿Es escandalosa la doctrina contenida en esos lemas? ¡Noble pueblo que ocupas esas graderías: sé imparcial, y para serlo pon en ejercicio tu razon! Tienes el deber, despues de la acusacion de tu arzobispo, de enterarte de si es ó no justa, para condenarnos en el primer caso, y absolvernos en el segundo!

Ahora bien: si esas doctrinas que figuran como lema en nuestro periódico son religiosas, son puras, son santas, son divinas, lo que en el cuerpo del periódico venimos escribiendo debe estar tocado de iguales cualidades, porque antes de grabarlas en caractéres impresos, las llevábamos grabadas aquí, en el fondo del corazon, y ellas nos inspiran, nos animan y nos confortan.

El escándalo fuera que, escribiendo aquellos lemas en la cabeza del periódico, los negáramos en el cuerpo.

¿No es verdad que eso sí fuera supremamente escandaloso?—dije con viveza de expresion dirigiéndome maquiñalmente hácia donde estaba reclinado el de las vestiduras humildes á los piés del de las soberbias.—Proclamar que se profesa una doc-

trina, llamarla divina y obrar de un modo totalmente contrario, esto es el límite de los escándalos, ante ojos dados á percibir lo puro y lo verdadero.

¿No es verdad, piadoso defensor, que si fueras capaz de arder en ira, como se ha pintado el atlético Miguel Angel, en su Juicio final, prestando á tu naturaleza todo el furor de tus gigantescas pasiones, á costa de desnaturalizar tu condicion sencilla, no es verdad que lo que te hiciera arder en santa ira, si en tí cupiera esa negra pasion, es que, vistiendo tú, tosco sayal en señal de desprecio de los bienes mundanales, hubiera quien á tú nombre y en tu representacion se ostentara en público arrastrado por soberbias carrozas, y viviera privadamente en un suntuoso palacio?

¿Qué se dijera del general que, aconsejando sobriedad á sus soldados, diera todos los dias banquetes en su tienda, saturada de perfumes y brillante de lujo?

Es hermoso, es divino, pensar que tú, el que me estás escuchando en silencio, predicases la humildad y vivieras entre los humildes, predicases el olvido de las riquezas y vivieras sin tener lecho en que dormir, predicases que era meritorio afrontar las iras de los poderosos por defender la justicia, y te expusieras resignadamente á sufrir esas iras, predicases que eran bienaventurados los que lloran y vivieses entre ellos para secar con tu mano sus lágrimas.

Pero decir desde un palacio donde hay lacayos, pinches, cocineros, alfombras, tapices, profusion de joyas, disfrutando de una renta de quince ó

veinte mil duros; decir desde este lugar al pobre hijo del pueblo, descalzo y hambriento, que busca consuelo en la religion: «desprecia las riquezas,» «no te hagas tesoros en el suelo,» esto no es ya escándalo, es...

No pude continuar. El trueno, el relámpago, la borrasca, el mar proceloso que estaban á la izquierda del Eterno se desencadenaron súbitamente, en direccion de mi derecha, como si obedecieran á un fruncimiento de sus divinas cejas.

Sin saber de qué suerte, yo me hallé con los mios trasportado al jardin, y allí, junto al remanso de un arroyo, ví á poco al de la túnica explicando parábolas á mis niños.

En aquel punto acabó mi sueño.

1884

TENGAMOS FE [1]

El año ha comenzado tributándose honores por toda España al ilustre expatriado D. Manuel Ruiz Zorrilla. Así paga el pueblo á sus fieles defensores.

Los que dudaban, que lo crean viéndolo: la fe republicana vive con igual fuerza que antes en los corazones españoles. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Se aman las ideas, como se ama á la mujer que elegimos por compañera: porque sí. ¡Ciegos los que creíais que por poner mordazas en nuestros lábios habríais de extinguir la noble pasion ideal que sentíamos en nuestros corazones! Toda vuestra obra ha venido á tierra en pocos instantes. Al comenzar el año 1883 la monarquía se creia inexpugnable, y al terminar se encuentra revuelta en caos y confusion.

¿Tenemos nosotros la culpa? ¿Podemos reme-

(1) Este artículo fué denunciado y absuelto.

diar que la fe monárquica huya de los corazones?

Los que conoceis donde arrancan las raices de la vida que se hace en las calles y plazas; los que sabeis que solo se vive fuera lo que antes se vive en la conciencia, y seais republicanos: tened fe.

Figuraos que á cualquiera de nosotros, los educados en la culta Europa, se nos lleva á un país salvaje y allí se nos quiere hacer doblar la rodilla ante un ídolo de barro: el temor, el instinto de conservacion, el brazo de hierro del esbirro que nos sujeta, nos harán, quizá, doblegarnos; pero si el cuerpo se inclina, el alma quedará por dentro recta, protestando. Y si en vez de uno fuéramos ciento, mil, y nos creyéramos fuertes para lavar la humillacion, bastaria hacernos un signo de inteligencia para levantarnos á la vez y arrojar el ídolo al suelo, y volverlo al polvo de que saliera.

Eso ha pasado con la monarquía en Europa. Eso pasó en Francia, eso en España el año de 1868.

El antiguo régimen se funda en que hay un individuo, una familia, compuestos de moléculas de naturaleza superior á la del resto de los hombres. Sobre ello, que el sacerdote, al ungirlos, les trasmite el espíritu divino, que flota sobre el óleo santo.

Esta fué la monarquía brahamánica, concebida miles de años antes de la Era Cristiana. Esta la que copió la Edad Media. De modo que la monarquía nació en el caos de un panteismo fantasmagórico, y renació entre la barbarie feudal: ¡bella progenie!

¿Cómo podria semejante concepcion resistir el análisis crítico de nuestro tiempo? Puesta en medio del océano de luz que irradia del espíritu moderno, se ha visto clara y patentemente que el monar-

ca es un individuo como los demás, de idéntica esencia y naturaleza; y que no hay tal espíritu divino sobreflotando en el aceite por virtud de la evocacion sacramental de un sacerdote.

La ciencia política moderna dice de un modo irrebatible: todos somos soberanos; el que ejerce la soberanía la ejerce solo por *delegacion* y en *representacion.* La naturaleza, Dios, no ha escrito en la frente de uno: «Tú serás soberano,» y en la de otro: «Tú serás súbdito.»

Tampoco ha dicho: «Tú eres digno de comunicarte conmigo, y esotro indigno.» Es locura querernos ya hacer creer que el vestirse de negro y no casarse, confiere santidad bastante para hacer bajar un Dios á las manos, con solo clavar en el cielo los ojos. ¿Sabeis cuál es el hombre santo en nuestro tiempo? El que vive la verdad. Ese ingeniero que te presenta un trozo de galena diciendo: «No tiene más que plomo y azufre: examínalo, y si hallas otra cosa y lo demuestras, confesaré ingénuamente que me he engañado.» Esta buena fe, esta ingenuidad, esta lealtad, son santas.

Pero si otro hombre te dice, presentándote una oblea hecha en su casa por una mujer cualquiera: «Aquí está el cuerpo de un Dios,» y examinas la oblea y no encuentras más que harina y agua, lo ménos que harás es mirar de los piés á la cabeza á aquel hombre, y significarle en la mirada que debe reparar en la distancia que hay de tí al idiota y al salvaje. Puede ser que el de la oblea te arguya que tiene una virtud superior á la tuya, merced á la cual ve aquello que no alcanza tu corta vista. Lo mismo decia el sacerdote pagano: él solo podia ver

el espíritu divino en las entrañas humeantes de la víctima que acababa de inmolar en el ara. Pero á aquel sacerdote le damos hoy todos un nombre: embaucador.

¿Quién creerá ya en brujerias?

Sí: los sillares sobre que descansa el viejo edificio están perforados en todas direcciones por el pensamiento moderno, y la obra entera amenaza inminente é inevitable ruina.

¡Salud, año de 1884! Tú traes frescas brisas que acarician nuestro rostro; la tierra hácia que bogamos, hijos del siglo XIX, no está lejos: ¡tengamos fé!

LA MASONERÍA Y EL PAPA

Hay dos corrientes de vida en la Historia, una externa, otra interna. Aquella va rodeada de púrpura, luce manto real y cetro, habita en palacios, la riqueza, el orgullo, la magnificencia la acompañan. Esta yace oculta, callada, sufriente, humilde, pero firme y heróica.

La última viene afectando diferentes formas. Allá en Oriente está capitaneada, entre otros, por un sér legendario que, en medio de las castas y de la desigualdad, predica el amor, la fraternidad, la igualdad. ¡Cosa extraña! ese ser legendario que vivió muchos siglos antes de Cristo, se llamó Kristna; y nació tambien de una vírgen, y se oyó en los cielos al venir al mundo: paz en la tierra y gloria en las alturas; y le quisieron matar en una degollacion de niños enteramente igual á la inventada, de Herodes; en suma, que no parece sino que el Cristo de aquí es una reminiscencia del Kristna de

allá. En agradecimiento sin duda al parecido, los jesuitas y misioneros cristianos de la India se empeñan en destruir, en falsificar, en embarullar los libros de aquella venerable civilizacion que hablan del asunto, como si la villanía y la infamia prosperaran en este mundo á que su autor envia por eterno oleadas de verdad y de justicia.

Pero esto aparte, lo que interesa al caso es que la corriente de amor y fraternidad viene fluyendo de há luengos siglos en el fondo de la Historia.

Cuando esa corriente llegó hácia estas tierras occidentales, el Imperio romano estaba en el apogeo de su grandeza. Nunca la corriente externa de la Historia habia ostentado más brillo. Dueños del mundo los emperadores, se entregaban á su natural ocupacion. ¿Qué puede hacer el tirano sino oprimir, matar, envilecer? Los miserables esclavos y los extranjeros eran demasiado despreciables para saciar la satisfaccion que el dueño de hombres sentia con la destruccion; los emperadores matan á su madre, á su hermano, á sus amigos, á sus maestros, á todo aquello que más valor tenia á sus ojos. Con ello saboreaban mejor la grandeza de su poder.

Los desgraciados, que eran la casi totalidad, entre tanto, sienten una necesidad invencible de amarse, de prestarse apoyo mútuo, de vivir confraternalmente. Y se aprietan las manos en silencio, y deslizan palabras de esperanza en los oidos, y huyen á las catacumbas para poder comunicarse con libertad lo que sus corazones sienten. Suena entre ellos la palabra *redencion*, y no falta quien diga que Dios en persona ha venido á predicar la

paz, la bondad, la justicia, la fraternidad entre los hombres.

Pero acaecen otros tiempos, y los sencillos *pastores* del rebaño humano, que querian vivir en la igualdad y el amor, se ven levantados en los hombros del pueblo, pónense en contacto con los poderosos, adquieren riquezas como ellos, tienen ciudades y castillos, vasallos y esclavos como los príncipes. Los pastores cristianos se confunden, por tanto, con la corriente histórica externa; más que eso, quieren sobreflotar en ella, disputando el cetro al poderoso entre los poderosos, al rey de los reyes, al emperador mismo. De ahí las contiendas entre Gregorio VII y Enrique IV, de Federico II y Gregorio IX.

Con esta traicion hecha á la confraternidad humana por los Papas y obispos, la corriente interna de la Historia parece detenerse. ¿Quién podia hablar con libertad de fraternidad entre los hombres, bajo el sacerdocio y el imperio confabulados? ¿Quién hablar de paz cuando señores, príncipes, abades y obispos, tenian la cota de malla puesta de contínuo para disputarse como fieras carniceras la posesion de aldeas, villas y lugares?

Volvióse de nuevo á las catacumbas, ó mejor continuóse con mayor vigor y espíritu más firme y sensato la propagacion del ideal de paz y amor. Hé aquí lo que viene á representar la *Masonería*.

Es inconsciente quien no ve una comunidad de principios entre el ideal cristiano y el masónico: la igualdad, la fraternidad, el amor, el desinterés, el sacrificio, la caridad, son doctrinas sustanciales de la Masonería, como lo son del cristianismo.

Hay, empero, su espíritu propio en la Masonería, que la distingue del cristianismo: espíritu que yo resumiria en la palabra *fortaleza*. La Masonería profesa con fortaleza las ideas sustanciales del cristianismo. Esto explica la ausencia en ella, en sus tiempos de batalla, del elemento femenino. Se comprende el influjo avasallador que tuvo para la mujer la religion cristiana, dado que venia á elevar el débil sobre el fuerte. La sencilla mujer que habia vivido oscurecida en el mundo pagano, que habia estado relegada á la categoría del esclavo, cobra una importancia capital con la predicacion cristiana. Ni el romano ni el griego podrian comprender que llegaria tiempo en que el andante caballero habia de consagrar su brazo exclusivamente á la defensa del honor de su dama, ni ménos que esta iba á ser emperatriz y reina. Hay que bendecir el cristianismo, que hizo más humana la vida dando ingreso en ella y dignificando á la mujer que forma la mitad del mundo humano. Empero la influencia poderosa de la mujer en la nueva sociedad nacida al calor del cristianismo, trajo elementos fantasmagóricos. La milagrería, los dioses convertidos en hombres, las mujeres encarnando milagrosamente y quedando vírgenes, cuanto era excepcional, fué tomado por artículo de fe, no faltando mujer que se llegó á creer realmente esposa de un sér ideal y á sostener pláticas amorosas con el Esposo divino, alcanzando por ello la santidad.

De este tinte maravilloso se libró la Masonería. De su código desapareció todo lo sobrenatural, todo lo milagroso que encierra el Evangelio, y si-

guiendo á Arrio y á Mahoma, rechazó la idea de que el Sér que todo lo esencia pueda encarnarse en una criatura finita, estar varios meses en el seno de una mujer, pasar por todos los grados de nacimiento, crecimiento y muerte, sin que la luz y la esencia infinita que debia llevar dentro como Dios, le negaran é hicieran polvo. La Masonería reconoce un solo Dios, á quien llama con profundo sentido el *Gran Arquitecto*, y en Él sustenta la raiz de sus doctrinas morales.

Si rechaza la Masonería todo lo que no sea explicable y razonable en el cristianismo, en cambio se apodera de aquello que tiene un valor real, humano, y lo utiliza á maravilla. Así, una de las más hermosas ideas que trae consigo el cristianismo, á saber, la dignificacion del trabajo que para hacerla más respetada la da filiacion divina haciendo carpintero al padre del Redentor, viene á ser en la Masonería la *finalidad* principal. El mason es, lo primero de todo, un *obrero* de la humanidad; su símbolo es por eso el *mandil*. Honrar el trabajo, amparar al trabajador, defenderle contra los tiranos que amagan su libertad y pretenden hacer de él un vil instrumento, este ha sido el fin principal de la Masonería aquí en el Occidente.

Hay quien acusa á la Masonería del secreto de que se ha rodeado. Acusacion necia, como fuera hacerla al individuo porque piensa interiormente en el sagrado de su conciencia antes de expresar fuera por palabras ó actos sus resoluciones internas. Sólo los hombres vanos ó torpes pregonan los móviles de sus resoluciones; la prudencia, compañera del éxito, lo es tambien de la reserva y la cau-

tela. Precisamente es esta otra virtud relevante de la Masonería, y bien debe hacérsele gracia del simbolismo oriental de que ha venido rodeándose para hacer más respetado su secreto. ¿Quién inculparia, por otra parte, á los cristianos porque se reunieron en las catacumbas? La acusacion que de contínuo hacen los católicos á los masones, de que deben perseguir fines malos cuando los encubren en las sombras, se vuelve contra ellos mismos.

Bien han hecho los masones en guardar absoluta reserva. Cuando se tiene por adversarios á hombres sensatos y racionales, como los de la actual república francesa, por ejemplo, no hay miedo de exponer á la luz el amor á la libertad y á la justicia; pero cuando se vive rodeado de lobos y chacales, toda la prudencia es poca. Entre el feudalismo y el sacerdocio, ¿cómo hubieran podido existir los masones sin que sus Vigilantes hubieran tenido pegado el oido en tierra para avisar á sus hermanos de cualquier ruido que indicara la proximidad de las fieras? Nunca, nunca será suficientemente loada la prudencia de la Masonería. Si no amasais medios y esfuerzos para realizar un fin, si prodigais esos medios y esfuerzos fuera de sazon, no alcanzareis, seguramente, la realizacion de aquel fin; mientras que si vais recogiendo con cautela, paciencia y arte aquellos medios y los poneis en práctica cuando llegue su sazon, entonces el éxito será seguro. ¿Qué hubiera ocurrido á nuestros abuelos, si cuando volvió Fernando VII del destierro y se entregó á la reaccion más espantosa, matando, encarcelando y desterrando á los españoles más ilustres que le habian entregado una pátria mancillada

por él, al besar los piés del dictador en tierra extranjera, mientras corria aquí la sangre de aquellos valerosos patricios, qué hubiera ocurrido si dan expansion fuera á los sentimientos de libertad que albergaban en su corazon? Hubieran perecido todos: aquel rey malvado, asistido de obispos é inquisidores, hubiera extinguido la libertad. Las sociedades secretas le vencieron, salvando la pátria.

¡Nobles enemigos ha tenido la Masonería para poder existir á la luz! ¿Qué no haria el Papa actual, si en vez de estar ya atado de piés y manos para obrar, tuviera un Simon de Monforte, para hacer con la Masonería lo que hizo otro Papa con los albigenses? La intencion no falta, solo que hoy hay que contentarse con injurias y palabras mal sonantes. No hay uñas ya que hincar: están cortadas.

El haber puesto la Masonería su fin primero en algo terreno, como es el trabajo, le ha dado un valor incalculable. Las religiones positivas, llevando el pensamiento á otra vida y dogmatizando, se han excluido unas á otras. Descartado por la Masonería ese elemento de odiosidad, ha podido realizar otro de los grandes principios evangélicos en un grado maravilloso, y que, como ella, ninguna otra institucion pudiera alcanzar hasta aquí: ese principio es el de la *fraternidad*. La Masonería se ha extendido por el mundo entero; admite en su seno á todos los hombres, sean judíos, cristianos, mahometanos, budhistas. ¿Quereis encontrar un hermano en cualquier parte de la tierra? Haceos mason. Si os haceis católico, no podeis apenas pasar la frontera de España. Id á pedir á un católico irlan-

dés, á título de hermano, un solo real; id, en cambio, á pedírselo á un protestante ó libre-pensador, en concepto de mason, aunque os llameis católico, y no os faltará su proteccion.

No se ha meditado bien todavía el servicio que ha prestado á la historia la Masonería. Toda la Historia tiende al *humanismo;* á formar de la tierra una sola pátria. La Masonería ha realizado ya en su límite ese ideal. Do quiera esté el mason, sabe que encuentra un *conciudadano* del Estado de que forma parte. Así, el que no sale de su alcoba puede echar maldiciones impunemente á la Masonería; si tuviera que viajar, si tuviera que emigrar, ya veria los grandes beneficios que le producia ser mason.

Comprendo que la Masonería excite las iras, no de Leon XIII precisamente, persona muy simpática hasta aquí, sino del Papado. Es lo que sucede á la mujer que se pinta, cuando está al lado de una realmente hermosa. El Papado tiene el barniz del cristianismo; la Masonería vive y respira el cristianismo: de aquí los celos y la envidia de aquél.

El cristianismo predica la fraternidad, y los católicos echan al infierno á cuantos no piensen como ellos, y áun dentro de su comunion hacen dos categorías de clérigos y láicos, dando más virtud á los primeros que á los segundos; todavía dentro de los clérigos hay tal desigualdad entre el alto y el bajo clero, que no es maravilla la irritacion de los que ocupan el grado inferior. En cambio, entre los masones la fraternidad es una ley esencial, segun hemos dicho, sea cualquiera la religion ó partido político á que pertenezca el mason.

El cristianismo truena contra el lujo y la ostentacion. El jefe del catolicismo habita en un palacio monumental y pregona á grandes voces cualquier beneficio que ha podido hacer á los hombres. El jefe de la Masonería no se sabe dónde está, ni se presenta bajo palanquines dorados en público, y eso que él sí que tiene poder por todo el haz de la tierra; aquél ostenta y no hace; éste calla y obra.

El cristianismo aconseja la práctica de la caridad; pero de tal modo, que la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha. Los católicos ponen rifas en medio de las calles, colocan inmensas bandejas en los templos y se regocijan de ostentarlas rellenas de oro.

Los masones tambien practican la caridad, pero calladamente, como prescribe el Evangelio.

En resúmen y para terminar: quien mire al fondo de la Historia, no puede ménos de reconocer que la virtud superior del cristianismo, lo que le realza y enaltece, es su espíritu de igualdad, su tendencia de elevar al débil sobre el fuerte, así como el establecer la confraternidad entre los hombres. ¿Y quién dudará que estos fines son esenciales á la Masonería?

En buena ley, el Papado debia considerar, por tanto, como hermana á la Masonería: ¿Por qué, sin embargo, la anatematiza y excomulga? Ya lo he dicho: porque el Papado se pasó con armas y bagajes á la corriente externa de la Historia; porque no gusta sino de relacionarse con príncipes, mientras da á besar las sandalias al pobre pueblo.

Ni uno, ni uno solo de los hermanos de la Masonería se separará de ella por la excomunion del

Papa. De esto tiene conciencia todo el mundo. Es como si yo excomulgase á los partidarios de Buddha, ó dirigiese bala rasa á la Luna. Harto tiene el pobre Papa en defenderse de tanta desdicha como le rodea. La Masonería, firme en su derecho, segura en la justicia de su causa, marchará majestuosamente, como marchan los astros por sus órbitas.

Dia llegará en que, establecido el reinado de la igualdad en la tierra, dirá la Masonería, entregando su gran Maestre al presidente de la Confederacion universal sus poderes:

«Nuestra mision ha concluido; llegó la hora de disolverse; el reino del derecho está establecido y puede vivir á la luz; la corriente interna de la Historia está confundida con la externa.»

Un aplauso de agradecimiento universal resonará entonces, en recompensa á la virtud modesta y recatada. A su sonido huirán á esconderse, avergonzadas, las deplorables excomuniones de los Papas.

CIDES Y REYES

Ó DEMOCRACIA Y MONARQUIA

Hemos dicho que aquí en España, lo tradicional es la democracia y lo extranjero la monarquía, concebida al modo que la conciben los tradicionalistas, como la orgullosa y fria que nos trajeran los Austrias ó la sedosa y recargada de cintas, casacas, melenas empolvadas y lazos, que nos endosó Luis XIV.

¿Cómo miraban los antiguos castellanos al monarca?

Oidlo de lábios del pueblo en uno de esos hermosísimos romances que figuran en todas la colecciones, porque representan genuinamente el espíritu español. El Cid, sin títulos de duque, ni marqués, ni otro alguno, ha sido siempre la representacion de la democracia para el pueblo.

Veamos á través de un romance cómo trata el Cid al monarca.

Comienza así:

«Cabalga Diego Lainez
Al buen rey besar la mano:
Consigo se los llevaba
Los trescientos hijosdalgo;
Entre ellos iba Rodrigo,
El soberbio castellano.»

El carácter democrático del personaje legendario opuesto al de los monárquicos á la moderna, aun los que alardean de demócratas que van, como Moret, galoneados á palacio, está representado en estos versos:

«Todos visten oro y seda,
Rodrigo va bien armado;
. . . . . .
Todos guantes olorosos,
Rodrigo guante mallado;
Todos sombreros muy ricos,
Rodrigo casco afinado.»

La comitiva llega á Búrgos y encuentra al rey y sus cortesanos. Estos murmuran por lo bajo:

—«Aquí viene, entre esta gente,
Quien mató al conde Lozano.—
Como lo oyera Rodrigo,
En hito los ha mirado;
Con alta y soberbia voz
De esta manera ha hablado:
—Si hay alguno entre vosotros
Su pariente ó adeudado,
A quien pese de su muerte,
Salga luego á demandallo;
Yo se lo defenderé
Quier á pié, quier á caballo.»
. . . . . .

«Demándelo su pecado,» dicen los cortesanos.

Entra ahora lo sustancioso del romance, la democracia va á ponerse frente á la monarquía.

«Todos se apearon juntos
Para al rey besar la mano;
Rodrigo solo quedó
Encima de su caballo.»

El pobre anciano Diego Lainez, padre del Cid, debió temblar ante el acto de desacato de su hijo, y se dirigió á él diciéndole:

—«Apearos, hijo mio,
Besareis al rey la mano
Porque él es vuestro señor,
Vos, hijo, sois su vasallo.»

Esto de llamarle vasallo de alguien, recoció por dentro al Cid.

«Desque Rodrigo esto oyó,
Sintióse muy agraviado:
Las palabras que responde
Son de hombre muy enojado:
—Si otro me lo dijera
Ya me lo hubiera pagado;
Mas por mandarlo vos, padre,
Yo lo haré de buen agrado.»

Y aquí viene un pasaje precioso bajo el aspecto literario, que acusa la aptitud especial de nuestra pátria para el cultivo de la dramática, á la vez que el ingénio que brilló tanto en Cervantes. Cualquiera creeria, dada la seriedad que domina en todo el romance, que, en efecto, el Cid va á besar la mano al rey. Véase lo que pasa, sin embargo:

«Ya se apeaba Rodrigo
Para al rey besar la mano;
Al hincar de la rodilla

El estoque se ha arrancado.
Espantóse de esto el rey
Y dijo como turbado:
—Quítate, Rodrigo, allá,
Quítateme allá, diablo;
Que tienes el gesto de hombre
Y los hechos de leon bravo.
Como Rodrigo esto oyó
Aprisa pide el caballo;
Con una voz alterada
Contra el rey así ha hablado:
—Por besar mano de rey
No me tengo por honrado;
Porque la besó mi padre
Me tengo por afrentado.»

Y bien, señores tradicionalistas: ¿no tenemos pleno derecho á creeros afrentados cuando inclinais la rodilla ante vuestro D. Cárlos, si el más español de los españoles en ese mundo tradicional que aparentais defender pensaba lo mismo que nosotros?

Leed otra vez ese pasaje final, y vereis cómo la altivez del Cid consuena con el fondo de vuestro carácter. No hay ninguno que lleve sangre castellana en las venas que no aplauda sus bravíos ímpetus.

Por eso se nos hace tan duro veros á vosotros, cada uno de los cuales representa á nuestros ojos un descendiente del Cid, inclinarse ante un descendiente de Luis XIV, de orígen completamente extranjero.

Sí: aquí lo tradicional es la democracia; lo extranjero la monarquía absoluta.

REPÚBLICA Y LIBRE PENSAMIENTO

SON GEMELOS

Me dice V., amigo mio, que, en punto á religion y en punto á moral, está de todo en todo á mi lado; que de hace mucho tiempo no entraba en la iglesia, sin darse cuenta de la razon, porque en el fondo de su conciencia se cree tan amante de Dios y la virtud como el mejor católico; pero que encuentra un escollo para entenderse con nosotros, á saber: nuestras ideas políticas; V., dice, es monárquico, mientras que nosotros somos republicanos. Agrega V. que si no convendria á los fines de nuestra publicacion eminentemente moralizadora el hacer abstraccion de la política, para que tuviera más adeptos.

Voy á consagrar este artículo á contestarle.

Comenzaré aseverando, desde luego, con la ingenuidad que me caracteriza, que es del todo imposible separar la idea de la libertad religiosa, de la libertad política; la libertad del pensamiento, de

la República. Agregaré que monarquía hereditaria y religion dogmática son dos fases del mismo principio.

Voy á demostrarlo.

¿Qué principio informa la monarquía hereditaria? El de que cierta casta, cierta familia, trasmite con la sangre el derecho á ocupar una funcion pública. ¡Pero qué funcion! La más difícil, la más alta, aquella que preside á la vida del Estado. En virtud de ese derecho, un individuo por nacer varon ó hembra, primero ó despues que otros, aun siendo de los mismos padres, debe necesariamente desempeñar aquella funcion; y bien puede hacerlo siendo un Cárlos I, de alma grande, que un degradado Cárlos II.

La direccion del Estado se abandona así al acaso; la vida de todo un pueblo, en la que influye soberanamente esa direccion, queda así al azar. ¿Puede esto concederse? No. Los pueblos racionalistas que nos rodean, no lo podrian consentir: de ahí esa invencion cómica de los legistas, que para todo hallan salida, de la *monarquía constitucional:* de ahí la teoría extravagante de que «el rey reina y no gobierna.»

Se ha quitado, pues, á los reyes la direccion inmediata de todos los negocios; las gentes pueden respirar más que antes, porque no tienen delante de sí, ejerciendo el poder público, á un soberano que con una mirada podia hundirlos en el polvo; ya no hay que tender hácia los reyes los brazos suplicantes para conseguir la más insignificante justicia. ¿Pero quiere décir esto que sea exacta la fórmula de que el rey reina y no gobierna?

¿Quiere decir que sea nula su accion en el Estado?

Sólo los bobos pueden creer en semejante cosa. Un monarca que sanciona las leyes, preside los consejos del poder ejecutivo, y, sobre todo, *que nombra los ministros*, ¿no gobierna? Seria tanto como decir que no dirige sus negocios el banquero que tiene multitud de empleados consagrados á variedad de operaciones, porque él mismo no hace ó dirige esas operaciones.

¿Hay cosa más grave en dias de crisis, en los tiempos que corremos, en que se entrechocan opiniones, sectas y partidos políticos, en complejidad inextricable, que determinar quiénes son los más fieles representantes de la opinion, y entregarles el poder gubernamental?

Precisamente lo invisible, lo interno y concentrado de ese poder es una señal de su preciada importancia. Cuanto más potentes son las fuerzas, más ocultas están al ojo humano. Mirad esos cuerpos de ejército prusianos moviendo sus formidables masas, haciendo llover balas por el suelo de la Francia; mirad los baluartes de las plazas fuertes y las torres de las iglesias derrumbarse y caer con estrépito al impulso de las bombas que arrojan sus espantosos cañones; mirad miles y miles de soldados franceses tendidos en tierra; los campos asolados, arrasadas las ciudades; todo eso os parece formidable, tremendo, atroz; y sin embargo, hay un lago más grande en ello que no ven los ojos: la palabra que Bismarck, con el consentimiento de su soberano, ha deslizado al oido de Moltke, de «¡guerra á Francia!» y éste ha trasmitido sigiloso á sus oficiales de Estado Mayor, que acechan los movimien-

tos de sus lábios para trasmitir lo que pronuncien, á los generales.

Sin el rey de Prusia, que acepta los proyectos de Bismarck, no hay asolacion de la Francia. El soberano decide en esos casos en última instancia.

¡Cuántas cosas malas puede haber porque lo han querido los reyes, y cuántas deja de haber buenas, porque los reyes no las quieren!

Los reyes tienen un poder grande, y deben tenerlo en tanto que sean reyes; y es mistificacion ó torpeza el pretender hacer creer otra cosa á los pueblos.

Si pues tienen un gran poder, si ejercen una funcion delicada, difícil, que supone el penetrarse del sentido dominante en la opinion del país que gobiernan, y los derroteros que debe seguir, ¿no hay que indagar el orígen de ese poder, no hay que preguntar de dónde viene el derecho á desempeñar esa funcion? Quien lo demanda á los Papas, ¿no está obligado, so pena de inconsecuencia, á demandarlo á los reyes?

Y bien: al dirigir el pensamiento, libre de todo prejuicio, á la indagacion de ese derecho, ¿qué contestacion se obtiene?

Pues análoga á la que obteniamos al dirigirle hácia los derechos de las castas clericales para adorar á Dios. Todos somos igualmente dignos de adorar á Dios; no hay necesidad de intermediarios: todos somos tambien igualmente dignos de ejercer la soberanía.

Rey de Italia: enséñame el privilegio para ejercer la soberanía en tu pueblo. Tú no dirás que te

lo ha dado el católico Dios en que crees, porque su representante te maldice.

¿Quién te le ha dado? Dirás: «La Historia.» ¿Dónde está ese sér que yo no veo? Quiero encontrarlo, para pedirle cuentas de que te dé á tí el poder y á mí me le quite.

«Es mi pueblo mismo quien me lo ha dado, dirás quizá, porque si expresamente no me ha elegido, tácitamente me quiere como rey, por los servicios de mi padre, de mis abuelos, de mi estirpe, á la pátria.» Esto lo entiendo más y creo que es lo que realmente te sostiene en el trono. Hoy no hay más derecho real á gobernar que la virtud; y el agradecimiento á las virtudes de tus padres sella tu frente con una aureola de respeto, que es á mis cortos alcances lo que te sostiene en la cúspide del Estado. Pero la lógica me grita dentro, y tengo que contestarla; mi lógica me grita diciendo: si es el agradecimiento del pueblo á los servicios de sus mayores el que sostiene al rey en el desempeño de su funcion, ¿por qué á los hijos de los generales valientes, y de los ministros sábios, y de los magistrados íntegros, no les ha de dar tambien la funcion militar, política ó jurídica que desempeñaron sus padres?

¿No exigiria esto la lógica?

Así, por mucho que miro y que remiro; por vueltas que doy en mi cerebro al derecho de la monarquía, no le encuentro el basamento.

Ahora, lo que no es lógico, es revolucionario: la revolucion de mi cerebro se estará repitiendo en otro, y otro, y otro, sin término. Hay, pues, una insurreccion cerebral permanente, que yo, hom-

bre sosegado y tranquilo, que amo la paz y la dicha entre los hombres, no puedo aceptar.

Y así, en vez de ir diciendo al oido de los soldados: «calad bayoneta para acabar con esta falta de lógica,» procuro aclararla en el cerebro de mis conciudadanos; porque una vez que esté ahí la mecha, el corazon se inflamará naturalmente, y en vez de sangre vendrá el abrazarse con efusion vencedores y vencidos, como lo atestigua nuestra historia de ayer.

Se aparta V., pues, amigo mio, de nosotros, ó tiene miedo de acercarse, porque me cree revolucionario, y precisamente me muevo y agito y consumo y gasto mis fuerzas, porque quiero acabar con las revoluciones bárbaras de la fuerza, trayendo suavemente el reinado de la lógica, que es el de la igualdad, de la fraternidad, de la libertad; en suma, el de la República.

Si quiere V. más pruebas del concubinato entre las ideas de sacerdocio y monarquía, dé la mano de su pensamiento al mio, y hagámoslos viajar juntos por los mundos de la Historia.

¿De dónde viene la monarquía hereditaria? De la India. Allá el brahman hace creer al pueblo que el rey es un agregado de átomos sagrados; pero ¿cuándo? Cuando él le unge y santifica.

Gregorio VII es un recien nacido al lado del brahman indio. Siglos que todavía no se pueden contar, pero que son muchos, antes de que él proclamase aquello de que los de su casta eran el sol, y los de la casta de los reyes lunas, habian dicho los brahmanes que el mundo vivia sólo por su intercesion, y que «entre un brahman niño y un

chatria (casta á que pertenecen los reyes) anciano, el primero debe ser considerado como padre, y el segundo como hijo.»

Así como nuestros ascetas cristianos son, comparados á los ascetas indios, como los Alpes al Himalaya, y como aquella tierra de huracanes y de soles ardientes á nuestros climas templados, hasta tal punto que los cuerpos de nuestros ermitaños, al lado de los de aquellos, acartonados, sin jugos, sin sangre, esqueletos vivientes, ó mejor, momias movibles, parecian adobados por el regalo y la molicie; así tambien todas esas exageraciones papales respecto á las relaciones entre el poder espiritual y temporal son ínfimas parodias al lado de la teoría en su cuna misma, la India. Esa teoría, despues de todo, ha durado aquí un dia en la Historia, porque primero los reyes, haciendo sus cortesanos á los cardenales y obispos, y luego los pueblos con la filosofía han dado al traste con ella en cinco ó seis siglos, mientras que allá en la India se vivia ya, más de veinte siglos antes de la Era cristiana, y aún la creen como artículo de fé aquellos desastrados hijos del pueblo.

Pues bien; ¿quién que conoce las conquistas de Alejandro y las relaciones contínuas de la India desde entonces con el Occidente, y la influencia del Oriente en la elaboracion del cristianismo, y la natural tendencia de los hombres á asimilarse lo que creen bueno, ó lo que conviene para sus fines, quién no comprende que allí, entre esas religiones, absurdas segun el catolicismo, anda la fuente histórica de esto que se cree puro principio cristiano entre nuestros neo-católicos?

Pues decidme; ¿hay quien dude hoy de que los árabes aprendieron el álgebra de los indios y la filosofía de los griegos, y que de ellos tomamos los cristianos ambas enseñanzas al despertarse á la vida de las ideas el Occidente en la Edad Media?

Pues si tienen allí su filiacion clara y terminante las ideas que se llaman mundanas, ¿no han de tenerla tambien las llamadas divinas? Al fin unas y otras pasan por los entendimientos de los hombres.

Cierto amigo nuestro se sublevaba contra la tésis sustentada por un ilustrado colaborador de nuestro periódico acerca del ascetismo, porque lo hacia derivar del espiritualismo cristiano. Ese amigo nuestro, fervoroso cristiano, nos ponia como argumento que el Cristo era amigo de banquetes y de la alegría, recordándonos aquellas murmuraciones de los fariseos porque le veian engullir entre publicanos, murmuraciones á que él contestaba con finísimo sofisma.

A nuestro entender, ambos llevan razon. El Cristo personalmente, por lo que cuentan los evangelistas, no tenia nada de asceta.

Pero es indudable que el espiritualismo que predicó conduce infaliblemente el ascetismo; y esto bastaba para qué un vientecillo que trajese al Occidente la semilla del ascetismo indo, lo hiciese arraigar y florecer en un campo tan dispuesto á adorar el espíritu y despreciar el cuerpo.

¿Qué cosa más lógica, por tanto, tambien, que el que llegase á Roma, por corrientes indefinibles, el de la concepcion inda de la vida, y la adop-

tase con solaz el Papado, ansioso de soberanía, cuando sentia latir en el fondo de la sociedad un corazon que era suyo y una casta guerrera, hambrienta de poder, que aceptaria con los brazos abiertos la eternidad de su derecho y la santificacion de su sangre, destinada á trasmitir la soberanía por mandato de Dios á su descendencia?

Yo he tenido que ir lejos, muy lejos, nada ménos que á la India, para buscar en la Historia el enlace de esas dos ideas de que soy leal, permanente, aunque templado adversario; y he tenido que ir tan lejos, porque no la hallo entre mis padres naturales; no la hallo entre los griegos, donde el que daba señales en la plaza pública ante sus iguales, en competencia con ellos, de llevar más átomos divinos en el cerebro, aquel gobernaba y dirigia la República; lo mismo pasó en Roma, donde si, con ménos espontaneidad que los griegos, se respetaron las categorías en el patriciado, al fin era la eleccion la que decidia para la provision de las funciones públicas. Ni aun entre aquellos bárbaros visigodos que tenian sus reyes, y fueron catequizados por la uncion de los obispos, llegó á establecerse la monarquía hereditaria.

Es, pues, la monarquía moderna, resto que queda de la monarquía antigua, una institucion enlazada íntimamente con el papismo, con las castas, con la alianza de la teocracia y la espada para obligar, á mansalva, á pagar el diezmo y el tributo al pueblo.

Y bien. Yo miro al Oriente, donde tienen ambas ideas su raíz, para observar el fruto que han da-

do, y veo la abyeccion, el servilismo, el estancamiento de la vida; y miro al Occidente, y mis ojos se recrean al contempiar aquel puñado de griegos, ceñidas las frentes de coronas, entre templos decorados por las mismas Gracias con los bucles que cortaran de sus cabellos, para suspenderlos de los capiteles de las columnas jónicas, ó con los picoteados acantos que arrancaran de las praderas con sus dulces manos para llevarlos á los capiteles corintios y hermosearlos con opulencia y grandeza; y los veo entre trozos de mármol, esculpidos en forma de séres personales, que hacen vibrar de sus ojos la luz de la inteligencia, y fulgurar por todo su cuerpo la belleza; veo aquel pueblo ir risueño á presenciar los juegos de Olimpia, y separar sus ojos de la palestra donde acaba de recrearlos, viendo á los artísticamente conformados atletas luchar entrelazando sus cuerpos como si fueran esculturas de mármol que se agitan, con la misma ideal elegancia con que entrelazó al sacerdote con sus hijos, entre serpientes, el autor del Laocoonte ó recubre con sus mórbidos y dulcísimos brazos Niobé á la última de sus hijas, perseguida por los dardos del dios airado; le veo separar, repito, los ojos de aquel espectáculo de hermosura, para abandonar sus oidos á la delectacion que le produce oir á Herodoto leer la Historia que le han dictado las mismas Musas. Veo, sí, vuelvo á decir, al gran pueblo griego, que por haber dejado desplegar su vida en el ambiente de la más plena libertad, por conceder al mérito el primer puesto, hace de cada ciudadano un héroe, y que cuando los déspotas orientales traen sus rebaños de hombres, que no

cogen apenas en el estrecho suelo heleno, para dominarlos; abandonando los filósofos sus escuelas, y los oradores la plaza pública, y los dramaturgos el estilo con que escriben, y los artistas el cincel, van á Maraton, y á Salamina y á Platea, y allí hacen morder el polvo á aquellos trozos de carne humana, que con apariencias de hombre conduce el déspota; para dar testimonio irrefragable á los tiempos de que no hay grandeza, ni gloria, ni poderío en los pueblos, sin que reine total, entera, sin cortapisas ni privilegios, la amante libertad.

La libertad y la República son, pues, el Occidente, y yo soy su fiel hijo; la teocracia y la monarquía vienen de aquellas regiones temerosas cuyas vagas concepciones no abarca mi cerebro, como no abarcan mis ojos el fondo inacabable de sus pagodas, abiertas en el seno de las montañas.

En nuestros tiempos de tolerancia, bien pueden, empero, los hombres buenos entenderse, aun profesando ideas opuestas. ¿Qué más? Mi compañero Ramon es un romano, yo un griego; él querria imponer con tenazas la República, que forma parte de sus entrañas, al universo; yo, en cambio, lo espero todo del desplegarse natural de las almas: yo soy creyente de muchas cosas que él no cree, y viceversa. Sin embargo, nos hemos jurado union eterna. Todavía confío en que le convenceré; y él en sus adentros pensará lo mismo de mí.

En conclusion: si quiere V. conservar la virginidad monárquica y tiene miedo á oir hablar de la República, no lea Las Dominicales; pero si es usted

hombre plenamente, que no se asusta de las ideas, léanos. Le advierto que, de hacerlo, antes de un año será republicano, si es cierto que no siente dentro las religiones positivas; República y libertad de pensamiento, convénzase V., amigo, son gemelos.

EL DOS DE MAYO

—

Yacía España en la miseria y en la esclavitud. Este gran pueblo, que habia conquistado la tierra en que sustentaba su planta tras una lucha titánica que duró siete siglos, abandonó esa libertad en manos de los reyes. Los reyes, unidos á la teocracia, le condenaron á vivir bajo la abyeccion del fanatismo y de la ignorancia. Al comenzar este siglo, una reina disoluta, un rey impotente, un favorito procaz y ambicioso, figuraban en la cúspide de aquella nacion que guardaba en su alma tan altos recuerdos.

A poco, el mismo hijo de aquellos reyes, aprovechando el descontento general y espoleado por sus ambiciosos instintos, se sublevó contra sus padres, obligándoles á abdicar.

Fernando VII, este hijo ingrato, torpe y servil, humillándose ante el dictador, á la sazon, de Europa, pacta con él alianzas, le pide una mujer de su

familia por esposa, y cae ignominiosamente en las redes que le tendian. El rey y toda la familia real son cazados por el astuto Napoleon é internados en Francia.

España queda sola, abandonada á sus propias fuerzas.

Lo que no vió la torpe monarquía, lo vió el pueblo. Esos chulos de hoy, los chisperos de ayer, la canalla de los barrios bajos, se aperciben de la traicion del dictador; le ven posesionado del corazon de la pátria sin haber disparado un tiro; contemplan á sus soldados recorrer triunfantes las calles de Madrid, y sienten su corazon bramar de coraje. Aquellos soldados eran el país legal: el soberano los protegia; la consigna que les hacia moverse estaba apoyada en un tratado de alianza firmado por el rey de España; protestar con las armas era declararse en insurreccion.

¡Insurreccion gloriosa! ¡Daoiz y Velarde, soldados insignes que pisoteásteis la Ordenanza y os echásteis en brazos del pueblo, porque veíais con los ojos del alma que el derecho estaba con él, y no en miserables letras escritas sobre un papel, la aureola gloriosa que rodea vuestros nombres es claro ejemplo de que el derecho de insurreccion, cuando se funda en la ley natural vejada y escarnecida por torpes ó inícuos poderosos, es santo! El pueblo de Madrid se levanta en masa y grita «¡guerra!» No tiene armas, no tiene organizacion, no tiene jefes; que va ser cañoneado, cazado, fusilado... ¿qué importa? Tras aquella derrota vendrá el vencimiento; lo que urge es protestar y verter sangre. La mano del chispero busca la navaja para hun-

dirla en el corazon del mameluco, mientras le ofrece el pecho descubierto, para que lo acuchille á sus anchas.

El resultado de aquella jornada fué el que debia. El déspota pudo rápidamente vencer á un pueblo inerme y ensañarse despues, fusilando en masa á los hijos del pueblo. ¡Os retorceríais, sí, de desesperacion, descamisados, al iros á fusilar, como os pinta el gran Goya, sintiéndoos impotentes para vengaros de aquellos inícuos instrumentos de la tiranía! ¡Algo vengados estais ya, pero todavía vendrán los que os venguen por completo de otros, que hoy ni siquiera voto dan á vuestros hermanos para nombrar á las autoridades que han de regirlos, cuando con vuestro sacrificio les entregásteis una pátria libre!

El fuego sacro del amor á la pátria encendió los corazones, comunicándose con la rapidez del rayo por todos los ámbitos de nuestra heróica tierra: y vinieron los dias de Bailén, de Zaragoza y de Gerona, y España probó al mundo que es de los pueblos que han nacido para ser soberanos de sus destinos.

¿Cómo dudar de que la ley que rige el fondo íntimo de la vida es ley de bien, y no de mal? Aquella traicion del déspota imperial se tornó en bien para nosotros; hizo despertar á nuestro pueblo de su letargo, y probar con caractéres que están impresos en la Historia con marca indeleble, que España es capaz sobradamente de gobernarse por sí propia, sin auxilio de amos personales. No se pueden dar condiciones más adversas que aquellas en que nos encontrábamos á comienzos del

siglo. No poseíamos educacion pública, ni instruccion, ni riqueza; ¡el enemigo nos tenia en sus manos. Sin embargo, la resistencia se organizó, se organizó el país; vino el formarse aquella célebre Constitucion del año 12, cuyas páginas, que hizo trizas el déspota al regresar á la pátria, beso yo con veneracion religiosa, porque marcan una era nueva en la vida de mi pueblo: la de la libertad, que traerá infaliblemente la República.

Quien despues de este testimonio irrecusable haga cuestion de si nuestro país puede regirse ó no por sí mismo, es un ciego ó un malvado. No cerquen de asechanzas los partidarios del pasado á la República; no conspiren para asestarle el puñal en el corazon; trabajen lealmente por sus ideas conservadoras dentro de un régimen de Gobierno nacional, y verán si hay dificultad en sostener aquella forma de gobierno.

El Dos de Mayo, más que la corazonada de un pueblo heróico contra la opresion de un déspota, representa el primer paso de la Revolucion española para hacer á la nacion soberana y libre.

¡Gloria á tí, pueblo de Madrid, que recibiste el bautismo de sangre en esta gran empresa! ¡Gloria á tí, pátria España, que secundaste el movimiento, demostrando al mundo que si has podido ser despreciada mientras la tiranía se enseñoreaba de tus destinos, cuando la ocasion te ha permitido ostentarte libremente, tal como eres, has probado que no hay quien sobresalga de tu talla el grueso de un cabello, y que á través del despotismo se ha sostenido la grandeza de tu alma!

IMPORTANCIA DE LA MUJER

Somos irremisiblemente perdidos, sino atendemos sobre todo, por encima de todo, á la educacion de la mujer. Cuanto construyamos será, sin esto, frágil castillo de naipes.

Si no podemos sustraernos al encanto de la música, en cuyas notas vibra la naturaleza muerta, ¿cómo hemos de sustraernos á la voz de la mujer bajo la cual palpita un alma gemela de la nuestra que es su imprescindible complemento?

El invencible Hércules se humilla á los piés de Omfala é hila con su rueca para ahorrar trabajo á sus dedos suaves. Aquel otro Hércules de la revolucion francesa, Danton, el titan de la voluntad y de la palabra, que habia herido en el corazon á la Iglesia, prostérnase á las plantas de un sacerdote porque se lo exige su delicada y bella Luisa como condicion para casarse.

¿Quién decidió la cuestion más alta de la revolu-

cion, la de sancion de los derechos del hombre y del ciudadano? La mujer.

Ocho mil mujeres parten de París para Versalles, donde se encontraban la corte y la Asamblea. El terror cunde en palacio. Algunos cortesanos pálidos, temblorosos, corren de París disfrazados á avisar á los reyes que se intenta asesinarlos. La reina era la más comprometida. Pocos dias antes se habia dado el célebre banquete á la guarnicion en que los oficiales y soldados, ébrios, animados por las miradas amorosas de las bellas amigas de la reina, escarnecieron la escarapela nacional y juraron morir por sus reyes. El pueblo estaba indignado contra la *austriaca*. Esta se creyó perdida y pensó en huir. Le quedaba, empero, una esperanza: la adhesion de los soldados.

Hé aquí, pues, al ejército puesto caballerescamente al servicio de la mujer. Si hubieran sido atacados los soldados por hombres, no es difícil inducir que hubiera habido gran matanza; mas no sucede así, los enemigos que se acercan son mujeres.

El regimiento que más se habia distinguido por su fervor monárquico era el de Flandes; á él se dirigen las mujeres capitaneadas por una bellísima y espiritual ciudadana. ¿Qué soldado dispara contra hermosos rostros de donde parten miradas insinuantes? Se rinden los soldados á discrecion encadenados con aquellos mórbidos brazos que se cuelgan á sus cuellos; prometen no disparar contra el pueblo y parten confraternalmente sus cartuchos con la guardia nacional.

El rey, asustado, firma la declaracion de los derechos y, escoltado por las mujeres, se ve obligado á partir para París con la corte.

La monarquía queda prisionera desde entonces. Las mujeres la destronan.

Pero la ola revolucionaria crece. Al combate de las ideas sucede el de las pasiones. Ante la invasion de la pátria por el extranjero, la traicion de los nobles, de los clérigos, de muchos que se habian vendido por patriotas, los republicanos más fervorosos se abandonan á una lucha de desperacion. La sola presuncion de ser traidor se paga con la vida. El reinado del terror comienza. Marat es su ángel exterminador. Basta una señal de sus dedos diciendo «matad á aquel» para que su fallo se cumpla.

Los hombres más decididos, los más grandes oradores en el Parlamento y más valientes en las barricadas, huyen temblorosos. La Francia está aterrada.

Solo hay un sér que no tiembla: es una mujer: Carlota Corday.

Jóven, virginal, hermosa, republicana, pero del partido federalista, del girondino, que por cierto representaba entonces lo contrario que hoy en España, pues los federalistas eran templados y los unitarios, á que pertenecia Marat, exaltados, Carlota Corday concibe el proyecto de asesinar á Marat: «la paz, se dice á sí misma, exige la muerte del tirano; ¿qué importa morir despues si he dado la paz á mi pátria?»

Y cuando los demás huyen, parte ella en diligencia á París con un tomo de Plutarco en el

bolsillo, en el corazon su secreto, y una cándida sonrisa en los lábios.

Vestida de blanco, con su sencillo aire provinciano, que no podia inspirar remota sospecha, pudo penetrar por las custodiadas puertas de la casa de Marat, á quien encontró en el baño escribiendo. Cambió con él algunas palabras, fingiéndose su correligionaria, le dictó el nombre de varios diputados que habian emigrado á su provincia, y cuando Marat decia, dejando de escribir: «está bien; antes de ocho dias habrán ido á la guillotina,» sacó el cuchillo que llevaba oculto en el seno y se lo hundió hasta el puño en el corazon.

He aquí de nuevo á la mujer en escena, dando opuesto giro á los acontecimientos. El cuchillo de Carlota, no solo habia penetrado en el corazon de Marat, sino en el de la república.

Cuando el inmenso pueblo de París vió salir sobre la carreta á aquella ideal mujer para ser conducida al suplicio, cuando la vió adelantarse serena con su túnica roja, alumbrada por la misteriosa luz del crepúsculo de una tarde de estío, á ofrecer su cabeza al verdugo, sin arrogancia, pero sin temor, con el mismo aire de sencillez y de candor que habia mantenido durante el tránsito, sin afectarse por las imprecaciones de coraje de los amigos de Marat, ni por las manifestaciones de simpatía de los contrarios, sintióse presa de muda admiracion que se trasmitió despues á toda la Francia.

El asesinato traidor cometido por Carlota se oscureció á los ojos del público para ver solo en ella

un alma heróica, sacrificada conscientemente en holocausto de la paz pública.

La influencia de este hecho fué inmensa. El patíbulo fué ambicionado por muchos. Desde entonces comenzó á considerarse, no como lugar de ignominia, sino como un altar.

¿Será extraordinaria la influencia de la mujer en la vida?

Y eso que lo dicho hasta aquí se refiere solo á su accion visible; ¿qué no se dirá de la invisible, de la que tiene en el secreto del hogar donde es dueña y señora? ¿Quién podrá sustraerse á sus caricias, á sus lágrimas, á sus sollozos, á su persistencia incansable, al encanto de su voz celeste?

¡Pobre español! ¿Está condenado á no tener esposa, sino á medias? Lo que el pudor no la consiente decir á su marido se lo dirá al confesor. Con este tiene la mujer una union más íntima que con su esposo: la del alma. Figuraos á una mujer que acaba de presentar su alma al confesor entre suspiros, lágrimas, anhelos, oraciones, arrodillada ante él como si fuera un Dios, que termina por imprimir en su mano un beso por el que sale aliento encendido...

¿Qué será de nosotros mientras esto continúe?

No te absuelvo, dice con imperio el sacerdote á la débil mujer, mientras tu marido, tu hermano, tu amado no vaya á la guerra á defender la causa de Dios. Estás condenada mortalmente tú y toda tu casta sino me obedeces. Ya teneis encendida la guerra en el hogar, guerra inacabable de todos los instantes, de todos los minutos, en la mesa, en el paseo, en el lecho. ¿Quién puede resistirla? Aque-

lla guerra viene al cabo á pasar á los campos. El carlismo no tiene otro orígen. Esta es la historia de las provincias carlistas.

El clérigo dispone de la mujer, la mujer del hogar, esto es, de la sociedad entera; ¿qué seremos mientras las cosas sigan así?

El mal es hondo, profundo, insondable. Toca á las raíces de la vida. Observadlo: pocos hombres confiesan ya; mujeres, casi todas. Ese abandono místico de su alma en la de otro hombre que, segun ley, debe ser virgen, tiene que interesar profundamente el corazon sentimental de la mujer. La verdad es que lo mismo sucederia al hombre. Figuraos que en vez de confesores hubiera confesoras, en vez de sacerdotes sacerdotisas vírgenes; ¿no creeis que entonces serian los hombres los que se confesarian y las mujeres las que huirian del confesonario?

No concibo cómo hombres discretos y de ánimo resuelto consienten que se confiesen sus esposas. ¡Pensar que otro hombre ha de conocer más secretos del corazon, de la que llaman suya, que ellos mismos!

La primer medida para comenzar la educacion de la mujer española, es hacer un auto de fé en la plaza pública con los confesonarios.

La plenitud del matrimonio lo exige.

¿Veis que en los países protestantes promueva guerras el sacerdote? ¿Por qué? Porque no dispone de ese arma secreta, poderosá, incombatible, del confesonario.

¿Quereis que el sacramento de la confesion desaparezca? Permitid, como en Alemania, que se

casen los clérigos. Entonces, sus propias mujeres se encargarán de evitar que otras confiesen con sus maridos. Y es que les sobra el instinto que á los hombres falta.

Vuelvo á decirlo antes de terminar: seremos irremisiblemente perdidos sino atendemos á la educacion de la mujer.

NUESTRA REVOLUCION [1]

Sin duda que la Revolucion que se opera á nuestros ojos es tan honda como la cristiana; toca á los cimientos de la vida. Mas contened, amigos, vuestro noble entusiasmo ideal; no hace falta, no, apelar, sino por excepcion, á la fuerza brutal para asegurar nuestro triunfo.

Es más; por nuestro deseo y nuestro carácter y nuestra manera de ser, repudiamos la fuerza. El Cristo decia: «no he venido á meter paz sino espada; vengo á levantar al hijo contra el padre, á la esposa contra el esposo, al hermano contra el hermano.» Y tenia razon: en su tiempo y en su raza aquello era ley fatal.

Lo ha sido en todas las convulsiones religiosas anteriores, y los reveladores no se han detenido, y han hecho bien, ante la lucha guerrera: «Dios lo

(1) Este artículo fué denunciado y absuelto.

quiere» ha sido su divisa. Y en su nombre, se han opuesto á los tiranos de la conciencia, á los duques de Alba y Felipes Segundos, y los han vencido. Sin esa revolucion los luteranos y demás reformadores, Alemania, Inglaterra, los Estados-Unidos, no alcanzarian el grado de apogeo que hoy ostentan.

No ménos que á los reformadores cristianos de los primeros siglos de nuestra Era, y á los del siglo XVI, nos asiste á nosotros Dios.

Sí; nosotros, escudriñando las entrañas de la sociedad y de la vida, estamos ciertos de que no es verdad que ninguna religion positiva represente, como pretende, al Dios de justicia y de verdad que conocemos y adoramos. Por eso pedimos que tales religiones desaparezcan.

Así, cuando vemos al catolicismo sostener los mayores absurdos cosmogónicos, geográficos, jurídicos, matemáticos, morales; cuando vemos sostener en sus libros sagrados que la tierra está queda, que Dios es vengativo y rencoroso, que hay penas eternas, que es justo matar á un hombre por ocultar algunos reales, decimos en nombre de la Verdad: «¡Desaparece!» Cuando le vemos proclamar, acudiendo á textos semibárbaros, que son nocivas nuestras hermosas composiciones dramáticas, nuestras odas, novelas y otras producciones del espíritu en que se han recreado los siglos, y que nos llenan de noble orgullo recordando que hubo Cervantes, Calderones y Espronceda que las escribieran, en nombre de la Literatura, decimos: «¡Desaparece!» Cuando le vemos engreirse en la contemplacion de columnas salomónicas, talcos, estátuas

inverosímiles, cuadros de endemoniados pintados con brocha gorda, decimos en nombre del Arte: «¡Desaparece!» Cuando le vemos proclamar que hace falta sostener á una multitud de hombres sin otro fin que comunicar á los demás con Dios, como si no lleváramos todos en el alma una chispa del fuego robado por Prometeo al cielo, y no nos sintiéramos tan dignos en conciencia y en hecho al compararnos con un sacerdote, como él, para relacionarnos con la Divinidad; cuando á la luz de la Economía examinamos de piés á cabeza el agente social que se llama sacerdote, y alcanzamos la certidumbre de que no tiene mision dentro de ella, decimos en nombre de la Economía y la Sociología: «¡Desaparece!» Ahora, Economía, Sociología, Ciencia, Arte, Literatura, todo esto que tiene verdad y realidad en la tierra, que lo vivimos todos con contentacion del alma, ¿qué son en su fuente sino el sér ó esencias de esa indefinible realidad que llamamos Dios?

Así, en resúmen, lo que venimos á decir al catolicismo es: «En nombre de Dios desaparece.»

Por fortuna, al decirlo podemos tener el contentamiento de alma de no dañar á nuestros semejantes, ni en fondo ni en forma. No lo vamos á hacer vivir por la espada, sino por la paz. La noble raza aria á que pertenecemos nos ha dado la fórmula para llegar á este hermoso resultado: esa fórmula es la que sirve como de sustentáculo á los Estados modernos. Fúndanse éstos, sin duda, en una base esencialmente religiosa: «Tenemos absoluta confianza en la divina virtud de la verdad, y en que el error no puede prosperar á su lado, así, que las

opiniones se muestren con libertad absoluta que vengan á la plaza pública las utopias y las exageraciones, ellas quedarán enanas al ser contrastadas por la verdad gigante.» La fuerza pública de que dispone el Estado moderno, no tiene otro fin que mantener aquella libertad.

Hé aquí por qué estamos nosotros ciertos de que la Revolucion trascendental que concebimos y aspiramos á realizar podrá verificarse, no mediante la espada y la fuerza, como correspondia al torpe espíritu del pueblo judío; sino mediante la risueña y amorosa paz que ha encarnado en la vida el pueblo de jurisconsultos y filósofos de que nosotros los españoles nos envanecemos en descender por línea recta.

No perseguimos una utopia; lo que queremos para España lo viven ya otros pueblos: Inglaterra, Francia, los Estados-Unidos, Suiza, Alemania, lo tiene ya inoculado en el fondo de su ser nuestra honrada pátria, España, no hay más que despertarlo, darlo forma y vida; hacerlo surgir de los senos en que alienta.

Seria hacer caer sobre la frente de nuestro pueblo un estigma de indignidad y de humillacion el considerarle incapaz de vivir lo que otros, sin su gloriosa estirpe, viven ya hoy. No lo dudemos, amigos.

Sus horas de iniquidad están contadas: las nuestras de justicia y libertad suenan ya en el reloj de los tiempos.

ESPANTOSA VISION

¡Qué espantosa vision he tenido, lector querido! Me hallaba en una suntuosa catedral. Admiraba las soberbias dimensiones de las naves; los pilares revestidos de columnillas que ascendian gentiles hácia el cielo, y allá en lo alto, despues de interrumpirse por floridos capiteles, bajo los cuales estaban como acurrucados séres fantásticos, bichas, sirenas, monjes cubiertos con capuchones y asomando bajo el hábito sus patas de macho cabrío, panteras y quimeras, se desplegaban en forma de nervios primorosamente labrados, para ir á reforzar las bóvedas ojivales, de las cuales parecian ser las venas.

Por doquiera habia impreso el hombre en aquel edificio maravilloso el sello de su génio. Aquí inmensas verjas de bronce con incrustaciones de oro y plata cautivaban los ojos con la proporcion y armonía de sus partes, con las cariátides y relieves

que las decoraban delicadamente cincelados; más allá, altares soberbios de mármoles y jaspes con los colores más vistosos; á un lado, púlpitos con relieves dorados y medallones guarnecidos de piedras preciosas; á otro, inmensas puertas de bronce que daban ingreso al templo, con su clavetería repujada y sus recuadros, donde el cincel del genial artista habia derrochado el lujo de una fantasía desbordada representando ya combates de caballeros en torneos, ya asaltos y batallas, ya cornucopias, canastillos de flores, angelotes, vástagos, mascarones y demás caprichos que en el Renacimiento dieron en llamar grotescos, todo cincelado con un brío, un fuego y una verdad que parecia escucharse el golpear de las armas sobre los escudos, los gritos de furor de los combatientes, y verse el espumarajear y sentirse el resoplido de los bélicos brutos que montaban ; en este sitio un retablo en cuyo fondo estaba un Cristo cubierto con túnica de terciopelo, adornada con ricos bordados y sujeta con cordon de oro; en este otro, bajo inmenso doselete gótico decorado con centenares de estátuas, pináculos, espadañas y penachos, se veia una vírgen cubierta con manto de tisú recamado de perlas, llevando ceñida la frente por una corona en que las piedras más preciosas, al recibir la luz, parecian juguetear con ella enviándola de unas á otras, y arrojándola dulcificada en haces brillantes al rostro del niño de oro macizo que tenia en sus brazos. El coro, el trascoro, la capilla mayor, que llenaban la mitad de la iglesia hácia el ábside estaban materialmente cuajados de retablos, capillas, columnas, altares, sepulcros, hornacinas, pinácu-

los, en cuyos huecos y remates habia una profusion indecible de estátuas de todo género, representando santos, patriarcas, obispos, papas, reyes, héroes; coronado todo por el retablo mayor que se alzaba allá inacabable, hasta la techumbre, distribuido en un considerable número de compartimientos, conteniendo, en alto relieve, escenas bíblicas y rematando en un Cristo en la cruz con la faz ceñuda y velada misteriosamente en señal de meditacion y tristeza.

Como si aquella munificencia no bastara, aparecian abiertos los muros laterales para dar acceso á capillas donde los magnates de diez generaciones, tendidos sobre sus lechos de granito sostenidos por leones, dormian el sueño eterno, vestidos aún con sus armaduras, cascos, cimeras y empuñando las espadas con que habian luchado en los combates y torneos.

La soledad más profunda me rodeaba. No habia ser viviente en torno de mí; el silencio, compañero de la soledad, era interrumpido solo por el chisporroteo de la luz de alguna lámpara que dejaba verse macilenta, como un punto perdido allá en los rincones de las capillas.

Yo caminaba lentamente de uno á otro lado, percibiendo al andar el eco de mis pisadas al perderse por aquellos inmensos ámbitos. El solo rastreo de mis piés comunicábase de unas á otras losas de mármol del pavimento hasta los pilares, cuyos manojos de columnillas, cual si fueran alambres eléctricos, trasmitian el movimiento á la techumbre y de allí á los nervios para descargarlo en los muros: que tal es la maravilla de

equilibrio engendrada por el cerebro humano por ministerio de los *maçones,* tan odiados hoy de los católicos, de cuyas manos salieran estos preciosos monumentos allá por la Edad Media.

***

Llegué en mi lenta excursion ante una estátua colosal de bronce, colocada en el fondo sombrío de una hornacina. El aspecto de aquel coloso era terrible: repliegues de arrugas surcaban su ancha frente, tenia los pómulos salientes, la nariz aguileña, todo acentuado, nervioso, terrible. El artista habia plegado su boca con desdeñoso y rabioso gesto; llamaradas parecian fulminar de sus ojos; los lábios abiertos, que dejaban ver la lengua afilada, vertian coraje, indignacion, rabia desesperada.

Quedéme atónito contemplándolo. Debajo estaba escrito en grandes letras: Isaias. El artista habia adivinado, sin duda, la situacion del profeta en el seno de un templo católico y la habia expresado maravillosamente. «¿Quién te hubiera de decir—prorrumpí en alta voz, despues de pasar largo rato contemplándolo en silencio—quién te hubiera de decir, á tí que fulminaste contra los adoradores de imágenes, que la tuya propia habia de estar en un templo de aquellos adoradores? ¿Dónde está el fuego que te abrasaba el alma en amor hácia un solo y único Dios, que no te sale de las entrañas de metal y te funde derritiéndote como lava? ¡Sublime ha sido el artista que te ha representado!: esa desesperada expresion de desden y coraje marcada en tu boca, las chispas de fuego que despiden tus ojos

hundidos en esas cavernosas, inmensas órbitas, el espanto que marcan tus encrespados cabellos, esa lengua que parece roja aún con el fuego que llevó á ella el ángel de parte de Dios único, para que lanzaras rayos contra los que se prosternan ante las obras que han salido de sus manos.....»

Llegaba aquí, cuando un extremecimiento de terror ahogó la voz en mi garganta. La inmensa estátua comenzó á oscilar con un movimiento de vaiven como la del Convidado de Piedra en el teatro. Lo que yo habia tomado por maestría del artista, se ofreció á mi vista espantada con todos los colores de la realidad: ardia la lengua de la estátua, chisporroteaban los ojos como el hierro candente que martillean los cíclopes en las fraguas. La enorme cabeza del profeta, crugiendo al moverse sobre las rígidas cuerdas musculares del cuello, echóse fuera de la hornacina produciendo un ruido espantoso, y conmoviendo el aire con tal violencia, que caí al suelo como si hubiera azotado mi cuerpo el huracan.

Quedé aturdido un instante sin saber lo que me pasaba. Con el mismo cabeceo del leon al pasearse tras la verja de hierro, pero con más pausa y fijeza, llevó sus miradas el profeta á uno y otro lado, arriba, abajo, á derecha é izquierda para cerciorarse sin duda del sitio en que estaba y de los objetos que veia. Yo me retorcia entre tanto como hace Mefistófeles al ponerle delante la cruz en las representaciones de la ópera, pero no podia dominar mi curiosidad y miraba furtivamente hácia el coloso, no queriendo perder ni uno solo de sus movimientos. Las imágenes sobre que clavaba sus

ojos parecian temblar como yo. Una Dolorosa, alumbrada por débil lámpara, vertió, al recibir sus miradas, lágrimas verdaderas, como protestando de su inocencia. El Cristo pendiente de una cruz abrió los ojos y le miró con bondadoso gesto como si le dijera: «perdónalos, que no saben lo que hacen.»

Hasta allí no habia salido una sola palabra de sus lábios. Solo se oia una respiracion cavernosa como si fueran las palpitaciones de un volcan y el golpear de la sangre sobre las venas metálicas, parecido al ruido de las oleadas de un mar bravío chocando sobre las peñas de la costa. De pronto rompió el aire un estruendoso sonido. El trueno ó el rugido del leon, saliendo de una caverna de bronce, no podrian comparársele:

«¡Generacion de víboras!—dijo arrojando palabras entre aliento de fuego;—generacion de víboras, ¿qué os hice para escarnecerme de ese modo? ¿Cuándo habitó el lobo con la oveja y el tigre con el cordero? ¿Quién vió nunca ayuntarse el leon con la ternera, ni que durmieran juntos el chacal y el cándido niño?

»¡Yo entre imágenes de barro! ¡Yo mismo fundido dentro de este armazon de vil metal! ¡Trituraos, deshaceos, derretios, miembros malditos de bronce que me oprimís!» Y al paso de decirlo forcejeaba furiosamente, rechinando los dientes y haciendo crugir las articulaciones de los dedos al cerrar los puños y crisparlos clavándose las uñas.

«¿No os tengo dicho—prosiguió—que mi Dios está harto de incienso, de vino, y de sacrificios y simulacros? ¿Cómo me injuriais? ¿Cómo desgarrais

mis oidos con el sonido de vuestros órganos y mi nariz con el olor de incienso consumido en fiestas hechas ante figuras de talla que detesto? Los oidos de mi Dios están cerrados á vuestas súplicas, no os oyen, y sus ojos miran á otro lado por no ver vuestra cera derretida.

»¿Qué haces, mi Dios: Tú el primero, el medio, el último, que no extiendes tu diestra y los confundes como el fuego á la arista?

»Mira tu templo relleno de estátuas; se arrodillan ante las obras de sus manos; yo mismo, miserable gusano indigno de arrastrarme á tus plantas, soy un ídolo. Lo que á tí deben lo rinden á los piés de lo que sale de sus dedos.

»¿Pero si tienen ojos y no ven, oidos y no oyen? Mi libro está en sus manos y no conocen las letras.

»Generacion de topos; ¿no os he dicho que solo mi Dios es Dios, y lo demás es polvo, humo, ceniza?

»Hé aquí que el carpintero coge un leño: de él toma para encender la lumbre y asar la carne, otra parte la lleva al horno para cocer el pan, la restante la corta y talla haciendo de ella una imágen y se arrodilla á sus piés. ¿No será ceniza lo que adora?

»¡Quitad, miopes, los ojos del suelo y levantadlos donde está solo el Hacedor!

»Vanidad son vuestras esculturas, durables solo como las verduras de los tejados que el cierzo quema.

»¡Ay! de los falsos profetas, que serán como estopa y mi Señor como centella. Al juntarse, todo será incendio y ceniza.

»No importa lavar y limpiar las imágenes con agua y aceite, más lavar y limpiar las obras; arrojad la iniquidad de vuestras almas; dejad de hacer mal, obrad bien.

»Eso es lo que habreis oido de mi boca.

»¡Oh! desesperacion, ¿y me haceis habitar entre esto que abominé?

»Quitad los ojos de la imágen vestida de sedas y llevadlos al pobre que se postra á sus plantas con los piés desnudos; tened caridad. El huérfano, la viuda, el anciano, están sin amparo. Los poderosos viven prostituidos y nadando en el deleite. El sacerdote abraza al príncipe y mira con desprecio al menesteroso. La iniquidad corre desvergonzada arrastrada en carroza mientras el anciano andrajoso, apoyado en el báculo, presenta su mano vacía, donde salpica el lodo de las ruedas.

»Los humildes moran en la tristeza; los pobres, los menesterosos y los afligidos tienen sed; su lengua está seca y pegada al paladar. No hay quien sacie su hambre ni cubra su desnudez. El oro que puede trocarse en alimentos, el paño en vestidos, la leña en calentar sus huesos frios, se aplica ¡oh mi Dios! á formar estátuas, á cuyos piés se arrodilla suplicante el cargado de culpas para que tú le perdones. Sus pecados son infinitos, como las arenas de la mar salada. La lujuria, la gula, la pereza tienen corroida su alma, y luego vienen á postrarse ante el tronco corroido como ellos por la carcoma, pidiéndole perdon.

»Ven, Jehová, ven. ¿Cómo tardas? Ya veo tu rostro encendido, grave, con la huella del hartazgo de sufrimiento, los lábios rebosando ira y la

lengua como el fuego que consume. Tu espíritu es un torrente que inunda.

»Despertad y cantad himnos, viudas, huérfanos y ancianos; salid del polvo, mi Dios se acerca. Trae en la mano la espada flameante que arruina ciudades y sesga las cabezas de los ejércitos. Él es, Jehová, que extiende su mano como el nadador para nadar, y abate la soberbia.

»Sus carros de guerra rechinan al subir la montaña; el sol se oscurece; la luna se apaga; los luceros se acurrucan temerosos en los rincones del cielo, y pierden su luz.

»Ya oigo el murmullo de las naciones y el estruendo de los pueblos que le siguen. Es su sonido como el de las olas del mar hirviente en la borrasca, ó como los torbellinos que pasan por el desierto de Arabia recogiendo las arenas y removiéndolas en forma de montañas líquidas.

»Abre tu boca y trágalos; que no se alimenten más del trabajo del hombre que suda tras la esteva.

»¡Ay de los que habeis establecido leyes injustas y tiránicas! ¡Ay de los que habeis aumentado dolor al afligido! ¡Ay de los que matais y encarcelais al inocente! ¡Vuestra hora se acerca!

»Meteos entre las piedras; escondeos entre el polvo. Id allá á los parajes de los topos y los murciélagos con vuestros ídolos de oro y plata; mi Dios, el solo, el único, se acerca en el esplendor de su majestad, con la espada encendida á herir la tierra.»

***

Dijo, y una espantosa detonacion de truenos estalló en el firmamento, y una lluvia de rayos descendieron del cielo. Abriéronse las negras nubes vertiendo por inmensas cataratas una lluvia torrencial; el huracan, bramando con furia, hizo retemblar el edificio que se columpiaba como frágil esquife en mitad del Océano, mientras anchas grietas se abrian en el suelo semejando bocas abrasadas de dragones que arrojaban azufre y amenazaban devorarlo todo.

Bien pronto las férreas puertas, azotadas por el torrente de huracan y agua, desplomáronse con estrépito espantoso; los enormes haces de columnas tronchábanse cual si fueran de frágil caña; las moles inmensas de las verjas veníanse á tierra con los pilares en que estribaban, haciendo extremecer el suelo; estátuas, cúpulas, púlpitos, sepulcros, altares, oro, plata, vasos, lámparas, columnas, mármoles, granito, todo caia, se precipitaba en horrible confusion, produciendo al caer el estruendo más espantoso. Por fin, removidos los cimientos, vencidos los muros de granito, la techumbre entera desplomó sus sillares sobre el suelo, aplastándolo todo.

Aquella masa informe de oro, mármoles, lodo, pedrería, montes de imágenes, coronas, vasos, azufre, era tragada por las enormes bocas de fuego que se abrian y cerraban sin cesar en el suelo.

¿Cómo pude ver yo todo ese estrago, sin que las llamas me consumieran, me ahogara el agua, ni me estrellase el huracan?

No acertaba á comprenderlo, como tampoco me daba cuenta de que mis ojos no cegaran con aque-

llas oleadas de luz que arrojaban centellas y rayos cruzándose de contínuo en culebrinas cual si formaran un tejido eléctrico como el del oro y la plata retorcidos, ni mi oido haya resistido el retumbar de los truenos que se enlazaban y confundian sin cesar.

Solo sé que la espantable vision que yo creia no haber reparado en mí, descendió un momento para recogerme en sus candentes brazos y me alzó en ellos sosteniéndose en el aire como si descansara sobre roca.

«Contempla y comunica á tu pueblo,—me dijo, —el cumplimiento de mis profecías,» y me oprimió suavemente contra su pecho. Su aliento tornóse en aquel instante suave, una dulce temperatura envolvió mi cuerpo y un puro y balsámico ambiente halagó mis sentidos. ¿Quién pudiera explicarse el contraste entre el estado atmosférico del espacio que yo ocupaba y el que lo circuia?

***

Cuando ni rastro quedaba del edificio, acallóse de pronto el viento, cesó la lluvia, desvaneciéronse las negras nubes, y ví alzarse en el horizonte un sol radiante que, sobre un cielo azul diáfano, desató sus hebras de oro, entre las que vinieron voladores á juguetear, céfiros y mariposas.

¡Qué espectáculo tan diferente ofrecíase á mis ojos, que abria y cerraba con deleite para beber por ellos luz, aire y aromas!

El suelo sobre que se asentara el templo y el li-

mítrofe estaba alfombrado de verde, húmedo y mullido césped, cubierto por una red que parecia de menudos brillantes, y eran puro rocío de la mañana. Arboles frutales de todas suertes cubrian vegas, collados y laderas. Los sauces, plantados en las márgenes de rios cristalinos, ostentaban colgados de menudas hebras los nidos esféricos de las pintadas y vistosas oropéndolas que con otras avecillas de plumajes no ménos brillantes revoloteaban entre las verdes ramas picoteándose amorosas y saludando con sus gorgeos armoniosos al sol, rey y señor de nuestra madre tierra.

Bosques de hayas, encinas y cedros, se veian allá en las alturas, donde á la vez que para hermosear el paisaje, servian para atraer la lluvia fecundante que sácia la sed de los campos y suple la que envia de su frente abrasada el fatigado labrador.

El eterno sueño de la poesía estaba realizado: las espadas se habian convertido en rejas, las picas en rastrillos que quitan la cizaña robadora del jugo nutridor de la planta útil. Veíanse uncidos en el mismo carro el toro y el leon; la obeja y el lobo apacentaban en el mismo prado; niños montados en tigres con el carcaj pendiente de sus hombros y ostentando un desnudo riente que brotaba sangre y vida, disparaban juguetones sus flechas sobre las parejas amorosas que en la márgen de los arroyuelos, á la sombra de los espinos cuajados de blanca flor que despide oleadas de perfume delicado, se recreaban contemplando su dicha en la linfa trasparente de aguas, tan puras como sus almas.

Era admirable el concierto que allí se notaba en-

tre hombres, brutos, plantas, aguas, tierra y vientos; parecia como si se hubiera sellado un lazo de amor leal y sincero entre todos.

Por suelos neutrales veíanse fulgurar cintas de hierro paralelas sobre las cuales las empenachadas locomotoras arrastraban trenes con coches abiertos á la luz y ai aire. En las plataformas de aquellos coches veíanse grupos alegres de colegialas vestidas de blanco, que marchaban de excursion á visitar las montañas, lagos y rios vecinos para familiarizarse con la naturaleza circundante y amarla. Aquellas niñas, al pasar delante de los árboles, de las casas ocultas entre follaje, de las peñas, valles y alturas, movian sus pañuelos saludándolos, como si se despidieran de la tierra madre ó la dulce amiga. Bandadas de jilgueros, pardillos y canarios salian al paso á saludarlas con sus trinos, parándose sobre sus hombros y robándoles con su picuelo travieso el alimento que ellas les ofrecian de sus rojos y frescos lábios.

A la puerta de las alquerias solian verse grupos de jóvenes de ambos sexos cogidos de la mano, celebrando con danzas y risas la aparicion del nuevo dia.

No se veian ni trajes negros, ni caras sérias. La confianza, la paz y la dicha se extendian por todo. Carros de una proporcion perfecta, como el hermoso de la Cibeles del Prado, adornados de guirnaldas de flores y tirados por leones, cruzaban los caminos entoldados de ramaje, conduciendo á mozos y mozas que, coronados de pámpanos, amapolas y otras flores silvestres de vivos colores, iban, entonando alegres canciones, á la vendimia de la

uva, que da el vino, compañero de los festines y la alegría.

No existian ya estas grandes ciudades en que se roban los hombres el aire unos á otros, enviándose en cambio emanaciones deletéreas, y en que los ricos arrojan á los pobres á los pisos altos para que estén más próximos del lugar donde pronto irán á descansar, heridos por el sol al caldear su cabeza en el verano, y constreñidos por el frio al introducirse por las grietas de la techumbre, abierta al cierzo, en el invierno. Las casas de solo dos pisos estaban como perdidas entre verdes enramadas, formadas por huertos y jardines que cultivaban los dueños con sus manos.

Acá y allá se veian, destacándose sobre los demás, algunos edificios que acusaban ser: ya fábricas por sus altas chimeneas, de donde salian nubes de humo, ya observatorios, por sus elegantes cúpulas acristaladas, que dejaban ver en su interior grandes telescopios y otros instrumentos, ya escuelas á que se dirigian por diversos senderos niños en que la salud y la vida borbotaban, los cuales interrumpian su camino para correr tras las mariposas, luchar á brazo partido con las cabras, subirse á los árboles á coger frutas y ensayar cuál era más fuerte en la carrera, en el salto y en la lucha, continuando despues, cogidos de la mano ó echándose los brazos por los hombros, hasta llegar al edificio.

Los trajes que vestian aquellas gentes no se parecian á los actuales; eran telas ó paños sencillos plegados con gracia, que reflejaban los libres movimientos de los que los vestian, al modo de lo que

sucedia con las togas antiguas romanas y con nuestras capas, especialmente en Andalucía. El cuerpo y el espíritu hacian el traje, y no al contrario. No era el sastre el señor y esclavo el cuerpo, sino antes bien, moldeaba este é imprimia en los paños la nobleza de sus movimientos. De este modo, no se apreciaban las personas por la riqueza de sus vestidos, sino por la gracia, la modestia, la severidad, el gusto delicado, la majestad con que cada cual llevaba plegados sus mantos. Así, áun á estas partes externas llevaba el alma su espiritualidad embelleciendo la vida; el museo y el campo se confundian. A aquellas gentes de gusto puro, hubiera parecido un fenómeno ver llegar un hombre con un cilindro negro puesto en la cabeza y unas aletas de pichon colgadas á la espalda, ó bien una jóven ocultando su hermoso cabello con un cesto de paja adornado de plumas de guacamayo, al modo de los salvajes.

A juzgar por el aspecto, la confraternidad más íntima reinaba entre todos: unos iban cogidos de la mano, otros ciñéndose mútuamente la cintura con sus brazos; tres doncellas, cuyas carnes disputaban la blancura á la nieve y el color á la rosa, entrelazaban sus brazos mórbidos, haciendo descansar dulcemente las manos torneadas sobre los desnudos hombros de la compañera próxima, formando un grupo semejante al clásico de las Tres Gracias, pero de tres gracias vivas y sonrientes, que en vez de disputarse el premio de la hermosura, se juntaban en concierto de amor para realzarla con la union y el contraste.

Muchedumbre de artistas: pintores, poetas, es-

cultores, músicos, tomaban apuntes y diseños sobre aquellos cuadros hermosos que se ofrecian á los ojos, para recogerlos y darles fijeza eterna con el fin de que sirvieran de recreo á las almas en lo futuro.

—¿Quién es el autor de tantas maravillas? pregunté en esto á Isaias que, como yo, habia permanecido hasta entonces en silencio, embebido en la contemplacion de aquel admirable concierto de séres y cosas.

—Él, contestóme señalando hácia la cúpula del azulado firmamento.

—Sin embargo, repliquéle con inocente ironía, dulcificada con una sonrisa, Él existia cuando tú viviste y todo era hambre y desolacion, llover azufre, abrasarse de sed en el desierto, tener plagas en los campos y disolucion en las ciudades. Sodoma no era mejor que Gomorra ni Nínive que Babilonia.

Isaias se quedó pensativo. No podia contestarme; él no sabia pronunciar las palabras locomotora, telégrafo, vapor, magnetismo, brújula, imprenta, telescopio, microscopio y diez mil más con que nombramos los benditos descubrimientos que van regenerando al hombre y tornarán la tierra, de Valle triste de lágrimas, en Paraiso regalado.

—Mira, le dije, marcándole la escuela; aquella es la máquina de toda esta hermosura, y hé allí los obreros, señalándole los rapazuelos juguetones que ascienden por la colina.

Dios es grande, infinito, como han dicho los de tu raza; Él es, sí, el comienzo, el medio, el fin de cuanto existe; pero no hace por sí la ventura nues-

tra: la abandona á nosotros mismos. Él da solo la primera materia: idea, sustancia accion. A nosotros toca remover la sustancia, infundiéndole la idea; para eso tenemos la accion. Mas esa accion reviste una forma imprescindible: la libertad.

Hé aquí lo que no ha conocido tu raza, Isaias, y por eso es esclava. No es con trenos, lamentaciones, maldiciones horribles y amenazas de lluvias de azufre, con lo que se hace la vida y se cumple el destino; sino desplegando libremente la actividad en todas las direcciones de la realidad, llevando los ojos á los astros, á los átomos, á los mares, á la atmósfera, hundiéndolos en la conciencia. Hé aquí lo que hicieron aquellos paganos griegos, nuestros padres, á quienes vosotros juzgábais malditos de Dios, raza impura y condenada á muerte eterna. Ellos hormiguearon entre aquellos golfos, valles y montañas en que se entrecorta su vario suelo, y nos enseñaron el camino único de llegar á la felicidad posible en la tierra y preparar nuestra alma á cuantos destinos pueda tener en otros mundos: «conócete á tí mismo, conoce tambien el mundo de que formas parte, y muévete conforme á sus leyes:» Así dijeron.

No basta amar á Dios, no basta ser caritativo, odiar la iniquidad y defender la causa del menesteroso y afligido, como tú y otros hombres preclaros de tu raza hicieran; hay que producir, hay que moverse; «á Dios rogando y con el mazo dando,» ha dicho el castellano con sorna, mirando de reojo al sacerdote, á no poder hacer otra cosa.

Opuesto al templo donde se adoran los ídolos de

leña que tú odiabas, y que recuerda el de Jerusalen y tu raza, hemos erigido nosotros aquel otro que ves allí: la escuela. De él han salido, sin duda, las maravillas que contemplamos. Ahora, observa lo que hay en ese templo; tu ojo penetrante puede atravesar sus muros de piedra cual si fueran cristal trasparente. Aquel es el laboratorio, el de más acá el gabinete de física, estotro el de plantas; allí están los animales, aquí los minerales, más acá las rocas. Las aguas y piscicultura las estudian en aquellos estanques, estos otros sirven para ejercicios de natacion; el pabellon que ves como anegado de follaje, es el destinado á los conciertos donde los niños con sus voces argentinas cantan coros angélicos, deleitando los oidos de sus familias, y áun de los animales, aves y peces del jardin, que se acercan y los escuchan suspensos.

Aquello es el picadero donde aprenden los niños á montar sobre su fiel amigo, el caballo, más noble ya que antes, en agradecimiento de haberle libertado de la muerte cruel á que se le condenaba en las plazas de toros, de las que no queda piedra sobre piedra. Aquí hacen gimnasia; más allá se amaestran en la lucha y en la carrera. El taller que se ve más lejos, sirve para familiarizarlos con todos los oficios, aunque no aprendan ninguno de ellos con el fin de ejercerlos. Allí comprenden la rudeza relativa de cada uno de esos oficios, y no consentirán luego en el mundo social que se sacrifique la vida de los obreros obligándolos á trabajar más tiempo que el que consienten su salud y sus fuerzas; el equilibrio de la materia les inspira el sentimiento de la justicia, que no es, al cabo,

sino el equilibrio de las almas. En una de las dependencias de ese taller hacen los discípulos mayores, dedicados ya á la industria bajo la direccion de artífices hábiles, aves mecánicas sobre las que montan los niños para ejercitarse en la natacion aérea y rodearse de cierta atmósfera que cura enfermedades, antes mortales, ó prolonga la salud. Estas nuevas medicinas que presta el conocimiento de la naturaleza y el artificio del hombre, son la causa de la longevidad de la poblacion.

Así como con la combinacion de lo ágrio y lo dulce se han obtenido los condimentos más sabrosos, así tambien la naturaleza, ofreciendo para cada cosa su contrario, presta al hombre medios de armonizarlo todo. La cuestion está en saber cuáles son los elementos simples opuestos y la manera de hacerlos entrar en armoniosa composicion. A veces la combinacion feliz puede obtenerse inmediatamente; otras veces es preciso esperarla del tiempo. Así, con estudio y paciencia, se logró primero anular los efectos de la viruela, despues se obtuvo el mismo resultado con la rabia, más tarde con el cólera y no ha faltado quien, tras selecciones y cambios de virus entre unos y otros animales, ha logrado lo que antes maravillaba nuestros ojos y formó el ideal de los poetas que, como más videntes, lo imaginaron: amansar el leon y domesticar al tigre, viéndose ya al uno uncido al carro y al otro acariciar con sus garras inofensivas al amorcillo que lo conduce.

Todo esto lo enseñan en el templo aquel, y lo pueden ver de bulto y relieve los niños en sus museos: allí están, al lado de cada veneno, su triaca;

cada animal, cada insecto dañoso tiene al pié el específico que ha servido para tornarlo útil al hombre.

Aquel huerto que se ve á la entrada, está cultivado por los niños mismos; hay en él una parte en que trabajan todos, otra repartida en porciones que pertenecen á cada uno. Allí aprenden que es preciso juntar el trabajo, y hacerlo tambien separadamente para poder vivir en sociedad. En la parte comun hay un estanque que sirve para el riego de todo el huerto, cuyo estanque tiene la salida de las aguas tapada con un enorme tronco oprimido á fuerza de mazo; varias cadenas están sujetas al tapon enorme. Si tira un solo niño de cualquiera de aquellas cadenas, le será imposible conmover siquiera el tronco; tampoco podrian entre dos, ni entre tres, ni entre cuatro, ni tirando todos sólo de una cadena; tienen que juntarse y tirar todos á la vez de todas las cadenas combinando las fuerzas: entonces se destapa el conducto y sale el agua corriendo bulliciosa á llevar el jugo fecundante al arbolito, la legumbre, el rosal, que de otro modo se secarian: el niño corre tambien y se alegra con el agua; ha vencido una resistencia y lleva en el alma la esperanza de un goce presente ó futuro que le proporcionarán los frutos de la parcela de tierra que cultiva. ¿A quién debe aquel bien? A la union con los otros niños; sin ello se secarian sus lechugas y no pasarian de flor sus almendros. Importa, pues, viene á deducir el niño, enlazarse con los demás; hay que echar los brazos al prójimo, en vez de darle puñaladas y tiros. El egoismo mismo lo exige. ¡Y vea V.: ese egoismo, fiera la más difícil

de domeñar, es guiado y amansado por la madre inteligencia! Claro es que el maestro, que habrá aprovechado la ocasion para enseñar á los niños prácticamente cómo actúan las fuerzas cuando los hizo tirar de las cadenas, no la habrá perdido tampoco para decirles que es preciso consagrar horas á los trabajos comunes si se quiere que den fruto las obras individuales. Los pueblos torpes que no lo hacen, aquellos en que cada individuo vive aislado, no tienen agua con que fecundar su campo, y sus esposas y sus hijos caen marchitos como las plantas de la parcela del huerto por falta del jugo necesario.

La invencion de esos jardines se debe á un bienhechor de la humanidad, cuyo nombre deben murmurar los lábios de los niños con más uncion que el sagrado rezo; ese nombre de Frœbel.

No debe maravillar la paz que reina en esta tierra bendita al ver que las mismas pasiones desordenadas se ponen á servicio del Bien por una direccion inteligente. Las cárceles, los patíbulos y los agentes de órden público no hacen aquí falta. El que delinque lo comprende, porque con su inteligencia avivada y su costumbre de llevar la armonía en su alma, advierte el desequilibrio producido en ella y pide él mismo la pena como un derecho inalienable; sin grillos ni prisiones sométese á ella, y cuando el equilibrio interno está restablecido, y purgado el delito, tórnanse aún mejor que antes, al modo que ciertos enfermos que, despues de pasada la enfermedad, se sienten más saludables y vigorosos, y es que ha desaparecido el virus maléfico que les envenenaba la sangre.

A ninguno de esos niños se le hace aprender de memoria si Dios es trino y uno á la vez, si es de necesidad para salvarse creer que nació de una vírgen, y que es redentor, y es salvador, y es glorificador; que resucitó á los muertos y sacó los demonios del vientre de hombres y animales. Tampoco se les hace orar con palabras, antes se les enseña que la oracion ha de ir envuelta en actos útiles y benéficos: ora el que estudia, ora el que trabaja, ora el que escribe y esculpe ó pinta, ora la mujer hacendosa que asea su prole y adereza en el hogar los alimentos, gratos al paladar y precisos para el restablecimiento de las fuerzas cansadas.

Que no les digan que hay hombres benditos y malditos; que los hay destinados á mandar unos á obedecer otros; que un hombre, constituido en semidios, trasmite, con movimientos de las manos, la santidad á otros hombres. Ellos no han estudiado sólo las moléculas, han analizado y comparado las almas y saben que todos los hombres son iguales en esencia, bien que se diferencien en méritos por la constancia, la firmeza, el valor con que han contribuido á la obra de realizar el destino humano en la tierra. Los hijos no heredan los títulos de sus padres, antes es carga de sus hombros la memoria de estos cuando no tienen virtudes propias para honrarla, añadiendo, como están obligados, méritos nuevos y mayores á los que aquellos contrajeron en vida. Postrarse á los piés de otro hombre, vista el hábito que vistiere, esto no se ve jamás en esta tierra libre. El que primero lo impediria fuera aquel á quien se quisiere hacer objeto de adoracion, el cual alargaria sus manos para elevar

al rendido y darle sus brazos, y de querer seguir humillándose se apartaria de él con rubor, viéndole rastrear como reptil su naturaleza excelsa. Besar unas sandalias y un anillo como antes se ha visto, parece hoy cosa de sueño; no se concibe tanta degeneracion.

No se ha alcanzado esto sin tener que dar tremendas batallas.

«¿Que será de la sociedad sin Dios? ¿Quién aplacará la ira divina? Sin orar, sin rogar á Dios del cielo que nos envie el pan de cada dia; sin llamarle santo, grande, omnipotente, justo, benéfico; sin tocar argentadas campanillas para alabarle, ¿cómo se nos mostrará propicio? ¡Impíos y herejes que quieren echar al suelo nuestros templos y profanar nuestras imágenes!» Así han hablado.

Tú los conoces bien, Isaias: toman por dioses las hechuras de sus manos; toman por religion sus reverencias; piensan que tras los ojos de metal y tras el pecho de mármol hay efectivamente una inteligencia y un corazon como los nuestros, que se ablandan á las súplicas, que oyen las lamentaciones, ven gotear las lágrimas de los ojos, y han de darles el pan de que carecen, devolverles la salud perdida, abrir sus ojos cerrados por la ceguera, enderezar sus piernas torcidas, hacer hábiles artífices ó sábios á sus hijos, ladear las balas que van derechas á su corazon en la guerra. . . . . .

Entre tanto, ruedan silenciosos los astros por el éter, desciende la lluvia en los campos, se suceden

las estaciones con su ley invariable, y reposa allá en un lugar que le dá nuestra imaginacion porque es su obligacion imaginar formas, pero quedando siempre un más allá del más allá que la *la loca de la casa* se represente, el orígen eterno de cuanto tiene ser y esencia.

¿Pueden llegar allí tus ruegos, creyente? Pues pierdes el tiempo golpeándote el pecho.

Esta es la cuestion desnuda de vanas palabras: si el tiempo, que es más valioso que el oro, puede así desperdiciarse en vanos simulacros. Lo de acusarnos de impíos, herejes, sin Dios, es puro sonido. Derribar altares, no es sinónimo de derribar la religion. ¿Eran irreligiosos, por ventura, los cristianos que echaron al suelo los altares paganos? ¿Lo eran los sacerdotes que acompañaban á Cortés al derribar los de los indios?

No, la cuestion capital está en esto: ¿tienen eficacia las súplicas y las lágrimas vertidas ante los viejos altares ó no? ¿Hay otros medios más seguros de hacerse oir del Hacedor?

Cuenta que la contestacion negativa á la primera pregunta no arguye nada en desdoro de las religiones que desaparecen, como la superioridad del brillo de la luz eléctrica no amengua el mérito que tuvo en su tiempo la lámpara de aceite. ¿Será enemigo de la luz el que derriba el candil para sustituirlo por la lámpara eléctrica?

Y bien, ¿no puede tambien suceder que se acerque uno más á Dios por otros medios que por el de la súplica y el ruego ante imágenes? ¿que ame á Dios y sea más religioso quien no quiera imágenes, que el que se arrodille ante ellas?

Isaias abonaba mi opinion.

¿Cuál es el objetivo, en efecto, de lágrimas y rezos? Que nos acorra Dios en nuestras calamidades; nos dé pan para comer; agua para beber; nos redima de la miseria; nos sane en nuestras enfermedades; nos libre de guerras y plagas, nos haga más justos, más prudentes, más virtuosos; que nos inspire para atar con lazos más puros y desinteresados los corazones; que sea más intenso el amor de los esposos y de los hijos; más franca la amistad, más piadosos los sentimientos de beneficencia hácia el desvalido y menesteroso; que haya paños para que todos cubran sus carnes, casas donde moren, alimentos que los sustenten, lechos en que descansen sus cuerpos fatigados; que todo lo conquistemos á costa del menor esfuerzo, que la corcoba de Vulcano desaparezca y pueda ostentarse en la plaza más airoso que Marte, robador hasta aquí de la belleza que aquel fabricara con sus manos industriosas; que no sólo tenga cada cual lo necesario para alimentar su cuerpo, sino lo que hace falta á su alma, y tras las horas del trabajo pueda dar expansion á su sentimiento, solazándose con sus semejantes en reuniones, teatros y juegos, donde cada cual luzca sus gracias y haga copartícipes á los demás de ellas, ya recitando versos armoniosos, ya cantando, ya marcando con la danza cadenciosa el ritmo halagador de los oidos, ya representando idealizadas las tragedias sociales que pasman el corazon, purificándolo al verter piadosas lágrimas, ó parodiando las debilidades de la vida comun, en la risueña comedia, donde, al ver enredados los personajes entre las mallas de

sus flaquezas, estalla el público en la alegre carcajada que ensancha los pechos.

¿No es esto lo que busca el hombre con sus movimientos, obras y palabras? ¿No es esto lo que os ha movido á tí y á cuantos génios cuenta la humanidad á dar el reposo, la inteligencia, la sangre, si ha sido preciso, por hacerlo palpable á los ojos de los hombres? ¿Por qué abominaste la iniquidad y la injusticia; por qué apelabas al santo nombre de Dios sino porque veias al trabajador, á la viuda, al enfermo, al huérfano y al anciano carecer de todo, mientras nadaba el rico en la abundancia?

La religion mejor será, pues, aquella que eleve más el alma, la haga más perfecta, y libre al hombre con más evidencia de la servidumbre de la miseria.

Y bien: ¿era la religion del templo destruido há un instante la que realizaba ese ideal?

Ciertamente que no. El que topo entraba, topo salia. Ni sabia curar sus enfermedades, ni inventar máquinas, ni construir barcos, ni componer odas, ni hacer discursos, ni escribir dramas, ni gobernar á los hombres, ni hallar la direccion que llevan las venas metálicas para extraer el oro y la plata de las minas. El golpear de los pechos y el cruzar y suplicar de las manos, durante diez y nueve siglos, no ha producido ni un sólo sábio, ni un artífice. Ha sido preciso que á espaldas del templo y sigilosamente trabaje el hombre, para hacerse con el secreto de las leyes que rigen al cosmos, y con la habilidad necesaria para servirse de esas leyes en provecho de nuestra especie.

A espaldas del templo ha crecido la ciencia ma-

dre, la filosofía y la matemática, y la medicina, y la física, y la química, y la política, y la economía, y la antropología, y la astronomía y todas las artes mecánicas y bellas. No se sabe que por rezos se haya jamás hecho un invento como el de la brújula para dirigir las naves, la imprenta para difundir el espíritu, la porcelana, el telescopio, la navegacion aérea. De que por milagro se ha hecho ver algun ciego, y andar algun cojo, cosa es discutible por muchos, risible para los más, creido sólo por los que tienen débil constitucion orgánica ó cerebral; en cambio son infinitos los enfermos á quien los médicos salidos de las escuelas hacen recobrar la vista perdida y quitan las gangrenas ó podredumbres. Hoy se ha llegado á poner narices postizas, á remendar el cráneo, á hendir el vientre, examinarlo, curarlo y volverlo á dejar en su estado. Eso en esta tierra donde hace poco más de veinte siglos se ponian los enfermos en los caminos para que los transeuntes vieran si podian curarlos por haber padecido una enfermedad idéntica. Esto es que esas curas prodigiosas se han conquistado mediante el esfuerzo del hombre. Ahora bien: ¿quién ha obrado el prodigio? ¿El que ha pasado el tiempo rogando á las imágenes que cure las enfermedades de sus parientes y deudos, ó el médico indagando y haciendo experiencias? ¿De dónde ha salido el remedio para la estirpacion de estos males, de la Iglesia ó de la Escuela?

¿Cuál es, pues, el templo más beneficioso? No lloreis, pues, humanos, la ruina de vuestros viejos templos: ellos no servirian sino para derrochar un patético de lágrimas y lamentos que nadie escu-

chaba. La religion, como todo cuanto es humano, cambia y se trasforma. Del mismo modo que hemos ganado en luz al abandonar el velon y adoptar el foco eléctrico, ganamos tambien en religion al cambiar la de lo sobrenatural y fantasmagórico, por la racional y positiva de la verdad, que se fundamenta en granito. Si la catedral gótica se arruina, álzase á su lado la escuela. Llevad á ella lo que antes empleábais en mantos, coronas, sortijas, lámparas y ofrendas á dioses sordos y ciegos. Juntaos el domingo en los jardines y parques de la escuela, en su pabellon de conciertos, en su pequeño teatro, y allí solazaos con las gracias y juegos que inventan vuestros traviesuelos muchachos, cuyos ojos, rojas mejillas y cabello ensortijado, hablarán harto más á las madres que el ceño contraido y oscuro del sacerdote que va de uno á otro lado del altar, sin que ellas puedan explicarse con claridad el objeto.

Ahora, tú mismo ¡oh Isaias! á quien tienen convertido en imágen en mil iglesias, juzga cuál religion es la mejor: la que se ha arruinado ó la que ha venido á reemplazarla.

Mas, ¿á qué preguntarte, despues de lo que han pronunciado tus lábios y contemplado mis ojos? Si es religion colocarte en este lugar á tí, que odiaste las imágenes y tronaste contra ellas á cada página de tu obra, venga el supremo Dios y lo vea; los que han hecho esto, bien pueden asegurar con desgarro, que los muertos descompuestos resucitan, y que curan el cólera con agua hisopeada.

De todos modos, doy gracias al cielo de haber tropezado contigo en tal lugar. No podia encontrar

para mi obra espada más formidable ni hacha más cortante. Tu autoridad inmensa escuda mi pequeñez; un enano como yo necesitaba un gigante como tú para que lo defendiese. Tú, con la fuerza de tu génio, puedes hacer caer los luceros delante de tus piés, incendiarse las selvas, desaguarse los mares y producir el desplome de la bóveda celeste. ¡Grande es tu poder! Ahora. . . . . .

Los brazos que me asian desatáronseme en este momento; así como al salir de un letargo pugnan los ojos por despegar los párpados que los oprimen, así los mios pugnaban por abrirse; yo veia á Isaias como á través de un velo; pareciéndome que se habia achicado; miróme un momento con fijeza, acercó despues su rostro al mio, imprimió en mis lábios un beso, por donde sentí penetrar calor, frescura y vida, y apartóse con un brusco movimiento.

Abrí los ojos haciendo un grande esfuerzo, miré en torno mio y me hallé en mi lecho, del cual acababa de saltar un muchachuelo de cinco años, fresco como una rosa. El picaruelo se habia acostado conmigo y me habia echado quizá los brazos al cuello al barruntarme inquieto con mi pesadilla de Isaias. Por eso fué el sentir tan grato ambiente. Por eso tambien la escuela y los muchachos bullidores viniéronseme, sin duda, á las mientes.

Decia antes que Isaias me escudaba; ¿no es verdad, lector, que es mejor autoridad que la suya, la inocencia de un rapazuelo así? Lo que su aliento me trasmitió y selló su beso no puede fallar.

Por eso te lo cuento.

LA VERGÜENZA

NO ES SER SUBLEVADOS, SINO TIRANOS (1)

«Son una vergüenza para nuestro pueblo hechos como el de Badajoz; Europa nos llama despreciativamente el país de las sublevaciones.»

Esto han dicho en todos los tonos, no solamente periódicos ministeriales, sino algunos llamados falazmente democráticos.

Contra tanta malicia ó tanta torpeza, basta escribir estos nombres de gloriosos sublevados españoles: Riego, Espartero, Prim.

Lo que es una vergüenza, no puede ser una gloria; y es gloria, sí, para España poder escribir como ha escrito esos nombres con caractéres de oro en el santuario de las leyes.

¿Y es sólo España quien honra á esos ilustres caudillos de nuestra revolucion? Todo el mundo

(1) Este artículo fué denunciado y absuelto.

sabe que en el extranjero se les prodiga análogos honores.

¿Será que la naturaleza humana sea perversa de esencia y aplauda el mal? No: el sentido humano se inclina naturalmente hácia lo justo. Ved á los pueblos entregarse mútuamente los criminales que emigran; ved, en cambio, ofrecer banquetes y manifestaciones de cariño á los emigrados políticos. Si tuvieran rostro esos periódicos que han llamado ladrones á nuestros soldados, ¡cómo se hubiera sonrojado á la vista de los honores que el público portugués ha prodigado á esos que ellos llamaban ladrones!

Lo que sucede es que España tiene en su médula tradicional inoculada la tiranía, que la libertad no ha podido abrirse paso aquí nunca sino por la fuerza; y como la libertad es tan hermosa y prenda las almas, como llena el ambiente de nuestro siglo, no pudiendo alcanzarla por buenas, se alcanza por malas. Patíbulos, cadenas, prisiones, destierros, decretos de purificacion como los de Martinez Campos, todo ha sido y será inútil; las dos castas en que han querido gobiernos oprobiosos dividir nuestro pueblo, de gobernantes y gobernados; los primeros infatuados déspotas, los segundos humildes vasallos, tienen que desaparecer; y mientras no desaparezcan, estará en cuestion el órden público.

Esto es una verdad palmaria. Quien la discuta, cierra los ojos á la evidencia, desprecia la Historia, y á su desprecio contestará ésta exponiendo á sus ojos los soldados sublevados, asomándose por las murallas de las plazas fuertes. Vendrán esas

exclamaciones de espanto que hemos oido estos dias á periódicos que se dan humos de sabiondos y se erigen en pontífices para apreciar los hechos, como si su ¡ay! de sorpresa no acusara, lo primero que todo, una torpeza insigne para juzgar la cosa pública.

El progreso es una montaña, los pueblos están convencidos de que tienen que ascender por ella; están convencidos, además, de que es una vergüenza que haya que guiarlos con andadores; que no serán honrados si no suben por su propio pié y con libertad absoluta de movimientos; esto es ya de derecho comun europeo. España lo ha proclamado, ha vertido su sangre generosa por hacerlo valer; pero los poderes desvanecidos se han empeñado en negar ese derecho, han querido detener en su ascenso á ese magnánimo pueblo, y él se ha revuelto con furor, contestando á la fuerza con la fuerza. Así Riego derroca al tirano Fernando VII, y trae la libertad; así Prim y Serrano echan por tierra el trono desatentado de Isabel II.

Ahora, no hay historiador europeo de alta talla que no aplauda á Riego y á Prim; no hay quien no los considere como libertadores de la pátria; no hay, por tanto, quien con alteza de miras, español ó extranjero, no aplauda esas sublevaciones: ¿Qué montan, ante tan inconcusos testimonios, las declamaciones de periódicos extranjeros, no se sabe por qué mano guiados, y de otros de nuestro país que los hacen coro, sobre que las sublevaciones nos deshonran?

¿Qué hubiera sido de España sin esas sublevaciones? ¿Habríamos entrado en el concierto de la

vida europea? ¿Es posible que sea una deshonra para España lo que han realizado los libertadores de nuestro pueblo, reconocidos como tales por todas partes? Esos periódicos extranjeros que hablan, pues, con desden de España por sus sublevaciones, no saben lo que hablan, si son partidarios de la libertad; y los periódicos de aquí que les siguen, llamándose demócratas, son periódicos inverosímiles, que excitan la justa indignacion de las almas viriles.

No: la deshonra de España no son las sublevaciones, sino las tiranías: en esto sí que se hallan todos los historiadores conformes. La deshonra es que se arranquen al pueblo, con la punta de la espada, derechos que ha tenido ya en su mano, como el de sufragio; que se divida el país en legal é ilegal; que al llegar al poder, se desvanezcan los hombres de tal forma, que desprecien la opinion y falten á promesas juradas, por virtud de las cuales lo obtuvieron; la deshonra es que desde los ministerios se elijan los representantes del país; y vayan á ellos á cuchichear con los ministros muchos que se llaman demócratas anfibios, para que la monarquía les haga diputados; la vergüenza es mirar con desden, desde las alturas del poder, á conciudadanos que son tan dignos, cuando ménos, como los que ocupan aquella altura; la vergüenza es que debiendo obrar con equidad, con justicia, con respeto á todas las opiniones, se aprovechen los hombres de la autoridad que poseen para ejercer venganzas y coacciones.

Mas el salir al campo á exponer su vida para defender á un pueblo oprimido, que es lo que han

hecho nuestros gloriosos sublevados Daoiz y Velarde, Riego, Torrijos, Espartero, Prim, Serrano, eso es sólo vergüenza ante el criterio de desvanecidos y egoistas que, hartos de bienes y goces, no se curan del hambre y del llanto de los oprimidos.

Nadie más enemigo que nosotros de las apelaciones á la fuerza; desde el primer dia de nuestra aparicion en el estadio de la prensa declaramos que traíamos bandera de paz; lo hemos repetido diferentes veces; la soldadesca indisciplinada nos da pavor; pero nos exalta tambien ver á hombres envanecidos que pudiendo hacer el bien y ser justos, se empeñan en sostener desigualdades irritantes.

Oid, gobernantes, las enseñanzas de la Historia. Es un hecho evidente que aquí la opinion ha triunfado siempre, pero ha tenido que derramar sangre de hermanos. Ahorradnos esa sangre; os venceremos con seguridad; la razon está de nuestro lado, y nosotros, que consideramos como sagrada la vida áun la de nuestros mayores enemigos, más la de vosotros, que habeis combatido á nuestro lado más de una vez, lloraremos las víctimas que ocasionen las contiendas civiles.

Ahorrad, ahorrad sangre generosa de hermanos á la pátria.

Ó CONTRADICCION, Ó ADHESION

Hora es, republicanos españoles, que acabe el hacer política negativa; es preciso aprovechar los instantes. La monarquía está muerta ante la conciencia nacional. Sólo nuestra desunion la sostiene. La obra que nos está encomendada, de restaurar la dignidad de España, únicamente puede realizarla el gran partido republicano,. no una sola fraccion. Hay, pues, que mostrarnos á la altura de esa grandezá. El tiempo apremia, el amor á la patria, nuestra fé en los nobles ideales modernos exigen un arranque de civismo, de virilidad y energía.

¿No hay, en medio de las diferencias que separan á las fracciones del partido republicano español, algun principio comun que á todas las enlace?

Si no lo hay, no hablemos de coalicion ni union; marche cada cual por su camino: los partidos viven sólo de la realidad, de la verdad, no de ficcio-

nes. ¿Lo hay? ¿Concordamos en él todos? ¿Podemos hacerlo lema de una bandera que á todos nos cobije? Estonces es un crímen no proclamarlo y privar á la pátria de los beneficios que podamos prestarle con este generoso amor á la libertad y á la humanidad que sentimos cuantos nos llamamos republicanos.

Y bien: yo veo, toco, siento que ese principio comun existe.

En la política militante española, en aquella apta para ascender al poder (porque no hablo del ciego carlismo, impotente para gobernar en estos tiempos de luz), hay dos géneros de hombres, especie de dos castas. Una, que conociendo el derecho de los pueblos y conociendo el derecho de los reyes; que sabiendo que el de éstos no es sino un vestigio del bárbaro feudalismo, que sostenia el absurdo de que una funcion pública es una propiedad, y que podia pasar por herencia de unas manos á otras, como la tierra de los esclavos, transige con el absurdo y el servilismo que implica. Lleva su transaccion hasta el punto de considerar á una persona ó familia como una institucion, al igual de la totalidad del espíritu real y positivo de la nacion: ¡qué digo! pone por encima de ese derecho real y vivo de un país al que procede de tiempos de barbarie y de fuerza, pues que pone en su mano la *sancion*, que es la más alta prerogativa de la soberanía. Comete, pues, á sabiendas, una abdicacion vergonzosa, colocando á los piés de lo que es falaz, de lo que ofende, por herir el santo principio de igualdad que llevamos escrito en nuestra naturaleza, lo que tiene una realidad

evidente y positiva. En una palabra, lo que hemos visto nacer de la Historia, asociado á la intriga, á la ambicion, á la guerra, á todas las malas pasiones juntas, se eleva á categoría superior á lo que es de ley natural y razon; la obra del diablo, como la Iglesia llamaba al poder secular en la Edad Media, por verlo asociado á la barbarie y á la tiranía, se pone por encima de la obra de Dios.

Puedo probar con textos irrecusables, tomados en los periódicos monárquicos españoles con más inteligencia escritos, que tienen conciencia de esta verdad, que saben lo que vale y significa la transaccion con los poderes históricos.

Ahora bien, y sin querer con ello ofender á las personas, para mí individualmente acreedoras á todo respeto, la cosa, en sí misma, la pretendida transaccion, es para toda alma amante de la verdad y la justicia un humillante y servil vasallaje de la razon luminosa ante el error.

¿Pensais como yo, republicanos españoles?

De mil españoles republicanos, novecientos noventa y nueve lo son por esa sola consideracion; no quieren amo; llevan amasado en la sangre el espíritu de noble independencia. Por eso se adhirió nuestro pueblo á las ideas republicanas en cuanto penetraron por el negro horizonte en que nos tenia confinados la monarquía; por eso echó por tierra en un dia un trono secular.

Hay, pues, ya un principio comun, que es por sí solo una bandera, á saber: el de rechazar toda transaccion con las secreciones feudales que ha arrojado la Historia hasta nuestro tiempo. Reconocer unas moléculas de cierto monarca poderoso,

llevadas de un pueblo á otro por la astucia ó á favor del despotismo, que odiamos, como Napoleon III quiso hacer, por ejemplo, cuando se creyó omnipotente al mandar á Maximiliano á Méjico, reconocerlas como toda una institucion al igual de un pueblo, esto lo rechazamos con toda nuestra energía los republicanos españoles.

Perseguidnos, encarceladnos, inventad leyes capciosas para amordazar nuestra lengua ó arrojar sobre nuestra frente la tacha de criminales; enviadnos á sentarnos en los banquillos en que se sientan los asesinos, y á los calabozos á que van los bandidos; escarneced á conciudadanos vuestros para adular la mano que os prodiga el poder: no podreis llegar aquí dentro del alma, donde laten vivas las protestas de millares de españoles contra cuanto representa vasallaje y servilismo.

Aparte de este principio, tenemos otro, aceptado únicamente por las diferentes fracciones republicanas, á saber: el de acatar absoluta é incondicionalmente el fallo de la opinion pública, libremente consultada en los comicios y representada en una ó varias Cámaras. Firmemos un compromiso solemne, ahora que no están cerca las concupiscencias del poder, de desterrar para siempre, dentro del Estado republicano español, el empleo de la bárbara fuerza. Declaremos indigno de ese nombre aquel que, como individuo, aisladamente ó formando parte de una fraccion ó bandería, apele á la fuerza para ascender al poder. ¿Tiene más arte la *Derecha* para ganarse las voluntades, protege al clero, desprecia la enseñanza, arruina la Hacienda, tiene abandonadas las obras públicas? Grí-

tese contra ello, llámese á escándalo al país, acúdase á la prensa, la tribuna, las manifestaciones públicas, los comicios; agótense todos los medios pacíficos; mas declararse en rebelion con el Gobierno semejante, producto del estado de la conciencia nacional en aquel momento histórico, será un crímen nefando y hay que aplastar al criminal. ¿Es la Izquierda la que asciende á la gobernacion del Estado? ¿Se ven los palacios arruinarse, y hermosearse las viviendas de la clase del pueblo? ¿Se emplea el presupuesto en escuelas, establecimientos de beneficencia, socorros á los soldados del trabajo, inutilizados en servicio de la sociedad? ¿Se trasquila hasta hacerlas brotar sangre á las ovejas gordas con el fin de reemplazar con los vellones de su lana la paja del mísero jergon en que duerme el obrero? Pues que los de la Derecha tengan paciencia, que demuestren al país que es injusto, y reconquisten el poder en buena lid; pero que no acudan á afilar las espadas en la sombra. Comprometámonos tambien á aplastar á los menguados que tal pretendan.

Un Estado así, en que el egoismo, el orgullo, el interés ruin y todas las malas pasiones estén aplastados y se vea imperar con todos sus esplendores la soberana razon, ese es el que aspiramos á constituir, segun entiendo, los que nos llamamos republicanos. En realidad, el gobierno de la República es el gobierno de la razon libremente interpretada. Rechacemos toda presuncion ó soberbia por parte de hombres y partidos que crean poseerla, y á la vez tengamos una confianza incondicional y absoluta en ella, así como en las buenas in-

clinaciones del sentido humano, que al fin la acata y reconoce.

Que bajo esos principios cardinales comulgamos los republicanos de todos matices en otros muchos parciales, como son los que forman esa brillante trama que viene recibiendo el nombre de *ideal moderno*, no es ocasion de detenerse á demostrarlo. Lo que interesa por hoy dejar sentado es que los dos principios, uno negativo, no aceptar pacto con la monarquía; otro positivo, someterse incondicionalmente á la voluntad nacional, los pensamos, sentimos y queremos todos cuantos llevamos el nombre de republicanos. Interesa asimismo consignar que ellos bastan por sí para constituir un partido republicano nacional que forme como un mundo opuesto al monárquico.

Los matices internos acerca de la interpretacion de la razon en cada momento del tiempo pueden y deben existir; mas por hoy esa no es la obra á que debemos consagrar nuestra atencion. La lucha entablada lo está entre los dos mundos opuestos: Monarquía y República; y no sólo en España, sino en Francia, Portugal, en casi todas partes. No ocuparse en trabajar primero y principalmente en esa obra humana para pasar el tiempo en defender credos parciales como los de nuestros posibilistas, federales, demócratas-progresistas, pactistas, etc., que no tienen realidad, sino en el estrecho círculo en que se mueve la política especial de nuestro pueblo, es empequeñecer y rastrear la grandeza de los fines que nos mueven.

Que cada cual trabaje para atraerse la opinion en su dia, pero como obra secundaria; la primaria,

la que debe preocuparnos á todos los que aspiremos á hacer libre y grande nuestra pátria, es traer la *República nacional.*

¿No existe realmente esta comunidad de ideas entre los republicanos españoles? Entonces que sigan marchando las cosas como hasta aquí, y continuemos contemplando con los brazos cruzados la ruina de España. Pero si aquella comunidad existe, es un crímen consentir por más tiempo esa ruina. Venga, pues, un rasgo de virilidad, republicanos españoles: que nos vean desplegar al viento una sola bandera; que asome fuera este sentimiento de concordia que anida, á no dudar, en todas nuestras almas, y vereis entrar en terror al enemigo comun y abandonarnos el campo.

A tí, prensa, que inicias, discutes y maduras las ideas, acudo en primer término: convénceme de que sueño al creer que hay principios comunes entre los republicanos españoles, capaces de ser lemas de un partido grande y patriótico, y si no me convences, porque piensas que yo sueño, cumple tu deber y ofrece tu alma á tus conciudadanos como ella sea.

O contradiccion, ó adhesion; esto os suplica, no importa quién, un conjunto de letras, un nombre.

AL ÁRBOL DE GUERNICA

¡Viejo árbol, símbolo de la libertad de un pueblo valeroso y frugal, yo me descubro ante tu presencia! Retoños nuevos que, traidores á vuestro padre, habeis cobijado las negras húestes de la reaccion, ¡malditos seais!

La libertad nació en los pueblos modernos como un privilegio. Los más bravos para afrontar el despotismo feudal, conquistaron como fuero el ser libres. Tú, ¡árbol de Guernica! naciste al calor de la libertad. El alma libre de los hijos de Cantabria late en tus raíces. Esas raíces son benditas; tu orígen sagrado.

Pero lo que hizo Cantabria, lo hicieron tambien millares de otros pueblos. Tras combates seculares, el privilegio se constituyó en ley comun. Los reyes se humillaron á los piés del pueblo. Aniquilado su poder, el pacto de la comunidad con ellos, llamado *fuero*, desaparecia. «La nacion española—

dicen nuestros padres en cabeza de la inmortal Constitucion del año 12—es libre é independiente y no es, ni puede ser, patrimonio de ninguna familia ó persona.»

Tus raíces, árbol de Guernica, debieron extremecerse de alegría como las entrañas de la madre al ver rotos los grillos que oprimen al hijo amado, cuando las brisas del Océano trasmitieran á tus ramas, allá desde el extremo opuesto de la pátria, aquellas benditas palabras que arruinaban la monarquía feudal, contra la cual en edad temprana te alzaste.

Hubo que reluchar medio siglo más contra la sierpe traidora del despotismo; pero al fin, tras gloriosa epopeya, el año 68 se hicieron definitivamente trizas el cetro y la diadema del artero opresor.

¿Qué parte se te obligó á tomar, árbol de Guernica, en aquella epopeya? ¿Qué bando cobijaron tus ramas? ¿Qué soldados hicieron escarapela de tus hojas?

La significacion de los dos bandos era clara y terminante: de un lado estaba la libertad, de otro el despotismo. Tú, árbol de libertad ¡oh vergüenza! ¡oh escarnio! ¡oh nefanda traicion, te alzabas en mitad del campamento de los déspotas!

El resto de España no fué así. ¿No quieres la libertad, Cantabria? pues la tendrás: el bien se impone, al niño, al enfermo, al anciano caduco y al *ignorante*.

Y vuestra raza, enorgullecida con el sobrenombre de *indomable*, ha caido dos veces humillada á los piés de nuestros soldados. ¿Qué aliento por insano que fuera empañaria la pureza de la luz del

sol? ¿Qué fuerzas contrarestarán las de la invencible libertad? ¿Y todavía hay quien duda, todavía quien no siente el movimiento de esa inmensa ola que va invadiendo invisiblemente todos los corazones? Yo percibo en mi oido el rumor que producen los caballos, los carros de guerra y los soldados, que crece y se acerca por momentos; llegarán y los ídolos caerán por tierra y será ruina y desolacion de la Jerusalen prostituida. En las bayonetas de los soldados á cuyos piés caiais, vibraba el alma libre de la pátria España. Toda vuestra valentía se estrelló contra este fallo del destino impreso en nuestra naturaleza: «Serás libre.» Os estrechábamos entre dos fuegos. Por fuera nuestros gritos de libertad, por dentro las roncas maldiciones que arrojaba el árbol de Guernica contra sus afrentosos parricidas.

Que no vuelva á mentir vuestro lábio: libertad y fuero se repelen; aquella es símbolo de generosidad, éste de egoismo. ¿Amais vuestras libertades? ¿Son buenas? Las querreis para todos. En vez de verter vuestra sangre para circuirlas en vuestras montañas, vertedla para difundirlas. Así hicieron los verdaderos hijos de la libertad, así aquellos insignes republicanos franceses que echaron por tierra los tronos y desataron las cadenas que oprimian á los pueblos.

¡Qué decadencia la vuestra! Vosotros los de abolengo independiente, habeis hecho la causa de la servidumbre, pero de la más degradante, de la servidumbre clerical. La órden que el clérigo daba á vuestras mujeres, á través de la celosía del confesonario, venia á ser regla de vuestra voluntad.

Mucho valian los portadores de esas órdenes: esas esbeltas hijas de Cantabria, aun las más humildes, con su herrada en la cabeza, la saya á media pierna y las doradas trenzas que les caen besándole: la espalda, parecen cariátides griegas salidas del taller de un Fidias, y tambien, por la majestad de sus movimientos, aquellas hijas de los reyes heróicos, que iban á lavar con sus manos las ropas del palacio. Pero la hermosura es para alegrar el mundo y no para mandarlo. Al cabo venis á ser siervos del bulto negro, que conspira primero desde el rincon oculto de la iglesia, y luego con el hábito, *que más de aceite que sangre manchado se muestra*, os manda ¡oh vergüenza! en los combates, á vosotros hijos de la España del Cid. ¡Alardeais de amor á la tradicion y á la religion de vuestros padres! No hace ménos el indo que repleta la bolsa y el estómago del brahman, entregándole su libertad y su honra, á cambio de un paraiso bufo futuro. Entre tanto, el astuto inglés, aprovechando su embrutecimiento y fanatismo, le hace su siervo acaparando sus riquezas.

Las situaciones ambíguas no pueden durar en este siglo en que la luz envia á torrentes de todas partes sus esplendores. ¿Sois fieles ¡oh cántabros! á la libertad que simboliza vuestro árbol sacro? venid á nosotros: tomad plaza en nuestras filas, y si es cierto, como acaba de decir un vate castellano, que va como surgiendo viril de entre la afeminada atmósfera que envuelve nuestro Parnaso, y si es cierto que *la libertad no se pide, mas se toma*, guiadnos los primeros al combate, os dejaremos el puesto de honor, y á los acordes del zorcico he-

róico, inventado por vuestra inspirada fantàsía, que apague las notas brillantes de la Marsellesa, esparzamos las semillas de aquel árbol por el bendito suelo de la pátria.

Pero si ha de ser otra vez esa tierra guarida del despotismo, tened el valor de vuestras convicciones: escupid sobre el árbol sagrado, caiga sobre él vuestra hacha, convertidlo en ceniza y aventarla. Despotismo y libertad se repelen. Bajo la misma sombra no pueden cobijarse el gran tribuno de la pátria, henchido de sentimientos generosos, que os habla en este instante, y la fiera que, desde el extranjero donde vive rompiendo con escándalo los lazos santos de la familia que aquí veneramos, acecha los momentos para venir á cebarse en nuestra sangre... Vasco que marchas á engrosar las filas del chucal, apártate del árbol sacro; que tu sombra maldita no se confunda con su bendita sombra.

Si tuvieras lengua ¡oh carcomido árbol de Guernica, símbolo de la libertad! dirias á tus hijos, estoy seguro de ello: «¿Sois soldados del despotismo? desgajadme; en esta tierra libre hemos muerto primero que consentir la opresion; acabe la deshonra, impresa en vuestra frente, de ser los siervos de eunucos y tiranos. ¿Sois soldados de la libertad? probadlo al mundo: esparcid mis semillas por el suelo hispano, llevadlas más allá de los mares, y que allí donde se hable lengua ibera se alce un vástago mio, bajo cuya sombra inviolable pueda esparcirse con plena libertad el hervidero de sentimientos generosos, que se remueven comprimidos en los pechos de los hijos de esta gran pátria España.»

LA PENA DE MUERTE

Eran los dias de la Revolucion francesa. Un cabo del ejército francés, llamado Cambronne, se habia emborrachado y dado de bofetadas á un oficial. El consejo de guerra se reune para juzgarle; la Ordenanza estaba clara y terminante: Cambronne merecia morir: tal fué la sentencia del consejo.

El anciano coronel del regimiento de Cambronne tenia un alma generosa, sabia las buenas prendas que adornaban á su cabo; la República francesa no imponia, por otra parte, la pena de muerte al que pronunciase la palabra «perdon,» y corrió á rogar al representante de la República para pedirle gracia; la poblacion se le unió. Despues de dificultades, consiguióse la gracia, pero plena y completa, no á medias; Cambronne entraria de nuevo á servir en el regimiento, con la sola condicion de no emborracharse más.

El coronel voló á la prision á comunicar la nueva á su subordinado, que le oyó, lleno de sorpresa.

—Estás perdonado, le dijo, aunque con una condicion.

—¿Qué condicion es esa? preguntó.

—Que no te emborracharás más.

Cambronne guardó silencio, algunos instantes: él y la botella formaban un todo indivisible; comenzada una, era imposible dejarla sin agotar, segun dijo al coronel.

Al fin se resolvió.—Pero, ¿qué garantías tendreis de que habré de cumplir mi promesa? preguntó al coronel.

—Tu palabra de honor, contestó éste.

Tanta generosidad y tanta grandeza subyugaron el ánimo de Cambronne, que juró al punto resueltamente por Dios y por su honor no volver á beber una gota de vino jamás. Tras de esto fué presentado al regimiento, por su coronel, entre abrazos y lágrimas.

¡Ningun bien que se hace en la tierra es perdido!

Cambronne dejó de emborracharse de vino para emborracharse de gloria. De cabo ascendió, despues de una historia de heroismo, á general, á mariscal de Francia.

Llegó tras muchos años el dia negro de la Francia: llega el dia de Waterlóo. El inglés, el odiado inglés está venciendo en el campo de batalla al génio de la guerra francés, Napoleon; los batallones franceses, acosados por todas partes, diezmados, perdidas las banderas, huyen en derrota ó son hechos prisioneros; los cañones caen en poder del

enemigo; todo es espanto, desolacion, desastre en las filas francesas. Hay, empero, un núcleo de soldados que parece ajeno á lo que pasa á su alrededor. Mientras los demás huyen, ellos quedan inmóviles, disparando con regularidad imperturbable contra las filas enemigas. Hácia aquel núcleo se enfilan todos los cañones y todos los fusiles contrarios; á cada descarga se ven caer cuerpos destrozados, y disminuir los combatientes; los ingleses avanzan y los franceses permanecen inmóviles; cada vez el número de éstos es más exíguo; los ingleses se acercan más y más hasta rodearlos con un círculo de fuego; las bocas de los cañones y fusiles apuntan hácia ellos; el momento es solemne; una voz de «¡fuego!» y aquellos valientes van á ser barridos todos por la metralla.

El jefe inglés, admirado de tanto valor, se detiene un momento; aproxímase al grupo de franceses, y dice al que los manda:—«Rendíos, valiente francés.»—El jefe contesta, segun unos: «La Guardia muere, pero no se rinde;» segun otros: «¡M!...» (1)

El jefe se llamaba Cambronne. Era el cabo perdonado por la República. En aquel dia, negro para la Francia, no hay otra luz que brille sino la del glorioso episodio de Cambronne con la Guardia.

¿Quién matará ya un hombre, ni ménos un soldado, sin tener remordimientos de que pueda privar á su pátria de un héroe que la inmortalice?

¿Podemos saber nosotros, miopes, los secretos

---

(1) El génio inmortal de Victor Hugo ha puesto esta palabra, que nosotros no nos permitimos indicar sino con su inicial.

que esconde la vida de un hombre? ¿Podemos saber lo que saldrá de ella mañana? El que hoy se emborracha de vino ó de ideas, mañana quizá se emborrache de heroismo. Corríjase al delincuente, álcesele del barro en que se hunde, y él pagará, con seguridad, el servicio. Matar á un hombre es vengarse, y la venganza es enemiga jurada de la justicia.

¡Maldita sea la pena de muerte!

¡BÁRBAROS, BÁRBAROS, BÁRBAROS!

Vuelve á removerse la hidra del carlismo; vuelve á oirse el grito de guerra de las hordas que han llenado tantas veces de desolacion á España.

¿Qué pretenden esos nuevos soldados de Atila?

Suponed ¡oh carlistas! lo imposible; suponed lo que por experiencia debeis conocer que es ensueño, suponed que triunfárais. Suponed que tomáreis la liberal Bilbao que os ha hecho morder cien veces el polvo. Suponed que sitiábais á Barcelona y saltando por entre los cadáveres de sus industriosos obreros y sobre los escombros de sus fábricas, que les habrian servido de barricadas, os posesionábais de la gran ciudad. Suponed que haciendo volar los puentes del Ebro, tomando á la bayoneta la Aljafería y pisoteando cuerpos destrozados de los libres aragoneses que os opondrian como muralla viviente sus pechos al atravesar el Coso, os hacíais dueños de Zaragoza inmortal. Suponed

que salvais el Guadarrama, no sin que antes los vallisoletanos y avileses, que van recordando cada dia con más fuego que son los descendientes de los que dieron en Villalar las primicias de su sangre combatiendo á los vuestros, os hayan salido al paso gritando: «Muera D. Cárlos,» «Viva la libertad,» y que llegais al fin á Chamartin como el dictador del siglo llegara, merced á la vileza de vuestro ídolo Fernando VII. Suponed que la metralla de vuestros cañones arrasa la puerta de Alcalá, y luego la primorosa Cibeles, y el obelisco del Dos de Mayo con aquel viejo leon español á quien vuestra política nefasta hace lanzar rugido de dolor inacabable eternizado por el sublime cincel de un artista, y el Museo con el tesoro de bellezas que encierra; mientras que de otro lado, cruzando el Manzanares, saltan vuestros hulanos al galope de sus caballos sobre las barricadas que en la calle de Toledo y en la Plaza de la Cebada y del Progreso y de Anton Martin han levantado los hijos del viejo Madrid, que entre risas y jolgorio, bebiendo el vino escanciado por la maja de pañuelo de Manila, acostumbran á morir por humillar la frente á los tiranos. Suponed que atravesais Despeñaperros sobre los cadáveres del republicano Linares, y la Carolina, y Bailén; que os haceis dueños de Córdoba, y Málaga, y Sevilla, y Cádiz, resistiendo vuestro rey bufo los disparos de burlas que saldrian de aquellos lábios amasados de sal y fuego: que no hay por allí idea de que se necesiten otras armas contra entes de boina que la carcajada y la rechifla. Suponed que habeis escapado á los nervudos brazos de los titanes que brota el suelo extremeño,

hoy republicanos hasta las más hondas entretelas de su férreo corazon, que amagarian trituraros, y que penetrábais por la doble muralla de piedra y de pechos que tendríais que vencer para tomar su ciudad madre, la heróica Badajoz.

Suponed que allanais estos obstáculos, que ellos y muchos más, que no he de citar por dar reposo al pensamiento, necesitábais vencer para tómar palmo á palmo el suelo que os disputaríamos con desesperacion.

Suponed que lo habeis vencido todo: que sois dueños del corazon de la pátria y resuenan vuestros graznidos de triunfo entre los ayes de desesperacion de nuestros hijos huérfanos, nuestras mujeres viudas y nuestros ancianos padres desamparados; que hartos de degollar, enfangados en sangre, tras de haber atravesado España como ola de fuego dejando á vuestra espalda ruina y desolacion, conseguís penetrar en el palacio de Oriente, en el de Buena Vista y en la Casa de Correos; que habeis festejado vuestro triunfo en la iglesia de San Francisco, convocando á la hueste negra de frailes, beatas, jesuitas, clérigos, monjas y redactores místicos, para dar las gracias al Dios de bondad, paz, misericordia, paciencia, dulzura, resignacion, amor, alzando el cáliz con las manos aún ensangrentadas y salpicados los vestidos de lodo y sangre.

Suponed todo esto, que es como suponer que un niño pueda recoger en la oquedad de su mano leve las aguas del mar inmenso; suponedlo empero. ¿Qué haríais? ¿Ibais á gobernar con vuestros principios? ¿Estirparíais el liberalismo!

¿Dónde tendríais manos, fuerza, poderío para ello?

¡Fijaos en la magnitud de la obra!

Tendríais que levantar los rails de los ferro-carriles, echar á tierra los palos del telégrafo, detener la salida de los buques de vapor; estrechar las calles que hemos ensanchado, sedientos como estamos de luz, aire y vida, derruir los grandes hoteles que hermosean nuestras ciudades y nuestras playas, convertir en páramos los campos en que la mano del labrador propietario ha hecho nacer entre verdores la hermosura y la abundancia; reemplazar la pintoresca quinta abierta á la luz y circuida de jardines por donde corren los hijuelos de una bendita union entre mariposas, flores y arroyuelos, por el sombrío convento circuido de murallas y rodeado de silencio gemelo de la muerte; teníais que echar á tierra los teatros, los circos y los palacios para las exposiciones; quitar las medias y los zapatos á las mujeres para que anduviesen como en vuestros deseados tiempos; hacer trizas las máquinas de imprimir, fábricas de papel, comercios de tipografía; y formar una inmensa hoguera en la pradera de Guardias donde nos arrojáseis á escritores, cajistas, fabricantes de tipografía, papelistas, empleados de ferro-carriles, fabricantes de gas, de electricidad, telegrafistas y obreros de mil otras industrias similares que, amenazados de muerte por vuestra política, nos revolveríamos en perpétua insurreccion contra el Estado que constituyérais. Y aún tendríais que hacer más, aún os quedaba cosa más difícil: aún tendríais que abrir el corazon de nuestros hijos, hocicar en él, y bebe-

ros con su sangre las moléculas hirvientes de amor á la libertad que les hemos infundido.

¿Podreis hacer esto?

¿Qué habeis de poder, ciegos y bárbaros? ¿No estais viendo á Pidal, que os animaba ayer á la pelea, proclamar hoy, cuando se ve oprimido por el peso de la vida moderna que gravita sobre todo hombre de gobierno, que la libertad de enseñanza es salvadora? ¿No veis al ministerio católico en Bélgica, besando los piés á un rey constitucional y consintiendo humildemente que ejerzan sus encarnizados adversarios el derecho de reunion, áun cerciorado de los temibles peligros á que se expone el órden público por la excitacion de los ánimos? ¿No veis que allí no ha entrado á gobernar vuestro partido, sino á costa de la abdicacion vergonzosa de sus principios, porque concede muchas más libertades que el gobierno de Cánovas aquí, gobierno que odiais por demasiado liberal, ¡él, que no permite siquiera que los bilbainos honren á un hijo preclaro de la pátria como Castelar!

Así, pues, nos vais á sumir de nuevo en la desesperacion; vais á hacer correr arroyos de lágrimas de la pobre madre á quien arrancarán de sus brazos al hijo adorado, que no verá más, para combatiros ó para ayudaros; vais á traer la devastacion á los campos, la alarma á las ciudades, la paralizacion á la industria, la ruina al comercio. ¿Y para qué? Para intentar un imposible, una evidente quimera. ¿Podríais ¡oh, dementes! arrasar á cañonazos el Himalaya, detener el curso de los astros, desaguar el Océano inmenso? Pues Himalaya, as-

tro y Océano es ya de las conciencias este liberalismo gigante que pretendeis arruinar.

¿No tendré razon para llamaros, viéndoos nuevos Quijotes acometiendo las aspas del molino: ¡bárbaros, bárbaros, bárbaros, mil veces bárbaros?

LA ALUSION DEL P. CÁMARA

AL LIBRE-PENSAMIENTO

Comenzaré por alabar la forma mesurada con que el P. Cámara, obispo auxiliar de Madrid, expone su fé ante el público en la iglesia de San Ginés. Ello debia servir de leccion á los Padres Cafrangas, que piensan que por gritar y ponerse sobre las puntas de los piés han de ser más vistos y oidos. El buen sentido sabe distinguir claramente la distancia que hay del ruido gárrulo del aire al pasar por entre las cañas, y la suavidad *del aura que sopla blandamente.*

Mas con todo su buen entendimiento y bien inclinada voluntad, no puede el P. Cámara despegarse de la educacion de seminario que ha recibido, y ella queda de manifiesto en sus conferencias.

¡Qué modo de juzgar el libre-pensamiento!

Sostiene el P. Cámara que éste es absurdo, dado que mantiene como criterio de verdad la primera

afirmacion que se ocurre al pensador; de lo cual resultaria, aplicándolo á la Historia, que, áun siendo falsa una cita, estaria justificada con decir: «Eso lo puso el historiador en uso de su libertad, como pudo poner otra cosa.»

Dispense el P. Cámara: quien sostiene este criterio de verdad no es el libre-pensamiento, sino el catolicismo: él es quien cree bajo la fé de un cerebro calenturiento forjado en siglos de barbarie como los de la Edad Media, que los santos vuelan por los aires montados en caballos blancos; que las cabezas de los hombres bogan rio arriba, manteniéndose con lengüetadas de agua, que toman de cuando en cuando; que un varon justo es visitado diariamente en su cueva por leones, panteras, serpientes y animales inofensivos por el estilo.

¡Nosotros, los libre-pensadores, dar asenso á lo que, en virtud de su capricho, afirme el primer advenedizo! El P. Cámara confia demasiado en la candidez de su auditorio cuando se permite juzgar tan superficialmente el libre-pensamiento.

Todo el mundo sabe que libre-pensadores se llaman hoy á cuantos no dan asenso á las ideas reveladas, sea cual fuere la religion que las mantenga. Así, los racionalistas, los positivistas, materialistas y sociólogos, son libre-pensadores. Y bien: ¿quién ignora que todas estas escuelas, lejos de considerar como verdad la primera afirmacion que se le ocurre al pensador, sostienen que sólo en la naturaleza, en la realidad misma, es donde la verdad radica? Así, el geólogo, por ejemplo, dice: «No hay que creer la afirmacion de tal libro ó tal investigador; hay que creer á la tierra misma;» y

á ella dirige sus miradas, y sólo despues de alcanzar un conocimiento real, objetivo, se convence. El catolicismo es quien, por el contrario, dice: «La tierra debe ser como la describe cierto libro, sagrado para mí;» y como ese libro lo ha escrito alguien, y como es un producto de la *libertad*, me reafirmo en lo dicho: que el argumento del P. Cámara se retuerce y revuelve contra su escuela.

No es cierto, no, que el libre-pensamiento erija como criterio de verdad la libertad; lo que erige como criterio de verdad inmediatamente es la *conciencia*, donde todos vemos aquélla, y mediatamente la *realidad* misma. Parte del postulado de que realidad y conciencia no son sino aspectos distintos de una idéntica naturaleza; y sin orgullo, pero con fé en el órden inmutable del universo, arroja á la arena de la plaza pública lo que entiende por verdadero, seguro de que sólo una conciencia perturbada podrá negarlo. Es más, no se inquieta porque lo nieguen sus adversarios; ese respeto teológico de que el P. Cámara pretende rodear las verdades que han pasado á ser axiomáticas, es ciertamente pueril. ¿Qué importa á un libre-pensador que haya quien niegue que añadiendo una unidad al dos resulta el tres? A quien debia importar es á quien lo negara, que pasaria por demente, necio, bufo ó cándido.

Supongamos á un indo, un griego y un judío de la antigüedad reunidos en una calle de Constantinopla con un libre-pensador andaluz moderno. Los tres primeros, muy religiosos, afirman que no dan asenso completo á sus sentidos, porque éstos engañan; que en cambio tienen una fé incon-

dicional en Dios, «porque ni puede engañarse ni engañarnos.» (1)

—¿De modo que ustedes creerian mejor lo que les han dicho sus sacerdotes haber oido de lábios de Dios, que en la existencia de Constantinopla, donde nos hallamos, y que en el suculento almuerzo que nos espera en aquella taberna de enfrente? les dice el andaluz.

—¿Quién lo duda? contestan á la vez los tres viejos creyentes.

—¿Y desde dónde les dijo á ustedes, ó á sus sacerdotes, Dios, eso en que creen? vuelve á preguntarles con sorna el andaluz.

—Desde el Olimpo, dice el griego.

—Dios no ha estado jamás en el Olimpo; su morada fué, y es, el Himalaya, replica colérico el indo.

—¡Pueblos desheredados! clama enfurecido el judío; el Dios verdadero no ha venido al mundo nunca, sino para entregar en el Sinaí su ley al único revelador: Moisés.

¿Seria aventurado suponer que el socarron andaluz, viendo enzarzados á los tres religiosos varones, se marcharia riéndose á trapo tendido á saborear sus boquerones y vinillo de Málaga, mejor aún si habian pagado el almuerzo de su bolsillo sus piadosísimos compañeros?

Y se me ocurre esto, á cuento de que nos impor-

---

(1) Fundado en esto, parece que dijo el P. Cámara, en sus conferencias, que si estuviera en una calle de Constantinopla, todavía podria dudar de que existia esta ciudad, en tanto que no dudaba de la existencia de la Trinidad, por ser esta una verdad revelada por Dios.

ta á todos los libre-pensadores, lo mismo que al andaluz, el que haya quien diga estando en Constantinopla, entre el olorcillo confortable de los pescados que se frien á la lumbre: *no creo que existe Constantinopla.*

Con decir: es un aspirante á ingresar en el establecimiento del doctor Ezquerdo, ó salido de un seminario español, y sentarse á comer, basta.

No nos perturba, no, á los libre-pensadores, ni poco ni mucho, que los axiomas, las verdades evidentes, sean puestos en duda y analizados por quien quiera que sea. Mil generaciones de serpientes armadas de dientes afilados no harán una sola mella en la verdad divina. Id al Louvre, paraos delante de la Vénus de Milo, burlaos de su hermosura, escarnecedla; vuestras carcajadas serán arrastradas por el oleaje de belleza que de su seno irradia, como las viles pajas por las espumas del inmenso Océano. Así pasará con los detractores de la verdad; por eso la arrojamos sin miedo á la plaza pública. Morded, hombres maldicientes, estas verdades que hacemos nuestras: «Sé justo, sé caritativo, sé humano, sé prudente, trabaja, haz bien;» morded las que estampamos en nuestros lemas.

Entre tanto, vosotros, con hogueras, calabozos y grillos, no habeis conseguido que la conciencia humana acepte lo que os empeñais locamente en imponerle. ¿Quién podria aceptar que los seis piés distintos de las tres personas de la Trinidad caben en dos botas verdaderas, sino el pobre pintor de ese manuscrito de la Edad Media, desenterrado por un ilustre libre-pensador contemporáneo?

Mas lo que importa dejar sentado es que los libre-pensadores no sostenemos por criterio de verdad la afirmacion subjetiva; que, al contrario, quien sostiene ese criterio es el catolicismo, especie de *sujeto mayor* que se adhiere á la afirmacion hecha por el hombre ó los hombres que escribieran la Biblia. Nuestro criterio es el de Galileo, que, contra el voto de la Iglesia y de los libros sagrados, dice: «la tierra se mueve.» ¿Por qué? Porque lo habia visto en la realidad. Desde que hicísteis arrodillar aquel hombre entre obispos y dignidades, obligándole á jurar que maldecia del error de sostener que la tierra se movia, estais totalmente desautorizados, católicos, para hablar de *criterios*, de *verdad* y *libertad*. Dios habia dicho á la tierra: gira. Galileo lo habia visto; Dios estaba en él. Cuando le obligásteis á hincar la rodilla en tierra y negarlo, humillásteis á Dios. Vuestro pecado es horrible. No hay sacrilegio mayor. ¿Puede extrañar nadie que el mundo se aparte de vuestro lado?

Las bondades y los talentos del P. Cámara, que me huelgo en reconocer, son impotentes para remover algo que pase de la superficie en este mar agitado de las ideas que nos circunda. Al imaginar el P. Cámara hablando de libertad entre las paredes de un templo católico, me siento tentado á decirle como nuestro abuelo el Cid á otro de su estirpe:

> *«¿Quién vos mete, á vos (buen Padre)*
> *En el consejo de guerra?»*

¿Qué entendeis vosotros de libertad? ¿Qué de

esta libertad querida, cuyo nombre, unido al de pátria, al salir fundido con aliento de fuego por los lábios entreabiertos de los hijos de la revolucion, entre las notas sublimes de la Marsellesa, hacia extremecer los templos y caer con estrépito los tronos? No; esta libertad que se remueve en el fondo de nuestras almas, como la lava se remueve en el fondo de los volcanes, no cabe bajo la aplastada techumbre de un templo católico. Si en él se describiera con toda su soberana grandeza, se sentirian extremecer los altares, resquebrajarse las bóvedas y bambolear el edificio sobre sus cimientos de granito.

Contra todos los silogismos que entretenian á los vagos en los tiempos de la Escolástica, quedará brillador como la luz eléctrica, que el catolicismo es impotente para entender de libertad.

EL CID EXCOMULGADO

Os demostrábamos el dia anterior, con textos, de qué manera el sentimiento popular que flota en la preciosa epopeya española que forman en conjunto nuestros romances, coincidia con la manera de sentir actual de los que somos verdaderamente republicanos. Hoy no se nos sale la espada del cinto cuando estamos al lado de un rey, como acaeció al Cid, porque nuestras costumbres son ménos rudas que entonces; pero habrá millares entre nosotros, capaces de ayunar toda su vida y morirse, antes que hincar la rodilla ante un monarca y besarle la mano.

Al ser como somos los republicanos españoles, no seguimos á ningun otro pueblo; empalma, al contrario, nuestro sentimiento actual con el de nuestros más preclaros abuelos.

¿Puede darse mayor prueba? Tambien al Cid se le excomulgó, como á nosotros. Y no ahí por un

frailuco ú obispillo cualquiera, sino por el Papa mismo; habiendo de tenerse en cuenta que la excomunion al Cid no fué ciertamente hecha desde Roma, lo que la hubiera dado una realidad accidental, sino desde la fantasía popular, que es harto más real, porque muestra los sentimientos vivos de un pueblo. La fantasía popular, que ha ido acumulando en nuestro héroe todas las virtudes que concibiera como superiores, no se ha olvidado de que se cuente entre ellas la de que el Papa le excomulgue. ¿A quién podria extrañar que esto se considerase un mérito, con solo que recuerde la rebelion alzada en Aragon por el pueblo y los nobles cuando su rey Pedro II fué á coronarse por el Papa y hacer feudo de éste su reino?

La enemiga excitada en nuestro pueblo contra el Papado por sus ideas ambiciosas, por la proteccion que daba á los monjes venidos de Francia para avasallarnos y hacernos someter al yugo de la corte romana, y la rivalidad antigua entre franceses y españoles, están reflejados en el sustancioso, pequeño romance que vamos á recordar al lector.

Repetimos que tiene para nosotros el mérito superior de ser pura invencion de la fantasía, porque no hubo tal viaje del Cid á Roma; pero la invencion misma atestigua que la excomunion era cosa querida y estimada por el pueblo.

Comienza así:

«A concilio dentro en Roma
El Padre Santo ha llamado.
Por obedecer al Papa
Este noble rey Fernando

Para Roma fué derecho
Con el Cid acompañado.»

Llegan á Roma, y

«En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo habia entrado,
Do vido las siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del rey su señor
Un estado más abajo.»

Sin acordarse entonces el Cid de que está en San Pedro, sino de que lleva dentro un corazon español,

«Fuese á la del rey de Francia,
Con el pié la ha derribado;
La silla era de marfil,
Hecho la ha cuatro pedazos,
Y tomó la de su rey
Y subióla en lo más alto.»

Un cierto duque saboyano que estaba allí se permite defender al rey de Francia, diciendo:

—«Maldito seas, Rodrigo,
Del Papa descomulgado,
Porque deshonraste un rey
El mejor y más preciado.»

¿Al Cid con esas? Encárase al punto con el duque, diciéndole:

—«Dejemos los reyes, duque;
Y si os sentís agraviado,
Hayámoslo entre los dos;
De mí á vos sea demandado.
Allegóse cabe al duque,
Un gran rempujon le ha dado;
El duque, sin responder,
Se quedó muy mesurado.»

¡Claro! El Papa, afrancesado por entonces, hizo lo que era de esperar: excomulgó á Rodrigo.,

«El Papa, cuando lo supo,
Al Cid ha descomulgado.»

¿Ustedes creen que el Cid se contenta con dirigir melosas reconvenciones, como las nuestras al obispo de Jaen, al de Tarazona, al de Orihuela y al arzobispo de Toledo? ¡Buenos eran aquellos católicos!

«Sabiéndolo el de Vivar,
Ante el Papa se ha postrado.
—Absolvedme, dijo, Papa;
Si no, seraos mal contado.»

El Cid, que creia que era imposible salvarse sin obtener la absolucion del Papa, le amenaza para que le levante la excomunion; á nosotros, que nos tienen sin cuidado todas las excomuniones, porque sabemos á conciencia la ineficacia de las genuflexiones y movimientos de manos de los hombres para llegar á este fondo íntimo que ha de ser juzgado, dejamos en paz á nuestros excomulgadores; pero en la esencia, tan nos importa hoy como an-

tes la excomunion del Papa si contraría algo que entendemos como más sustancial é importante que las fórmulas. Nótese que el sentimiento que movia al Cid no era otro que el de la pátria, sentimiento que ponia mil codos sobre el de la religion, porque echaba abajo los chirimbolos de la monarquía francesa y daba de puntapiés á los duques que la defendian, sin importársele una higa estar en el templo más sagrado del catolicismo.

Pues nosotros, que unimos al sentimiento de la pátria, caida y rebajada á todas luces por la influencia de la Inquisicion y de la intransigencia católica, nosotros, que unimos á ese sentimiento de la pátria, caida, repetimos, por el influjo absorbente del catolicismo, segun demuestra la Historia, los nuevos ideales modernos, muy superiores al catolicismo en cuanto se refiere á la concepcion de la criatura humana y de sus relaciones con Dios, ¿no dejaríamos de ser los descendientes del Cid si nos intimidase la excomunion de cardenales y obispos, ó el cenagoso ódio de pobres clérigos de aldea?

Bastante tiempo se ha llamado á ésta, por Europa, la pátria de la Inquisicion; es preciso que en adelante se la llame con toda propiedad la pátria de aquel Cid que creia deshonra el besar la mano á un rey, y enseñaba los puños al Papa que le excomulgaba.

A UN VASCO CARLISTA,

CUALQUIERA

—

Mi querido amigo:

Quisiera poder escribirte en tu lengua; quisiera que mi acento fuera tan armonioso como tu voz, que mi pluma escribiera palabras sonoras, dulces, como la melodía de tus zortzicos, para serte grato y fijar tu atencion, y tu oido, y tus sentidos, con el fin de que me leyeras.

Sé que eres honrado: te levantas con el alba, trabajas en el campo con tu mujer y tus hijos; pagas íntegramente su renta al propietario de la tierra que labras, el cual vive refocilándose á costa del sudor que derramas por tu frente; cuando llega la noche, duermes con el sueño del justo en tu casa rústica. Eres un hombre intachable.

Empero haces una vida brutal. Los cafres suelen disfrutar de igual descanso: el cerdo, el perro, el caballo, tambien se mueven y hacen su labor en el dia, reposando de noche. En el fondo de tu sér

hay, no lo dudes, algo más grande que lo que alienta en el del bruto.

Quiero que ese fondo salga á luz, y brille con todos sus esplendores.

Para excitarte á ello, te dirijo estas líneas. No me mueve otro interés personal. No te conozco; nada espero de tí. ¿A qué jurarte, por tanto, que mi intencion es desinteresada, pura?

Excítame á dirigirte estas líneas, el saber que el Papa romano, en quien adoras, despues de abrazar al hereje príncipe de Alemania, ha prometido escribir una carta al padre de éste, el emperador, cuajada de mieles, en pago del honor que le ha hecho mandándole su augusto hijo á visitarle.

¿Opinas tú que la amistad que ofrezca el Papa al emperador será leal y desinteresada? ¿No sabes que los poderosos, cuando se prestan mútuo apoyo, buscan algo en cambio? ¿No querrá el emperador que el Papa le ayude á enseñorear su voluntad con ese brillo con que se manifestaba no há mucho, al ir solo, arrellanado en su carretela descubierta, llevando detrás, haciéndole escolta al rey de España, con algun otro reyezuelo de allá próximo al Bajo Imperio? ¿No querrá á su vez el Papa recabar una soberanía perdida, en que tienen puesta el alma entera los que han especulado con la Iglesia?

Mientras los poderosos se ofrecen los brazos ante Europa, y el telégrafo trasmite la noticia, preocupando el cerebro de los que viven como el insecto, al dia, nosotros, los hijos del pueblo, aunque militemos idealmente en los polos más opuestos, apre-

témonos las manos en la sombra y pactemos alianza leal, noble y desinteresada.

¿Te asusta, te horroriza á tí, que llevas escritos los lemas de *Dios*, *Pátria y Rey* en tu bandera, que yo, un republicano y libre-pensador, te dirija siquiera la palabra?

Pára el pensamiento, montañés honrado, y no seas ciego. Por mucha distancia que nos separe, ¿dónde hay la que existe entre ese Papa romano y aquel emperador hereje, germano?

Mi padre era católico, mi abuelo católico, mis hermanos católicos, católicos mi esposa, mis amigos, mis parientes. ¿Sabes á qué se reduce toda la guerra, toda la oposicion que he hecho á ese ideal que tanto amas? Pues á deslizar una débil pluma en el papel, para estampar lo que siento dentro, no con ánimo de ofenderte ó de injuriarte, ménos de hacerte guerra, sino de convencerte y, con el tiempo, si es posible, elevarte.

Hé ahí todo lo que he hecho.

¿Qué ha hecho, en cambio, la raza á que pertenece ese príncipe aleman? ¿Qué hicieron sus amigos y deudos? ¿Qué la estirpe de que procede? Clavar en el corazon de Roma un puñal que la ha dejado cadáver. Cuando leo en los periódicos clericales palabras groseras, bárbaras, estupendas, contra nosotros los periodistas liberales; cuando imagino al clérigo que las ha trazado, allá en la redaccion del periódico, convulso, descompuesto, encendido de ira, arrojando á borbotones del fondo del alma las groserías é insultos que estampa; cuando leo esto, mi alma siente mezcla de repugnancia, compasion y asombro. ¿Tan estrecho es el

entendimiento de ciertos hombres que no haga inducciones que se alcanzan al cerebro más ruin? Esos escritores han visto impasibles, entre mil hechos más que ofrece la Historia, llegar á España un príncipe inglés, protestante, hereje, y que el arzobispo de Toledo, en el templo sagrado, en el lugar más respetable para el católico, le ha colmado de agasajos.

A este modo, el Papa romano, que debe llevar grabada en el alma la Historia, no puede ménos de haber visto en el príncipe aleman sino al descendiente de aquellos guerreros que asolaron la Europa en una de las guerras más bárbaras que se han conocido, por lograr el exterminio del catolicismo. Sí; en la fantasía del Papa deben esos cascos y esos uniformes de húsares de la Muerte y esos arreos militares de que se ha complacido en venir rodeado en su viaje el príncipe aleman, evocarle el recuerdo de aquellos feroces soldados de la guerra de *Treinta años* que, despues de haber asaltado el convento, y hacer rancho en el templo, en las horas de la noche, mientras el aire zumbaba en la selva oscura inmediata, á la luz de la hoguera hecha en la iglesia con las astillas desgajadas de los altares y de los santos de madera, teniendo en medio amontonado el botin, consistente en cálices, imágenes de oro y plata, tisúes, terciopelos y pedrería que arrancaran de las imágenes, despues de escarnecerlas y echarlas á la hoguera, dormitaban medio ébrios con la cabeza sobre una Vírgen recubierta de blando terciopelo, estrechando en cada brazo el cuerpo trémulo de una monja que se removia temblorosa y avergonzada, despues

de haber luchado en vano contra aquel mónstruo, que no cejara hasta saciar en ella sus instintos brutales.

Esa era la guerra entre católicos y protestantes.

Pues bien: el Papa, que conoce todo esto; que sabe que por creencias, por historia, por su ser entero, de la cabeza á los piés, el príncipe aleman es su contrario, le abraza, le agasaja, se propone escribir una carta melosa á su padre augusto; quiere decirle en ella lo que desea y lo que piensa, como ha oido y tomado acta de cómo el emperador piensa y quiere por lo que le haya el príncipe dicho.

¿No tengo yo mejor derecho, dime ahora, hijo de Cantábria, á que tú, que eres mi hermano en pátria, en lengua, en historia, en cielo, mares, rios, seas tolerante conmigo y me oigas?

Sí; mientras ellos, los poderosos, se dan la mano, con intencion segunda, á la luz, apretémonoslas tambien, con lealtad y para bien comun, en secreto, nosotros.

Veo, siento, palpo tu interés, hijo del pueblo. Estás ciego cuando sales al campo empuñando el fusil para defender á un señor absoluto, que se rie de tu estupidez en orgías, entre cortesanas y bufones. Antes que católico y monárquico, eras lo que yo quiero que vuelvas á ser, sobre todo: hombre libre. Tus cantos lo atestiguan. Las armas romanas lo experimentaron. Las religiones y los imperios pasan; lo que queda aquí dentro, y no se pierde, cuando nos viene de casta, es la libertad.

Te enorgulleces, pobre diablo, de haber prestado lealtad á tus reyes: tambien es leal el perro al

amo; de hoy más, es preciso que cifres tu orgullo en ser leal á tí mismo, en serlo á tu razon y á tu conciencia. Y si en ellas miras, verás que es vil arrastrarse á los piés de otro cuando puede caminarse por el propio pié; que si es honra morir defendiendo extraña soberanía, eslo mayor morir por defender la soberanía propia.

Nada ménos que esto queremos los republicanos: hacerte un soberano, hacerlo de cada hombre. ¿Creerás que es burla? Vete allá, tras los mares y oirás en las escuelas enseñar á los niños que de ellos se hacen los presidentes de república; que estos presidentes no son sino mandatarios, que el soberano verdadero lo es allí el ciudadano de la República norte-americana, el cual delega su poder, mas no pierde jamás su soberanía.

Sí, á esto aspiramos; aspiramos á que, andando el tiempo, cuando viaje por Europa algun hijo del degradado Oriente, diga más que lo que el secretario de Pirro dijo á éste al regresar de Roma: «El Senado me ha parecido una asamblea de reyes;» aspiramos á que diga: «La tierra libre de Europa es una asamblea de soberanos.»

Medita sobre el contenido de esta carta: ve si te conviene contraer conmigo alianza, aunque tú seas católico y yo libre-pensador: si llegas á entenderme y sales del estado de bestia de carga en que quieren mantenerte, ya verás qué cuenta damos de esos poderosos que sobreflotan por la tierra y maquinan tramas liberticidas.

Quisiera enseñarte mi corazon para que vieras que todo es amor sano hácia tí, sin segundas.

EXHORTACION [1]

¿Crees que un espíritu puede convertirse en materia y engendrar carne? ¿Crees que una mujer puede concebir y no mancharse? ¿Crees que puede resucitar un muerto? ¿Crees que hay un lugar á tus piés llamado infierno, donde están ardiendo por eterno billones de cuatrillones de hombres?

Pues si no lo crees, porque lo conozco en tu cara, ¿por qué dices que eres católico, cuando el ser católico supone necesaria é imprescindiblemente aceptar eso como infalible *credo?* Anda, vete de mi vista, no hables de que eres republicano, no escarnezcas la verdad. Métete entre las sayas de tu mujer ó bajo los manteos grasientos de un sacristan, y no te empeñes en hacer creer que eres un hijo de este gran siglo.

Sí, los campos se van deslindando. No hay más

(1) Artículo denunciado.

que dos bandos, *católicos* y *libre-pensadores*. ¿Cuál es la obra de aquellos? La Edad Media. La Europa feudal; el siervo pegado á la gleba. El Papa sobre emperadores y reyes; los abades y los obispos repletos de riquezas; el villano degradado, envuelto en miseria, hambre y guerras. Uno entre ciento en la cúspide, los noventa y nueve restantes hundidos en el abismo.

¿Cuál es la obra de estos? Los Estados-Unidos. El sacerdote y el soldado convertidos en cero. El último ciudadano con derecho á ser presidente de la República. El obrero teniendo para sus hijos escuela gratuita; médico y medicinas por una cantidad exígua, merced á la cooperativa á que pertenece; viviendo en un hogar donde encontrais casi con seguridad el piano que aquí en la España católica no posee sino alguna familia de la clase media. Respetada la mujer, el esclavo hecho libre, el ciudadano convertido en magistrado por el ejercicio del sufragio.

Esto es, que la obra del catolicismo es la miseria más desastrosa del pueblo, y la obra del libre-pensamiento es su libertad y bienestar más grandes.

¿Puede dudar alguien de quién vencerá en la contienda empeñada entre ambos ideales? El catolicismo era dueño y señor de la Europa; sin embargo, se le ha visto ir perdiendo por instantes terreno en la historia. ¿Cómo, si fuera divino, si fuera siquiera racional hubiera acaecido eso? Ha ido cayendo por ser contrario á la divinidad, contrario á la razon. Creer que Dios pierde terreno, sólo lo pueden afirmar los imbéciles. No, Dios

gana terreno todos los dias y es prueba de ello el que el catolicismo lo pierde.

Mas no hay que ser ilusos. Quien crea que es perder el tiempo combatir sin trégua ni descanso al catolicismo, no ve lo que es la historia, ni comprende la fuerza inmensa que cobran con el tiempo las instituciones. El fanatismo, la ignorancia, la debilidad, el interés egoista, piedras angulares en que descansa la Iglesia católica, tienen aún, por desdicha, firme arraigo en el occidente de la vieja Europa. Ahí está la liberal Bélgica caida, por sorpresa, en manos del clericalismo; ahí está Italia alarmada ante los resultados de las elecciones últimas de Roma y estremecida por la voz de un retórico (Pidal) español que habla del restablecimiento del poder temporal, aquí está sobre todo España.

Nuestra tierra, en otros dias sublevada contra los reyes que iban á deponer el cetro y la corona ante el extranjero Papa romano, parece ser hoy el campamento de las huestes negras. Se dice que han tenido una reunion los cabecillas carlistas, que hacen aprestos de armas y vestuarios; los obispos dirigen rabiosas pastorales; el nuncio amenaza retirarse; se habla de matrimonios combinados por el Papa romano para enlazar toda la grey católica española bajo una sola bandera. Un hombre de los que se disfrazan con faldas negras, parece que es el que ha traido el santo y seña de Roma.

¿Que serán vencidos otra vez si salen al campo? ¿Habrá quien pueda dudarlo? ¿Cuándo han arrastrado ni una sola compañía del ejército de la nacion? Contad las frentes achatadas y las frentes levantadas que hay bajo nuestro cielo. ¿No existen

muchos millones más de las segundas? Pues es sabido: sólo van á las filas de los carlistas las primeras. ¿Cómo han de ir los de frente elevada viendo á los obispos que los incitan á la guerra vivir en palacios, cobrando salario de los liberales, mientras ellos yacen en la miseria? ¿Cómo ir, sabiendo que el generalísimo de ese ejército es un extranjero, el Papa romano, que envia aquí su legado para que trate á nuestros obispos y clérigos como ningun oficial trataria á sus soldados? Solo los fanatizados que tienen huero el seso, pueden consentir en ser explotados así por los dominadores eternos.

Pero no es cuestion de vencer, es cuestion de evitar á nuestra querida España los horrores de la guerra.

¿Cómo evitarlos? Por el camino que nosotros hemos emprendido. Los soldados del clericalismo son ciegos, pero sus jefes son astutos y perspicaces como el interés que los mueve. Cuando ven al enemigo poderoso, incontrastable, no hacen señal siquiera de resistencia. ¿A que no se mueven en los Estados-Unidos?

Pues bien, unámonos estrechamente los amantes de la civilizacion; no desmayemos un solo momento, trabajemos con ardor. Ayer éramos 500, hoy somos 100.000, mañana lo llenaremos todo. No es posible que dejen de vencerse por la razon nuestros conciudadanos. No es posible que dejen de ver que la causa de Roma es una causa muerta, y la nuestra una causa viva; aquella la del pasado, ésta la del porvenir, y al engrosar nuestras filas, nos mirarán con temor y cederán. Les impondremos la paz, con las pacíficas armas de la razon y

el derecho. Su fuerza brutal huirá temblorosa ante la imponente fuerza de una masa de hombres resueltos y convencidos.

La obra á que os excitamos es lenta, exige constancia, resolucion y sacrificio; pero el premio es hermoso. Basta, es verdad, como premio á los actos, la conciencia de que se cumple un deber. Poner la voluntad sobre los fines del espíritu y saturarse de ellos, es el mayor de los goces de un alma libre. Los que no tienen, empero, fuerza de espíritu bastante para detenerse en esa clase de goces y buscan resultados positivos, que piensen en que á ellos ha de ir anejo el que el obrero español pueda, como el norte-americano, caminar en coches de primera, tener una habitacion confortable y asegurada la educacion y sustento de sus hijos. La piedad y la beneficencia harán entonces lo que no pueda hacer la razon lùminosa.

Hombres de corazon puro, de desinterés, que teneis un alma libre, que aborreceis la farsa y la injusticia, que amais á vuestra pátria y á vuestros conciudadanos, combatid con denuedo y resolucion al negro clericalismo, haced una religion santa y bendita del libre-pensamiento.

CUADRON

CURA DESENGAÑADO

Para la mayoría de nuestros lectores habrá pasado desapercibida la firma que apareció en un artículo del número anterior de nuestro periódico, idéntica al epígrafe de este artículo.

Lo que sí recordarán es que hace largo tiempo hemos publicado varios artículos firmados solamente: «Un cura desengañado.» Pues bien, ese cura desengañado, que antes no daba su nombre, ha resuelto abandonar el sacerdocio católico para entregarse de lleno á ejercer el sacerdocio moderno de difundir la verdad en su pátria, sin fórmulas, con llaneza cristiana.

Tiempo hacia que no sabíamos cuál era el paradero de nuestro amigo, cuando la semana anterior se presentó en nuestra redaccion, y con su apacible, bondadosa sonrisa, despues de estrechar con efusion nuestra mano, nos dijo:

—«Ya soy libre; me era imposible luchar más

tiempo; he devuelto las licencias á mi obispo, con una carta respetuosa, diciéndole que es incompatible con mi conciencia seguir ejerciendo el sacerdocio católico. Vengo resuelto, añadió, aumentando dulzura á la habitual sonrisa de sus lábios, á ponerme la blusa y á trabajar en una obra; á todo, á todo antes que continuar en aquella situacion de alma.»

Nosotros miramos con admiracion á nuestro amigo, apretándole fuertemente la mano.

No concebimos heroismo de género superior al suyo.

El soldado que marcha sin vacilar hácia la trinchera erizada de cañones, es un héroe. Pero detrás de la trinchera le espera una muerte gloriosa, ó una vida más gloriosa aún. Su heroismo puede tambien depender de circunstancias: momentos hay en que todo el mundo se siente capaz de realizar altos hechos. Si la prueba llega en uno de esos momentos, el mérito, con serlo, no es grande.

Meritorio es el consagrar la vida al trabajo, á la investigacion de la verdad, al servicio de los hombres; pero con ello se sabe que la estimacion y la recompensa seguirán como consecuencia al acto. Cuando no se obtenga la recompensa debida, al ménos se está cierto de no concitarse los ódios humanos.

Tambien es mérito preciado el desinterés. Quien poseyendo una fortuna renuncia voluntariamente á ella, y la entrega á los menesterosos, realiza un acto de heroismo á no dudar. Mas tambien lleva consigo el aprecio, la estimacion, la bendicion misma de los hombres.

Pero ir á la trinchera, hacer voto de trabajo

perpétuo, arrojar por la ventana la única fortuna que se posee, que es en sustancia lo hecho por Cuadron, con la certidumbre de que, no bendiciones y amores, sino maldiciones, ódios, desprecios y toda clase de malas pasiones, han de desatarse contra él por virtud de su acto, esto encierra á nuestros ojos el heroismo por excelencia, el más grande de todos.

Pesa sobre el que hace profesion de sacerdote católico una fuerza inmensa: una Iglesia poderosísima, una sociedad llena de preocupaciones, acostumbrada á vivir de apariencias, lazos de familia, amistades, hábitos, costumbres; todo lo cual, mirado desde el punto exíguo de vista en que está colocado el pobre clérigo inferior, debe aparecerle como el castillo más formidable, como torreon puesto allá en la cima de colosal montaña. Semejante posicion no puede tomarse en una hora; hay que mirar y remirar las dificultades para conseguirlo; hay que compararla con las microscópicas fuerzas individuales; y es preciso, despues de esta comparacion y de este análisis, emplear dias sin cuento en realizar el ataque. Durante este tiempo habrá sus momentos en que, espoleado el sugeto por interno, misterioso aicate, se creerá próximo á tocar la cima y salvar el torreon; pero á ellos seguirán otros momentos de indecible fatiga y cansancio, de dolor y de insomnio, en que, volviendo quizá la vista hácia la oscura boca de la sima que queda detrás, sentirá vértigos y extremecimientos de terror pensando en que pudiera resbalar y caer en su negro fondo. Es una valentía, si lenta, pertinaz, viril, grandiosamente heróica.

Y bien, salvado el obstáculo, tomada posesion del castillo, ¿cuál va á ser la recompensa? ¿qué botin espera? ¡Ah! ¿Quién no sabe que aquí, por el mundo, el que hace profesion de vivir conforme á su conciencia es el más pobre? ¿Quién no sabe que en el castillo tomado por nuestro amigo no hay sino lo que él presiente, blusas y trabajo fatigoso, manual ó intelectual, y campos áridos; mientras que palacios y casas regaladas pueblan las laderas, cubiertas de verdura, de la montaña que deja?

Con el documento que ha enviado á su obispo le ha mandado sus únicos bienes, su única fortuna. Ese título supone una suma de esfuerzos personales, un capital empleado, y tenia indiscutible derecho á percibir la renta de ese capital y la retribucion de su trabajo: todo lo ha renunciado en una hora. Como el que, convencido de la mala procedencia de su casa heredada, la pusiese fuego convirtiéndola en ceniza, así ha procedido con su propiedad el Sr. Cuadron.

El consagrarse al trabajo intelectual, el escribir, dar lecciones de latin, matemáticas, historia, retórica, el velar de noche, despues de pasar todo el dia ocupado para prestar un servicio útil á sus semejantes, estamos seguros de que Cuadron lo hará, no en són de sacrificio, sino con gratísima complacencia. Pasar la vida atado al remo del trabajo, no lo considera seguramente meritorio. El heroismo del trabajo no le costará esfuerzo.

Para lo que habrá tenido que sacar fuerzas indecibles, es para afrontar la odiosidad de los hombres. Decimos ordinariamente que el hombre es malo por instinto, que la sociedad es perversa; y

sin embargo, ¡cuánto no estimamos el aprecio de esa sociedad! ¿Y cómo la estimaríamos si fuera de naturaleza perversa? El fondo humano es bueno, como su estirpe divina; lo que pueden ser malos son los actos. Mas por lo mismo que el acto va unido á la *esencia*, no podemos evitar el secreto dolor de ver que los demás nos rechazan, nos menosprecian, nos maldicen, nos calumnian ó nos detestan.

Y Cuadron debe estar seguro de ello: para una persona que se eleve por encima de las preocupaciones vivientes y reconozca la nobleza de su acto, mil lo tildarán y lo atribuirán á móviles mezquinos. Amigos, parientes, protectores le volverán la espalda.

Ahora bien, Cuadron, alma noble, dotada de la mayor piedad, donde la sinceridad, la dulzura y la bondad cristianas desbordan; alma realzada por una cultura intelectual ámplia, sobre todo en materias de su profesion, porque, como habrá podido notar el lector de sus artículos, conoce á las claras y desde el más elevado punto de vista, los rumbos que sigue la nave de la Iglesia en el estado presente de la Historia, y hermoseada por oleadas de puros sentimientos democráticos, pues es un republicano de corazon, de los que aspiran sobre todo á elevar en derechos y en bienestar al pueblo; Cuadron, que posee estas bellas prendas, despues de medirlo y pesarlo todo con su claro entendimiento, ha resuelto lo que debia. Entre el ódio del vulgo, el trabajo, la pobreza, todo lo que lleva consigo el caminar por un mundo enemigo, y la paz de su conciencia, no ha dudado en elegir. Esa es la

ley de Dios, esa es la primera de las religiones, esa es tambien la base más firme de la felicidad humana: vivir de acuerdo consigo mismo.

El Cristo estaba inundado de regocijo celestial en medio de los más crueles tormentos; á Estéban le pintan tambien lleno de goce íntimo al tiempo de hallarse rodeado de los bárbaros judíos que lo matan á pedradas. Estemos seguros del fondo de verdad que encierran estos ejemplos cristianos: vivimos primero interior que exteriormente; podemos, por tanto, atravesar entre filas de condenados con almas repletas de negro ódio, conservando nuestro corazon irradiando amor.

Que este amor dulce, de que es deudora la Humanidad al cristianismo, inspire el alma de usted, amigo Cuadron, á par que las grandes ideas humanas que forman el nuevo y superior Evangelio de nuestros dias, de modo que, quedando sacerdote cristiano en los medios, sea V. sacerdote del ideal moderno en los fines; que, con la miel cristiana, destilen sus lábios bienes reales y positivos que dignifiquen y eleven á la Humanidad, y obtendrá usted compensacion suprema á sus dolores. No hay recompensa como la que resulta de hacer bien.

Que la paz del alma sea con V., y reciba el tributo de admiracion á su virtud que le consagra su amigo sincero y cariñoso.

LA CONTRICION CATÓLICA

Lo he confesado y lo repito: soy deista, profundamente deista; estimo que hay una causa escondida, no personal como nosotros, del Universo mundo, á la cual viene llamándose Dios. Creo á Dios infinitamente perfecto, justo, intachable, y pues se llama religion á las relaciones de la criatura con Dios, entiendo que la religion debe ser todo pureza, todo verdad, todo justicia. Lo absurdo, lo irracional, no cabe en mi mente que pueda ser religioso. Hé ahí por qué no podria, aunque quisiera, estar conforme con el catolicismo, cuyos doctores han tenido que proclamar, al ver y tocar el maravilloso que encierra: «creo por ser absurdo.» Confesion que me parece la más grave de las ofensas que pueden dirigirse á una verdadera religion. Yo desecho el paraiso de Mahoma por absurdo; desecho sus pretendidas comunicaciones con el arcángel Gabriel por absurdas; desecho que cayera

una estrella del cielo á la tierra y en ella envuelto el espíritu de Vischnú para encarnar en la vírgen Devanaguy y engendrar á Kristna, por absurdo; me burlo de que se remontara por los aires Rómulo y se convirtiese en Dios, por absurdo. Todo, todo lo que es absurdo lo desecho, más en cosas de religion que en otra alguna.

Entre los mil absurdos que han tomado carta de naturaleza como artículos de fé en la religion católica, está el de que un momento de contricion en la hora de la muerte puede purificar un alma impura y hacerla digna de gozar la gloria eterna.

Yo dejo su derecho á los católicos de creer en tal absurdo; pero déjenme á mí mostrar que lo es, y que no lo crea, merced á mi principio opuesto al suyo: «No creo por ser absurdo.»

¡Que un acto solo venga á anular una serie indefinida de actos cumplidos durante toda una vida; que valga ese acto por una existencia entera, siendo realizado precisamente cuando el espíritu está más perturbado, las energías más enervadas, idea es por Dios bien contraria al buen sentido y al órden entero de la realidad!

Un acto de contricion, esto es, de dolor de haber pecado, unido á propósito total y entero de no reincidir, realizado en el momento de morir, es bastante, dice el catolicismo, para que Dios perdone y reciba en su reino á la persona que lo cumple.

Así, por ejemplo, D. Juan Tenorio, despues de haber deshonrado y matado, despues de violar toda ley divina y humana, habiendo tenido la suerte de arrepentirse en el momento mismo de arrojar el último aliento, se fué allá con su Inés y sus ange-

litos á seguir gozando millonadas de siglos, tras de haberlo pasado alegremente por aquí.

Doctor acostumbrado á curar enfermedades: imagina el caso que uno de tus enfermos está atacado de tísis, que poco á poco se le han ido deshaciendo los pulmones: ¿concibes que haya posibilidad por un solo acto, mediante el efecto de una medicina, por ejemplo, de sanar aquel estado?

Arquitecto acostumbrado á construir y restaurar edificios: ¿crees posible que una casa deteriorada por el tiempo, hasta el punto de amenazar inminente ruina, puede volver á su estado mediante un solo acto, el de arrojarle, pongo por caso, un' 'ola pellada de yeso?

No. Lo que tú, doctor, crees posible, es que un cuerpo afectado de enfermedad, puede, por una série de actos ó estados, y disponiendo de *tiempo*, factor que sabes es indispensable, llegar á sanar. Lo que sabes tú tambien, arquitecto, es que puedes hacer desaparecer los efectos destructores causados por el tiempo en un edificio, mediante recomposiciones que vayan sucesivamente, y en *tiempo* tambien determinado, restaurándolo. Un solo momento y un solo acto, estais seguros de ello, médico y aquitecto, no pueden bastar á destruir los efectos causados en variedad de actos y momentos anteriores.

¡Y quél ¿no hallas tú, lector de buen sentido, cierta analogía entre las enfermedades del cuerpo, los estragos de los edificios y la corrupcion de las almas?

D. Juan Tenorio mata una vez. Aquello acusa que su alma está profundamente viciada, el asesi-

nato no se concibe sino por una perturbacion anímica; luego, mata otra y otra vez; despues deshonra á una desamparada mujer; y repite su accion, y escala los conventos para saciar pasiones carnales y hacer gala de libertinaje; abofetea al autor de sus dias, es, en suma, un mónstruo espantable. No hay cuerpo crapuloso y lleno de llagas que pueda ser imágen de la podredumbre de su alma. Un momento, un acto de contricion basta, empero, para limpiar tanta inmundicia.

¿Se puede dar absurdo y necedad más grande?

A vosotros apelo ahora, psicólogos. ¿No es verdad que la creencia católica que combato es la anulacion de toda vuestra ciencia?

Aunque la afirmacion os choque al oirla anunciar, no estais todos ménos seguros que yo de que nuestra alma, en cada tiempo, es una especie de edificio, una suerte de construccion en la cual nosotros mismos somos los arquitectos. A los que sonriais en son de burla por mi imágen, os desvaneceré la sonrisa, con la sola observacion de que cuando el alma cae, el juez hace responsable de ello al que la lleva dentro, como cuando el edificio cae hace responsable al arquitecto. ¿Por qué, sino porque los considera como autores?

Siguiendo, pues, la imágen, diré que el edificio de nuestra alma, como el edificio material, es una construccion lenta que no es posible echar á tierra ni reconstruir en un solo instante. Pasa un hombre el dia en el trabajo, da expansion luego á los sentimientos del alma en coloquios y diversiones honestas entre su familia y amigos; lee, estudia, pasea para recibir el puro aliento de la naturaleza;

asiste al teatro ó al museo para purificar tambien su espíritu al contacto de la belleza. Un hombre que siga tal conducta tiene el alma tan sólidamente construida, que un acto de imperfeccion ó de pecado no podrá hacer honda herida en ella, y es razonable creer que, si lo comete, con nuevos actos de bondad vendrá á corregirse el acto impuro, como la presencia de la luz ahuyenta las sombras. Pero el hombre que pase un dia y otro premeditando el robo y la muerte de sus semejantes; que se abandone á la avaricia, á la lujuria, á la venganza, á la pereza, ese hombre no puede por un solo acto, ni por dos, ni por ciento, anular el edificio de vileza ó miseria que ha construido en su alma tras larguísimo tiempo.

«Quien malas mañas tiene, tarde, mal y nunca las pierde,» dice la sabiduría popular. Aunque esto no deba admitirse con ese rigor, bien seguros estamos todos de que sólo mediante una larga y difícil correccion se pierden las malas mañas.

La *voluntad* no es sino una, entre otras facultades del alma. Ahora bien; á todos consta que sólo mediante esfuerzo y labor vánse trasformando aquellas facultades; que, sólo mediante trabajo se amaestra la *inteligencia*, y sólo mediante trabajo se hace hábil la *actividad*. Sin embargo, los católicos sostienen que la voluntad se trasforma en un segundo. No puede uno hacerse sábio en un momento; tampoco se puede hacer arquitecto, ó albañil, ó pintor; en cambio, puede hacerse en un momento perfecto. Y luego dicen ellos mismos que el alma es *una* y *simple*! ¿Cómo se niegan entonces así sus facultades? El buen sentido se impone

contra este desbarrar del catolicismo. ¿Quién no ve todos los dias á padres de familia amantes de sus hijos enviar éstos á colegios internos, al servicio militar, á los hospicios mismos, para que se eduque y corrija su voluntad? Esos padres están ciertos de que sólo mediante una disciplina lenta y difícil pueden sus hijos volver á la senda de la virtud. Tienen pues conciencia de que la voluntad se educa como la inteligencia.

Toda la ciencia penal de nuestro tiempo está tambien en oposicion con la célebre contricion católica.

Esa doctrina penal, fundada en principios sérios, en la naturaleza humana, persigue el empleo de medios correctivos que vayan curando, sucesiva y sistemáticamente, la enfermedad anímica orígen del crímen. A ningun juez se le ocurre pensar que el acto de arrepentimiento momentáneo del reo le exime de pena. Aun despues de ese arrepentimiento, está cierto de que es justo el imponerle una pena que dura cierto tiempo. Viene, pues, el *tiempo* á ser un factor indispensable de la penalidad. Nuestros sistemas penales llegan á hacerlo, extremando el principio, el factor exclusivo. Lo que importa, empero, es dejar sentado que el tiempo es factor indispensable de la pena; que así está reconocido por todos los pueblos de la tierra; que la misma Iglesia, en sus tribunales, lo ha aplicado. Los jueces del mundo que aspiran á interpretar la justicia divina, hacen, pues, lo contrario que el Dios católico. Este perdona y lleva á la gloria al criminal que se arrepiente; aquéllos lo llevan al presidio, se arrepienta ó no. Además, los jueces

de la tierra obran de acuerdo con el sentido comun, de la ciencia psicológica, de lo que practican en el mundo todas las religiones; el Dios católico obra de un modo que los hombres creen contrario á la razon, creen absurdo. ¿Cómo he de creer yo en él, siguiendo mi lema «no creo por ser absurdo?»

Porque nota, lector, las atrocidades que se deducen de la teoría católica que critico.

Tú has hecho una vida honrada: has amado á tus padres, á tus hijos, has trabajado, no has defraudado un real á nadie; pero como al fin eres finito, tienes la desgracia de que allá, cuando declina tu vida, pecas y caes un dia. Ni áun siquiera eso; tienes la desgracia de decir que no crees que Cristo volase sin alas por los aires despues de muerto, y ascendiese corporalmente, contra las leyes de la gravedad, á los cielos; esto te lo oye decir el sacerdote de tu pueblo, y se niega á untarte con el aceite sagrado. Pues tú, desgraciado, irás á achicharrarte en el infierno durante billones de billones de años, por aquella debilidad de que tu flaca razon no tiene la culpa.

En cambio, á un Juanillon que asesina, roba y pasa la vida en el pecado y el crímen, á ese le lleva el Dios católico á la gloria, con tal de que, al apretar el torniquete el verdugo, tenga un momento de contricion.

¡Qué demencia!

Juez de la universidad, aunque esa universidad sea católica-española: ¿qué harias si te presentasen dos reos semejantes á los que acabo de poner como ejemplo? ¿Le dirias á Juanillon, aunque le vieras

deshecho en lágrimas de verdadero arrepentimiento: «vete á gozar en jardines y palacios,» mientras decias al buen padre y al buen esposo que fuera á hundir su cuerpo en plomo derretido por siempre? ¿No es verdad que te horroriza tal idea, y que trastorna todo el concepto que tienes de la justicia?

Sin embargo, repáralo; esa es la sentencia que da el juez del seminario: «Te perdono en nombre de Dios,» dice al uno; «ni la tierra te doy,» dice al otro. ¿Verdad que el Dios católico, en cuyo nombre habla el sacerdote, es bien estupendo? Aquí, en la tierra, podemos vivir perfectamente los que no creemos en la Trinidad, sin que la justicia sufra el menor detrimento; el juez civil lo reconoce así; la práctica y el buen sentido de todos lo confirman; en cambio, no nos fiamos de los Juanillones, áun despues de arrepentidos, por aquello de «quien malas mañas...» Despues de esto, cabe preguntar: ¿Quién tiene razon? ¿El juez de birrete, ó el juez de bonete? ¿El que obra en nombre de la sociedad, ó el que obra en nombre de Dios? Y como están en contradiccion, uno de los dos sobran. ¿Sobrarás tú, juez de birrete? No: de los tuyos hay en todas las sociedades, de los de bonete cada dia hay ménos.

No es necesario comparar dos individuos; basta atender á uno solo, para que resalte el absurdo de la pretendida contricion. El arrepentimiento y el propósito de no pecar ó delinquir son un acto, un estado del alma. Pasado aquel estado, que corresponde á un cierto período de la vida, vienen otros estados y momentos. ¿Habrá quien niegue que tras un momento de arrepentimiento pueden venir y

vienen otros de pecado? Esto no es siquiera discutible dentro del catolicismo, donde se obliga anualmente á confesar y comulgar, en prueba de que tras el arrepentimiento y buen propósito del año que ha pasado, pueden haber sobrevenido nuevos pecados y delitos al siguiente. Pues bien: supongamos á un individuo que al salir de la iglesia, despues de haber confesado y comulgado, le acomete un incidente, y muere. Es claro, va derecho á la gloria, y aquel momento le vale una eternidad de deleites.

Pero supongamos que no muere, y allá, al otro año cerca de Páscua Florida, cuando tiene la conciencia un tanto sucia, porque ha faltado á cualquiera de los mandamientos, le cae una teja en la cabeza y le mata en el acto, sin haber pensado, naturalmente, en arrepentirse, ni hacer propósito de la enmienda: hé ahí á ese pobre diablo condenado á ser un eterno chicharron en las calderas de Pedro Botero.

Un dia más, quizá, y su porvenir cambia de aspecto, si pensaba confesar en el siguiente. Un accidente resuelve, pues, el porvenir eterno de una criatura. ¿Y qué culpa tiene en el hecho esta criatura? Quien debia sufrir el infierno es la teja, no el pobre sobre quien ha caido, que no ha puesto de su voluntad nada conscientemente para que el hecho ocurra en aquel instante.

Si suponemos que el salir con vida del accidente primero lo debió á la habilidad de un buen médico, y despues de ello le acaece lo de matarle la teja, el verdadero culpable de la eterna perdicion del malaventurado católico es el médico; le prolongó

unos dias la vida para acarrearle una eternidad de sufrimientos bárbaros, crueles, inauditos. Hé ahí un médico convertido en fautor inconsciente de un mal horrible; prolongó la vida unos dias y produjo una muerte eterna.

¿Pero es posible que se hayan creido y se crean semejantes locuras?

No; no hay contricion que pueda destruir instantáneamente vicios arraigados del alma. El que espere que un momento solo ha de servirle para lavar una vida de pecados, desvaría; no es más verdad la luz material que nos rodea, que son verdad las leyes de la razon.

Pues con tanta seguridad como se ve la luz material, se ve tambien el absurdo de que un momento del alma valga por un sinnúmero de momentos. Los médicos pueden deponer mejor que nadie del aplanamiento de las facultades anímicas que acompaña á la falta de fuerzas físicas en el instante de la muerte. ¿Y se quiere que ese momento sea más esencial y tenga más valor que los anteriores de salud? Aunque realmente fuese el instante de la muerte el de mayor lucidez, no cabria pensar que el arrepentimiento de entonces tuviera más valor que los actos anteriores. ¿Quién no ve que estaria tocado de ese interés personal que quita mérito á las acciones? No querer pecar más cuando se deja el mundo, es, á la verdad, un *querer* muy cómodo. Pero, vuelvo á decirlo; el estado de perturbacion de las facultades anímicas en los últimos momentos de la vida terrena, quita valor á esos momentos. ¿Conque con sólo que nos duela la cabeza estamos ya perturbados y sin aptitud de pensar con

lucidez, y hemos de tener más valor anímico en el momento en que todas las fuerzas nos abandonan?

Hay que arrancar de cuajo estos absurdos. Quien tenga confianza en que hay más que esta vida, y que hay justicia en todas, no espere que esa justicia sea una lotería; repare en lo acompasado, lo medido que es todo en la naturaleza y en la vida. El que atempere sus actos á esa medida, el que sea usual y generalmente bueno, quien tenga una noble y humana conducta en el trascurso de su existencia, bien poco le puede importar, si no es por el sufrimiento físico, cuál sea la clase de su muerte y el momento en que sobrevenga, cierto de la insignificancia del valor de aquel momento en el juicio que sobre ella forme el Eterno Juez. En cuanto al que obre mal: el que robe, mate, deshonre, se abandone á los vicios, sea orgulloso, inhumano, cruel, egoista, ese que no espere que su último momento ha de considerársele en el cómputo como de superior valor á los anteriores.

Todos los momentos pueden ser comienzo para un sincero arrepentimiento y un buen propósito; pero no hay ninguno más ineficaz para el objeto de juzgar á un sér terreno, á un hombre, que aquel en que se despide de la tierra.

Enmendaos aquí los que aquí habeis delinquido. Puedes, sin duda, pecador redomado, en un solo año, el último de tu vida, por ejemplo, conseguir todo ó gran parte de tu regeneracion moral. ¿Cómo? Rellenando ese año de buenas obras, que den fiel testimonio de que persiste el bien en tu alma. Mejor hubieras hecho en portarte siempre

así, y no dudes que te llevará delantera el que no ha dejado de ser bueno; pero es muy loable y hermoso volver á la senda de la virtud despues de haberse extraviado. Lo repito, empero; te juzgarán por lo que aquí hagas, y no influirá tu último momento más que por el valor tambien momentáneo que tiene.

Pensar de otro modo, es pensar la injusticia, el absurdo, la irracionalidad en Dios, y yo, deista, que resumo en esa palabra la infinita razon, la infinita justicia, la infinita verdad, no puedo atribuírselo sin injuriarle.

Cabrá esto en vuestro sistema del «creo por ser absurdo;» en el mio no cabe, ni en el de mi tiempo, que, de acuerdo conmigo, dice: «no lo creo por absurdo.»

GIORDANO BRUNO

¡Bendito, bendito el siglo en que hemos nacido! ¡Bendito tú, Voltaire, que hiciste mazo de la pluma para aplastar la Infame! ¡Bendita seas, Revolucion francesa, espada del libre-pensamiento, que has cortado uñas, colmillos y melenas á la fiera, dejándole sólo una lengua achacosa para maldecir!

Figuraos á Víctor Hugo, llena el alma de las ideas generosas que le alientan, recorriendo el mundo materialmente, como lo hace moralmente, gracias á la bienhadada imprenta. Figurárosle, despues de una larga peregrinacion por aquellos focos do irradia más luz civilizadora, volviendo á su pátria tan amada cargado de laureles, para recrearse contemplando su cielo y sus dioses lares; y cuando realiza este deseo, que le sorprenden negros esbirros y le arrastran primero á la prision, despues á la hoguera.

¿Qué género de indignacion no produciria hoy semejante monstruosidad?

Pues hé aquí, sin embargo, lo que en el siglo XVI acaeció al insigne mártir Giordano Bruno.

¿No es legítima mi alegría al vivir en este gran siglo, que rechaza tamañas infamias, y al ver caido, retorciéndose en su impotencia, al descendiente de los quemadores de carne humana?

Giordano Bruno es más que un hombre, es la representacion viva del libre-pensamiento en el tiempo en que vivió.

Nació en la aurora de nuestros ideales, al mediar precisamente el siglo XVI. Los intereses religiosos absorbian entonces toda la atencion. El pueblo no podia interesarse por la causa del libre exámen, porque no lo comprendia; lo que comprendia eran los abusos de la Iglesia, su apartamiento del cristianismo, el notorio absurdo de su pretension, de ser la única mediadora entre el hombre y Dios, plagada, como estaba, de vicios. El pueblo entendió por eso perfectamente el lenguaje de los reformadores. Nada, empero, habia en aquellos más odioso, que cuanto se apartase del cristianismo. La fé en la revelacion debia ser absoluta; la razon era una prostituta del diablo á sus ojos, no ménos que á los de los católicos.

¿Cuál podia ser la condicion de una persona anticristiana como Giordano Bruno en una sociedad semejante? Análoga á la de Servet, aunque ostentándose de un modo más saliente por haber vivido más tarde y por la naturaleza fogosa del filósofo italiano. Giordano Bruno no tiene tierra segura en que sustentarse; gira en peregrinacion por Europa,

siendo rechazado en todas partes como apestado.

Era Giordano Bruno de Italia, de esa tierra hermosísima, pátria de los grandes artistas. Bañada su frente por aquel azulado cielo que, como el nuestro, parece estar diciendo al alma del que lo contempla: «Sé pura como yo,» saturóse de aquella idealidad platónica que tan bien predispone el ánimo á los altos hechos, sin reparar en el sacrificio.

Dotado de elocuencia arrebatadora, y creyendo que no habria campo mejor para cultivarla que el de la cátedra sagrada, ingresó en la órden de los más celebrados oradores de su tiempo: los dominicos. Pero bien pronto comprendió que eran incompatibles sus generosos alientos con aquella atmósfera de hipocresía que le circundaba. Los que él llamó «ministros de la envidia, servidores de la ignorancia, esclavos de la maldad,» le persiguieron con sus rencores, obligándole á abandonar el suelo pátrio.

Pasó de Italia á Ginebra, donde el sucesor de Calvino, no ménos austero que éste y no ménos fanático, recibió al filósofo italiano cauteloso y reservado, obligándole á dejar la ciudad, desde la cual marchó á Tolosa de Francia. Del fanatismo protestante pasó al fanatismo católico, imperante entonces en Tolosa. Tuvo tambien que dejar esta ciudad al punto, y encaminarse á París.

Pide hospitalidad á la Universidad de París en nombre de la libertad del pensamiento, y es recibido con recelos y desconfianzas. En Inglaterra le acaeció otro tanto. Allí debia ocurrir entonces algo de lo que hoy acontece. Aquellos señores ingleses

piensan que por ponerse muy graves y disfrazar con palabras nuevas ideas viejas, son originales, confundiendo eternamente la extravagancia con la originalidad. El penetrante génio de Giordano Bruno le hizo ver claro la verdad, y llamó «pedantes de Oxford» á los que el vulgo daba el nombre de sábios.

Despues visitó las más célebres universidades alemanas. De varias fué rechazado. Donde se le recibió mejor, hay que decirlo en honra suya, fué en la célebre de que habia salido el Reformador, en la de Wittemberg. Giordano Bruno, alma generosa, no excusó sus alabanzas entusiastas al gran Lutero, loando el espíritu de libertad que habia impreso á su pueblo. Que tomen acta de estos hechos aquellos que quieren hacer creer que son igualmente fanáticos los protestantes que los católicos. No hay más diferencia, sino que los unos dejaban exponer libremente sus ideas á quien no era cristiano, y los otros le quemaron en cuanto le hubieron á las manos. La memoria de Giordano Bruno exige esta imparcial declaracion.

Despues de diez años de peregrinacion por Europa, vuelve Giordano á Italia. ¿Qué espíritu maléfico le aconsejó dar aquel paso? ¿Creyó quizá que el tiempo habria aplacado los ódios suscitados contra él? ¿Creyó que la fama de sabiduría que se habia conquistado por todas partes le serviria de escudo contra las asechanzas de sus enemigos? ¿Tal vez, subyugado por el amor á la pátria, sintióse irresistiblemente atraido hácia ella? El hecho es, sea cual fuere la causa, que nuestro filósofo penetró de nuevo en Italia. Al punto fué preso y lleva-

do á Venecia, de donde fué reclamado por el tribunal de la Inquisicion de Roma. Seis años estuvo negándose Venecia á efectuar la extradicion. Al fin lo entregó á los inquisidores romanos, que lo tuvieron otros dos años más en prisiones.

Quisieron primero convencerle, enviándole al efecto los más sábios y acreditados teólogos. ¡Empeño vano! Figuraos que alguno os quiere convencer de que el hijo de vuestro padre es vuestro padre mismo, que no hacen ambos sino una persona. ¿Dónde hay teologías capaces de llevar á un espíritu sano ese convencimiento? Así pasaba á Giordano Bruno con los misterios cristianos.

Lo que no se pudo por el convencimiento, se quiso hacer con la intimacion y la amenaza. «No faltaré á la verdad,» dijo para sí noblemente Giordano Bruno. Aquella tenacidad debia desesperar á la Iglesia. Propalar, gritar, atronar el mundo diciendo que el filósofo renombrado habia abjurado de sus ideas y se habia hecho católico, hubiera sido para la Iglesia un acontecimiento. ¿No la estais viendo atisbar, cuando flaquean las fuerzas á algun hombre eminente que la ha repudiado en vida, para aproximarse al lecho y salir cantando victoria por la conversion alcanzada, mientras los deudos del muerto se retuercen en el dolor?

Viendo inútil todo esfuerzo, la Inquisicion se resolvió á condenarlo. Le sacó del calabozo para llevarlo á casa del inquisidor general. En casa del inquisidor le hicieron arrodillar entre cardenales, teólogos y consultores para que oyera la sentencia, por la cual se le condenaba á ser castigado con *la clemencia* que era posible y sin *efusion de sangre*.

Repara en ello, lector; todo aquel escarnio decantado que se empleó con el Cristo es nonada al lado del que esa raza de demonios llamados teólogos usó con el ilustre Giordano; le condenan á ser abrasado en la hoguera, la muerte más espantosa que se imagina, ¡y lo llaman *clemencial;* y por si la ironía y la burla no pareciesen suficientes, las completan diciendo que no habrá *efusion de sangre*, aludiendo á que debia ser quemado. No lo sé, pero imagino que la tésis de la clemencia de aquel jurado seria sostenida más tarde, entre burlas, en más de un seminario.

Giordano Bruno se irguió luego que se le hubo leido la sentencia, paseó una mirada altiva y serena por los jueces, y les dijo: «Quizá os turbe más que á mí esa sentencia que acabais de pronunciar.»

Todavía le tuvieron ocho dias sin darle muerte, esperando su retractacion. Al fin le arrastraron á la hoguera. Ascendió con paso firme al suplicio, y se mantuvo así entre las llamas mientras le quedó aliento. Aún quisieron en aquellos terribles instantes arrancarle un signo de abdicacion presentándole á besar un crucifijo; él lo miró y volvió la cabeza con desden.

Ahí teneis, católicos, uno de los nuestros, ahí teneis un libre-pensador. Va á sufrir una muerte horrorosa, no desfallece, no suplica, no desconfia. Le dan á elegir entre la abdicacion y su conciencia, y muere antes que faltar á su conciencia.

A estos ejemplos, á estos es á los que hay que acudir, y no á los de hombres moribundos y exánimes, de quien propalais que se convencen en su última hora.

Penetraos bien de la clase de hombre de que se trataba. En el siglo XVI, mientras el mundo que le rodeaba creia en la infalibilidad de lo contenido en los libros llamados sagrados, él sostiene el movimiento de la tierra, la existencia de las manchas del sol, la pluralidad de los mundos, la infinitud del universo, todas estas verdades que son hoy del dominio comun de las gentes, pero que entonces hacian decir á los jueces de Giordano, que por absurdas no merecian la pena de refutarse. Era, pues, un hombre superior, que llevaba dentro una fuerza de espíritu tan grande, que le hacia rebasar la inteligencia de sus contemporáneos y pensar como nosotros. En otro órden de ideas, Giordano Bruno sostenia tambien, como el siglo actual, la *tolerancia*, hasta el punto de alabar como hemos visto á Lutero, y tambien á la reina de Inglaterra, lo cual entró como parte en el capítulo de cargos para condenarle á muerte, por ser aquellos, se decia, redomados protestantes. Esto es, que Giordano Bruno creia entonces lo que cree cualquiera de nuestros cortesanos que han ido á rendir párias al príncipe protestante aleman mientras ha estado en Madrid; aquello que sostiene un mal redactor de cualquier periódico conservador, que por fuerza dirá que el príncipe aleman es un portento á quien hay que hacer doctor en España, y que la tierra es aplanada por los polos y se mueve sobre su eje todos los dias.

¡Comprended la lucha desgarradora que excitaría el terrible Tribunal en el alma de aquel gran hombre! Hallábase en la fuerza de la vida; tenia sed de verdad y sed de esparcirla; amaba á su pátria

con delirio, como lo prueba el volver á ella sin reparar en peligros; tenia, pues, en este mundo un tesoro de afectos, gigante como su espíritu. «Todo lo conservarás si te retractas,» le decia la Iglesia. «¿A qué costa lo conservaré? debió preguntarse interiormente: á costar de negar lo que veo, toco y palpo; á costa de engañar á los hombres, de prostituirme á sus ojos, de hacerlos desconfiar de la virtud divina de la verdad, porque es imposible que dejen de comprender que mi abjuracion es falsa; sobre todo, á costa de negar mi esencia misma en lo que tiene de más íntimo, en este replegarse de mi ser sobre sí mismo en virtud de un poder que yo no he creado, que me ha sido dado por Alguien, cuyo Alguien asiste á ese ver interior. Debo á mi acreedor del mundo ciento, le doy dos, y no sostendré que le he dado los ciento sin ser un vil criminal; y á mi Acreedor Eterno que me ha dado este algo que se repliega solemnemente aquí dentro, como si media realidad se ajustase á la otra media por su propia virtud, he de mentirle diciendo públicamente que no ajusta lo que ajusta, ó que el dos es ciento? No; no lo haré: entre mi conciencia y el mundo, mi conciencia: entre Dios y estos réprobos que me tientan, Dios. ¡Iré á la hogueral»

¡La hogueral ¿Quién no tiembla, quién no se extremece de horror pensando en ese género de suplicio? ¿Qué ansias, qué dolor, qué inmenso sufrimiento no supone muerte semejante? Sentir la aproximacion de las llamas, querer huir y no poder, retorcerse, lanzar rugidos de dolor, sentir saltarse los ojos de sus órbitas por la fuerza del espanto, recocerse el pecho, entrar en ebullicion la

sangre, estallar las venas, hervir el cerebro: ¡qué muerte, qué muerte más horrorosa!

Tal la debió concebir Giordano Bruno en sus sueños mientras dormia, en sus vigilias, cual sueño horroroso, mientras despierto, durante ocho mortales años que pasó en la prision. Mas tampoco cedió ante el sufrimiento: «Apuraré el cáliz de la amargura sin afectacion patética, como corresponde al hombre y al sábio,» debió decirse interiormente.

¡Alma heróica, ilustre representante de nuestra raza y de nuestra idea, bendecida sea tu memoria! Ella nos presta alientos para luchar y reluchar; sí, hay más que polvo y cenizas. ¿Dudas del Dios Verdad que adoramos los libre-pensadores, visionario fanático? Míralo pesar en el fondo de la conciencia de Giordano más que todas las iras de la Iglesia desencadenadas; míralo luego aplastando los mitos bíblicos y obrando en vuestra propia conciencia hasta el punto de haceros confesar que la tierra se mueve, que el sol tiene manchas, que Lutero fué un grande hombre (como lo han dicho los periódicos católicos alemanes con motivo del último centenario), y todo aquello que motivó su condenacion, lo cual obraba, gravitaba en la conciencia de Giordano Bruno, manteniéndole enhiesto en medio de los criminales, viles, infames furores de los vuestros.

Las cenizas de Giordano Bruno fueron aventadas; el aire las esparció por Italia, y de ellas, como de las piedras de la vieja fábula, nacieron hombres. Esos hombres son los soldados italianos que, inspirados en un Código que lleva escrito en sus

páginas *libertad de pensamiento*, han entrado en Roma fusil en mano gritando tambien: *libertad, libertad*, mientras hacian añicos el cetro bajo el cual se consumó el crímen de la condenacion de aquel héroe y mártir.

Sí: tu alma, Giordano, revive en un gran pueblo, libre, generoso, heróico, lleno de idealidad como ella. Y como no sólo en tu pueblo, sino que en todos los que pesan y valen en el mundo de la Historia, está escrito ya en el frontispicio de sus constituciones «el pensamiento es libre,» bien se puede decir, parodiando la frase de Juliano:

¡Venciste, Giordano Bruno!

LAS DOS REINAS

Ved una de ellas: es hermosa; destácase con su manto azul flotante, sobre fondo amarillo, símbolo de la alegría de ese Cielo, sueño del católico, en que es reina y señora; huellan sus piés la serpiente y la media luna; sostiénese sobre arreboladas nubes, entre las cuales se asoman las caras hermosísimas de niños alados que llevan en las manos los símbolos del candor: la azucena, la palma, la rosa encendida como las mejillas de pudorosa niña. Los ojos negros de esa reina, robados al fuego de Andalucía, su boca diminuta, el aliento que sale por los entreabiertos lábios evaporando las emanaciones espirituales de su casto seno, todo en ella es de una hermosura embriagadora.

La reina del Cielo es, sí, un compendio de belleza, sea Vírgen inmaculada con Murillo y Fray Angélico, sea madre tierna y amorosa con Rafael y el Correggio.

Hay émpero otra reina no ménos hermosa. Coronas de soles y luceros circundan su frente; culebrinas de fúlgidos relámpagos forman sus cabellos; sus pechos fecundos arrojan oro y plata, granos, maderas olorosas, flores brillantes, copia infinita de séres que saltan y juegan y rien y cantan; unas veces se viste de azul puro y diáfano, otras se engalana de verde teñido de rojo, rosa y todos los matices que pueden herir los ojos regocijándolos. ¿Ves aquella selva umbrosa de cedros? Pues es suya. ¿Ves aquel risueño valle plantado de castaños, nogales y cerezos, cuyos troncos ciñe la yedra? Pues es suyo. Y suyo es el mar embravecido con las riquezas que guarda en su fondo y los bajeles que se columpian en sus ondas. La vid que crece en la ladera, el olivo que presta la aceituna sabrosa, la dorada espiga de donde sale el grano que nos dará el pan de cada dia, son suyos. Mira aquella airosa jóven de rostro nevado: qué redondos son sus hombros, qué hoyuelos se le abren en sus brazos torneados; mira cómo palpita su seno, qué brillo hay en sus ojos: óyela y quedarás arrobado con la melodía de su voz y la armonía de su canto; percibe el perfume que exhala su boca y te deleitarás, pues tambien esa jóven es obra suya. Y aquella celebrada Atenas, con sus templos, sus pórticos, sus estátuas, sus atletas, que arrojaban efluvios de belleza de sus cuerpos, penetrados por la idea libre; y la soberbia Roma con sus circos, termas y arcos de triunfo, todo, todo es suyo.

Ya comprenderás, lector, que hablo de la reina y madre *Naturaleza*.

¿Cuál elegirás? ¿por cuál optarás? Es mejor y

más bella la reina del Cielo ó la de la tierra, María ó la Naturaleza.

Escúchame y resuelve.

¿Quién es la reina del Cielo, quién es María?

No lo sé bien claro. Dicen que vivió allá por el siglo primero de nuestra Era. De entonces y anteriores tiempos, conozco con detalles la historia de célebres personajes relatada por otros no ménos célebres: nadie me discute la existencia de Sócrates, ni de Perícles, ni de Horacio, ni de Augusto, ni de millares más; de la reina del Cielo no hay más que noticias vagas dadas por evangelistas y oscuros romancistas místicos, cuya historia no es ménos dudosa. La mayoría inmensa de los hombres que no es católica, niega su existencia; muchos devotos dudan; ha habido que atizar las hogueras para que carbonicen los cuerpos de infinitos que no han creido en la reina del Cielo.

En cuanto á la reina de la tierra... Abre los ojos y entrará por ellos entre océanos de luz.

Demos, empero, por hecho la existencia de María. Tuvo un mérito grande; dió á luz á un hombre ó á un Dios, como querais, que predicó la humildad, la misericordia, la pobreza, la dulzura y, sobre todo, la resignacion, esta virtud que yo pondria en el altar más alto de mi templo é inundaria de flores y perfumes si fuese partidario de estos templos y simulacros de una devocion temerosa é interesada.

¿Pero y la reina Naturaleza, concibió y parió ménos héroes? ¿Será alguno superior en resignacion á Sócrates, bebiendo la cicuta con serena, majestuosa calma? ¿Pueden compararse unas horas de sufri-

miento en una cruz, que aquí nuestros vascos, antes de haber cristianismo, clavados por los romanos, soportaban entonando cánticos de alegría, porque el morir era para ellos ahorrarse la vergüenza de la esclavitud y mantener aquella libertad que adoraban sus valientes pechos, pueden compararse, vuelvo á decir, aquellos instantes de sufrimiento con los de Campanella, ilustre mártir del libre-pensamiento, encerrado en *cincuenta prisiones*, durante *veintisiete años*, sometido *siete veces al tormento*, colocado sobre un tronco aguzado que le penetraba en la carne haciéndole salir *diez libras de sangre*, metido en un sepulcro por suponerle ya muerto? No de una virgen, sino de la matrona Naturaleza, nacieron génios como Cervantes y Calderon, portentos como Shakespeare, maravillas como Sófocles, Esquilo, Fidias, Dante, Alejandro; mónstruos de inteligencia como Manu, Confucio, Zoroastro y Kant.

La reina vírgen inspira amor á su creyente; pero al punto nace unido á él un universo de ódio: mil millones de criaturas humanas, casi la totalidad de las que pueblan el mundo, son réprobos que irán, segun ellos, á perecer entre azufre y aceite hirviendo. Dios los odia y el creyente debe odiarlos tambien para semejarse á Él. En cambio la reina Naturaleza me enlaza en fraterno amor, no solamente con los hombres de las más opuestas razas y tierras, sino aun con seres, plantas, montañas y mares, que, bajo ella me llaman á una comunidad armoniosa de vida.

¿Qué me dice vuestra vírgen, reina del Cielo? Nada. A mi oido no llega su voz; mis ojos no divi-

san las señales que dá para hacer sensible las leyes de su voluntad. En cambio, la reina Naturaleza me habla de contínuo, en público y en secreto, á la luz y á la sombra: «No andes demasiado, que te fatigarás; no hagas mucho esfuerzo, que saltará la sangre de tus venas; no comas mucho, que no lo soportará tu estómago; no te entregues á los vicios sensuales, que se agujeará tu cuerpo, como tronco carcomido, y será todo él pus y materia; modera tus apetitos y sumando los goces pequeños tendrás un caudal de ellos infinitamente mayor al que obtendrías en algunas horas ó meses de goces desmedidos, ahorrándote además los sufrimientos que estos te producirán de seguro, porque soy inexorable en mis premios y castigos.» Así me habla.

Sin embargo de estos consejos, permanentes, contínuos, que no hay instante que dejen de llegar á mi oido, ni de imprimirse en mi cerebro, no me exige demostraciones vergonzosas de adoracion. No me pide que me ponga de rodillas ante ella como han exigido los déspotas orientales, y los reyes absolutos occidentales; no me pide esos rendimientos serviles, ni ménos colocándome de por medio un hombre vestido de enaguas para que imagine que no á los piés de ella, sino de ese hombre, de estatura cualquiera, me humille.

Salid de los Estados de una de esas dos reinas, salid del de la reina de los Cielos, os encontrareis bien hallados, nadando en la abundancia y ocupando la cima del poder humano: tal ha pasado á Alemania tras una batalla heróica contra Roma. Si sois un Voltaire ó un Víctor Hugo, la aureola

del génio vendrá á ceñir vuestra frente tras una vida larga, sembrada de triunfos.

Probad á saliros de los Estados de la otra; ¡imposible: vuestras manos están atadas como con esposas y vuestros piés como con grillos, á ciertos lugares; ¿sacais vuestro cuerpo demasiado al sol en el Ecuador? os abrasais; ¿os internais demasiado entre los hielos del polo? os helareis; ¿ascendeis desmedidamente en las montañas, ó en escursiones aéreas sobre globos? sentireis vértigos, la sangre saltará de vuestros oidos y se deshará vuestro organismo.

Ved el aprieto en que viven los súbditos de la reina celestial.

Se trata, por ejemplo, de uno que es juez secular, y le llevan á su tribunal un hombre acusado de curar por la sola virtud de salutaciones, palabras misteriosas y aspersiones. ¿Condenará á aquel hombre? ¿Pues no le consta que los apóstoles daban vista á los ciegos y oidos á los sordos, sin más que la eficacia de su palabra? Lo de resucitar muertos y elevarse por los aires, ¿no es cosa para él evidente? Y lo que sucedió entonces, ¿no puede repetirse ahora? Entonces habia, como ahora, muchos descreidos y era preciso dar *señales;* además, el pueblo, que fué quien siguió al Cristo y sus discípulos, acompaña ahora tambien al tribunal á ese hombre y le llama *apóstol.* ¿No será efectivamente un apóstol?

Hé aquí á nuestro juez engolfado en un mar de dudas.

Pues no se trata ya de un juez, sino de un médico que va á operar á un enfermo: ¿entrará el es-

calpelo? ¿y si el diablo, para burlarse de él, ha puesto un pedazo de metal donde debia haber hueso? Si es labrador y le quieren mal los espíritus que le silban cuanda hay viento en el tronco carcomido del árbol, es en balde esforzarse en labrar el campo, porque se perderá la cosecha. Si es un padre que adora á su hijo, vivirá en desasosiego permanente porque la maldita vieja, que vive allá, bajo las casuchas de extramuros, le hará *mal de ojo* por muchos escapularios y colmillos que se le cuelguen al cuello. Bastante te sirve haber estudiado todo el año, jóven católico; precisamente te ha tocado examinarte en martes, y cuando creias ser tú mismo quien elegia la papeleta en que está la pregunta, te la daba con su pata, riendo diabólicamente, el macho cabrío, que estaba oculto bajo la mesa; que nunca faltan á los espíritus malos resquicios en que esconderse.

El súbdito fiel de la reina de los Cielos pasa el tiempo así: murmurando rezos, haciendo la señal de la cruz, ahuyentando espíritus malos, santiguándose. No sale de viaje los dias nefastos, ni come en mesa donde estén sentados trece; si se vierte el salero ó rompe el espejo, correrá al punto al oratorio á rezar contrito para que su abogada le libre de los males que de seguro la amenazan. ¿Se ha parado un cuervo en la peña vecina? pues es cosa cierta, alguien de la casa ha de morir y es preciso confesarse y comulgarse. El tiempo no es oro, sino devocion: ¿cómo; haber olvidado santiguarse al pasar delante del oratorio? ese es un pecado imperdonable; es preciso volver piernas atrás y cumplir con la reina celeste, sinó descarrilará el tren,

de seguro; entre tanto, silba la locomotora y se queda en tierra echando maldiciones; mientras ronca tendido en el coche el súbdito de la otra reina, que va á traerse los bolsillos repletos de oro, de allí donde con su buen juicio y diligencia ha averiguado que existe.

Este súbdito piensa y obra de otro modo. «Mi ley—dice—es inflexible y no hay quien la cambie. Ya pueden romperse todos los saleros, guiñarme los ojos todas las brujas y convertirse en martes todos los dias de la semana con tal de que mi bolsa esté repleta, mi estómago alimentado con manjares sabrosos, sin exceso ni defecto, y mi conciencia tranquila. Examínate cualquier dia, estudiante, con tal de que sepas; es posible que te repruebe el tribunal, pero tu saber te abrirá paso en el mundo; si el martes puedes examinarte, no aguardes al miércoles, y ganas un dia que es vida. ¿Eres médico? manda apagar las velas del altar y aplica el bisturí para cortar la carne corrompida; no tardes, que puede venir la gangrena: mi diosa Naturaleza se encargará de restañar la herida y labrarle nuevos, primorosos tejidos. No te fies de rogativas, labrador; perfora el suelo con artesianos ó abre canales para regar tu campo y échate á dormir á pierna suelta sin temor á las sequías. ¿Te has abandonado á excesos en los juveniles años y está tu cuerpo cribado de agujeros rellenos de pus? Es en balde que hagan funciones á la reina del Cielo tu esposa y tus hijos; diles que no sean necios; delinquiste ante mi reina y te ha impuesto la pena merecida; los gusanos de la fosa te esperan. ¿Haces un uso moderado de tus fuerzas, abres tus poros trabajan-

do, bañándote, paseándote; llevas tu cuerpo donde hay un ambiente sano; no te abandonas á la gula, á la pereza, á la lujuria, á los excesos y los vicios? te sentirás sano y robusto, y consiguientemente satisfecho y alegre. ¿Que te llegará tu hora? ¿Quién lo duda? Pero ¿qué importa? Quien te ha dado tantas satisfacciones en esta tierra como premio de tu sumision á su ley, ¿puede imponerte dolores en otras á donde pudieras ir? Mira este gotoso y asmático que deja para misas á su reina un fortunon; no puede librarse de los horribles dolores que le acosan; el engullir y el refocilarse de la juventud no podian quedar sin castigo. Del mismo modo que no puede soportar una montaña nuestro débil cuerpo, tampoco pueden los sentidos soportar excesivos goces; querer atraer hácia sí el mundo para poseerlo todo, es brutal; el egoismo es torpe, así en cosas del alma como del cuerpo. Mira en cambio aquel otro anciano que ha trepado durante su vida tras las cabras monteses por las montañas del Tirol respirando ambientes puros, ¡con qué agilidad baila con la jóven risueña en la cocina de la casa rústica al compás de las palmadas de los cazadores, mientras la vieja prepara la cena en el hogar y mira de reojo el alegre grupo sin dejar de remover con la cuchara la carne que se frie en el aceite humeante; esos ancianos de blancos, venerables cabellos, rodeados de una juventud sonriente, que ha inmortalizado con su dulcísimo pincel Deffregger, son prueba viva de cómo sabe premiar á sus buenos súbditos la reina Naturaleza.»

Hé aquí el lenguaje de estos adoradores que no se arrodillan.

¿Cuál es pues mejor reina, la del Cielo ó la de la tierra; la que está muda, sorda y ciega en los templos, ó la que nos habla con luces, colores, sonidos, séres y sustancias todos los dias y todas las horas, enviándonos sin cesar corrientes de sangre, fluidos y alegría por todos los poros de nuestro cuerpo?

Resuelve tú, lector, que no tengas entumecidos los sentidos, ni los ojos hueros de nacimiento.

En cuanto á mí, súbdito fiel de mi reina Naturaleza, puedo decirte que estoy totalmente fuera del imperio de la tuya y me hallo perfectamente. ¿Podríais decir vosotros cosa semejante? ¿Os podreis sustraer al reino de la mia? ¡Aun en la fosa os seguirá hasta hacer harina vuestros huesos!

Pero terminaré el paralelo con una impresion grata: vuestra reina os manda odiarme por hereje, impío y demoniaco; la mia me dice que os ame, que no me canse de amaros, porque no seré nada si no me uno en estrecho lazo con todos los hombres. Así, solo siento no tener el bolsillo de la diestra repleto de oro y el de la siniestra de esa *Gloria* porque tanto suspirais, para echaros de los dos á almorzadas y veros alegres en este y todos los mundos que haya, en pago á vuestro ódio.

Lo digo como lo siento.

LA LIBERTAD DE LA CÁTEDRA

La ciencia es, como se sabe, un sistema de verdades. Ahora bien, ¿qué es la verdad? Pues un conocimiento que concuerda con su objeto. Esto es, que si pienso que Cánovas es un político soberbioso que quiere imponer con presuncion loca su autoridad individual á un gran pueblo como España, y realmente es así, entonces mi conocimiento es verdadero.

La verdad radica pues en el objeto. ¿Quién será el que llegue con más seguridad al conocimiento verdadero y por consiguiente á la ciencia? El que haga más abstraccion de sus condiciones subjetivas, de sus preocupaciones, sus creencias, temores, esperanzas; el que deje hablar al objeto en su propia lengua y se apropie ó haga suya aquella voz. La obra científica es, sí, una especie de audicion de cuantos tonos tiene la gama de la realidad, recibidos en la intimidad de la conciencia.

No exige de nuestra parte otra cosa la obra en cuestion que dirigir la actividad hácia los objetos que queramos conocer. En esta como con todas las obras humanas necesitamos movernos de nuestra parte, poner un esfuerzo, trabajar. Ahora, para cada trabajo tenemos nuestro instrumento apropiado, de que natura nos dota. ¿Cuál es aquí el instrumento? ¿Cuál la actividad que ponemos en accion para conocer con verdad?

Pues ya se sabe tambien, es el *pensamiento*.

La condicion primera, por tanto, para llegar á la verdad, es que el pensamiento sea puro é íntegro, que pasiones, intereses, preocupaciones y el mundo de imperfecciones que todos llevamos dentro, imprescindiblemente, como consecuencia de nuestra condicion finita, enmudezcan ante la voz de la realidad.

Y bien, ¿cómo llamaremos á un pensamiento tal?, ¿cómo llamaremos á un pensamiento que no se doblega á las solicitaciones de la pasion, del interés, ú otras mundanales, sino que marcha rectamente á su fin, sosteniéndose en sí mismo, siendo plenamente dueño de sus fuerzas al obrar? Sin duda que todos le llamaremos *libre*.

El pensamiento debe ser, es indispensable que sea, libre. La libertad del pensamiento es, pues, condicion indispensable para llegar á la ciencia.

Ahora, la cátedra no es otra cosa que el lugar donde se expone la ciencia. ¿No se ve ya lo indispensable de la libertad de la cátedra? Libertad de la ciencia, libertad del pensamiento, libertad de la cátedra, no son, pues, sino ideas correlativas, cuya coexistencia es indispensable, dado el carácter so-

cial de la ciencia, esto es, dada la necesidad de difundir la verdad entre los hombres.

Sólo los ciegos de entendimiento pueden dejar de comprender el valor fundamental de la ciencia. Bastará para hacerlo palmario á todo el mundo imaginar á dos sugetos colocados en un lugar desierto: uno de esos sugetos conoce con verdad el lugar y sabe por dónde debe caminar para moverse en él. El otro no lo conoce, al contrario, piensa que marchando en cierta direccion irá al Norte, cuando precisamente irá al Mediodía.

Pues tal es, en imágen, la humanidad con ciencia y sin ella. La ciencia orienta al hombre en el mundo; le da á conocer las propiedades de las cosas y los medios de utilizarlas para sus fines personales. Por la ciencia lleva el hombre dentro el universo bajo la forma de conocimiento y puede fijar con seguridad su planta en cualquier suelo.

Importa, sí, capitalmente, conocer las cosas y conocerlas como son, con verdad.

Así lo ha entendido el hombre moderno, y ha dirigido sus miradas directamente á cada objeto.

Pero hé aquí que hombres sombríos salen al paso de este sério movimiento. «Sois unos impíos y unos herejes, dicen; no hay ciencia fuera de este libro,» y presentan la Biblia hebráica.

«Veamos ese libro,» ha dicho el hombre de ciencia. Si Dios me pone ante los ojos su obra para que la examine y juzgue, no hay razon para que un libro escrito por manos de hombre escape á mi análisis. Y al hojear ese libro se ha encontrado con una leyenda principal y, en el resto, un con-

junto incoherente de verdad y error, de virtud y vicio, de heroismo y bajeza.

Ha visto al principal héroe de esa leyenda comenzar su carrera asesinando á un hombre, y huyendo temeroso de caer bajo la accion de la justicia; héroe que despues, sin saber por qué arte, es protegido por Dios que le habla desde las zarzas ardiendo, y le dicta un código que nadie estudia ya en las Universidades por su condicion rudimentaria, donde está escrito: «No matar,» esto es, no hacer lo que hizo él como primer mérito de su carrera heróica.

Ha visto que la parte de este libro consagrada á los hombres superiores de aquel pueblo, á los levitas ó sacerdotes, más que otra cosa parece, en muchas partes, un tratado de carnicería: de tal manera se habla en él sin cesar de cómo se degüellan las reses, se descuartizan, se les quita el sebo y se queman sus restos para volverse propicio al Dios omnipotente que rige cielos y tierra.

¿Podia ese libro, ya que no fuese más que una leyenda, podria ofrecerse como obra de edificacion moral para recrear la fantasía de ancianos, jóvenes y mujeres al modo de la sabrosa historia del apacible demente manchego?

Nada ménos que eso. Allí se ve á los calificados de santos patriarcas tener hijos de concubinas, á los varones protegidos de Dios cometer incestos con sus hijas, á los sábios reyes sostener serrallos y á las heroinas inspiradas por la divinidad llevar á cabo villanos y atroces asesinatos.

Tal es el libro con el que se pretende nada ménos que detener esta inmensa corriente del pen-

samiento moderno hácia las fuentes de la verdad.

No, y mil veces no. En la pátria de Torquemada no se violarán más los fueros de la ciencia humana. El país en masa ha gritado: «Viva la libertad de la cátedra,» y ese grito se cumplirá, porque nace del fondo más íntimo de la conciencia nacional.

Los que no buscais más que hechos, os podreis convencer, no ménos que los que miran al orígen de las cosas, de la inmensa distancia que hay entre el libre pensamiento que maneja el profesor en su cátedra, y la Biblia con que el mitrado le sale al paso. La Biblia es el libro de la Edad Media, de los siglos de tinieblas y barbarie; el libre-pensamiento es la potencia á que se deben estas maravillas que deslumbran los ojos en el siglo presente. ¿Quereis que volvamos á la barbarie? Pues oigamos á los obispos. ¿Quereis que seamos más ricos, más fuertes y más temidos? Oigamos á los catedráticos difundir las verdades que han descubierto en los repliegues de la realidad, como el pescador descubre las perlas escondidas en las conchas, mediante la serena, pura, íntegra, direccion del pensamiento libre.

ANTE LA ESTÁTUA

DEL LIBRE-PENSAMIENTO

Como la estátua en el fondo del mármol, así estabas tú, ¡oh imágen del Libre-pensamiento! en el corazon de la pátria España.

Capas espesas de gasas negras te encubrian. Sin embargo, nosotros te veíamos á través de ellas en toda tu hermosura y majestad.

Y así cual el artista va apartando con el cincel la informe masa que recubre la belleza en el fondo del mármol, evocándola con su génio, así nosotros nos empeñábamos en hacerte destacar de entre las impurezas que te rodeaban.

Pero ¡ah, que nuestro cincel era tosco!

«Es ella el objeto de vuestros amores como del nuestro, decíamos á nuestros conciudadanos; ayudadnos á apartar aquellas impurezas que la manchan. Lo que habeis adorado como religioso, bueno, divino, todo lo simboliza esta estátua. Las palabras han cambiado: ya no nos llamamos cris-

tianos, no creyentes, no devotos, no amantes de los altares, no adoradores de los santos; antes nos declaramos francos adversarios de los que practican culto á esas palabras; pero estamos seguros de amar lo que llevan en el corazon sus adoradores.» Lo cierto es que cuanto se encierra en esta palabra *cristianismo*, resume aquellos hermosos ideales de nuestros progenitores que defendieron la igualdad, la fraternidad, la libertad, contra un mundo de opresion y tiranía. Cristianismo significó en su nacimiento *humanismo*, pacto de alianza de los débiles contra los fuertes, ascension del cuarto estado de la vida del bruto á la vida racional. La semilla ha ido germinando durante veinte siglos. Pero ha quedado oculta en el alma como el perfume en el pomo. El imperio de la vida ha continuado en manos de los opresores. El rico, el noble, el sacerdote, han flotado en la sociedad. En esta atmósfera externa la fraternidad era mentira, la igualdad era mentira, la piedad mentira, la misericordia mentira, y la caridad, y la justicia, y todas las virtudes cristianas que aprendian de memoria por el catecismo y murmuraban los lábios, mentira y mentira.

El poderoso entraba en la iglesia, rendíase ante el altar de frio mármol, enviaba rayos de amor, envueltos en miradas, á las estátuas inmóviles, salia de allí sin dignarse volver la vista compasiva hácia el pobre que estaba á la puerta, subia á su coche servido por esclavos galoneados, y corria á gozar todos los deleites de la vida.

No, no entremos en esos lugares, hemos dicho nosotros; no entremos á pedir inspiracion á trozos

de mármol inerte, para que el corazon se nos hiele. No es por sus actos de rendimiento ante San Anton, acompañado de su cerdo de hocico saliente, como practicaremos esas virtudes cristianas, á cuyo solo nombre parece que el corazon se derrite en mieles. ¿Por ventura nos pintan al Cristo sus evangelistas arrodillándose en las sinagogas? No; á él le describen entre los hijos del pueblo, buscando el ambiente de los campos, los rios, los lagos serenos y límpidos, las eminencias y los valles, y los festines inocentes; esto es, la vida y el movimiento, para imprimir allí sus ideas.

Así obramos nosotros. Buscamos la plaza pública, la prensa, el *meeting*, la tribuna, la cátedra, los comicios, los teatros, los banquetes, aquellos lugares donde la vida se despliega, para inflamarnos en el fuego que destellan la inteligencia y el corazon de nuestros hermanos, y comunicarles el calor que á nuestra vez sentimos.

¿Qué hombre caldeado en el horno de la vida moderna, no encuentra fria, yerta, la atmósfera del templo?

La juventud deja á la espalda los sombríos conventos y las destartaladas sacristías para correr hácia el foco eléctrico que arrebata sus ojos sedientos de luz. «Quiero vivir—dice—y no arrastrarme como un reptil; quédese la ermita desierta alzada en la eminencia vecina para habitacion del lagarto que pasa inerte estaciones enteras del año; mi destino es más alto. La plaza pública me llama, el certámen artístico, la tribuna, el comercio. Mi madre quiere ver coronada mi frente con el laurel conquistado en la lid poética, en el teatro, en el

campo de batalla sirviendo á la pátria. Contentaos los que querais, con oir el sonido lúgubre y monótono de la campana que recuerda una vida gimiente bajo el despotismo del cetro y la cogulla, mi oido no se satisface con esos tonos rudimentarios que deleitan al salvaje; yo quiero ir á la ópera, donde cien instrumentos, armonizando sus opuestos tonos por obra del génio, forman á modo de un oleaje de ondas sonoras sobre que navega, destacándose, la voz angélica de una Margarita, blanca como una perla, que me trasporta á las regiones de un ideal no soñado antes de vivir el republicano, divino Beethoven.»

Este resúmen de ideas nuevas, de sentimientos nuevos, de amores, esperanzas, ansias y emanaciones espirituales nuevos; todos ellos vivos, palpitantes, repletos de color, fuego y luz, que no niegan lo sustancial de cuantas hermosuras, con el nombre de religion, ciencia, arte, justicia, etc., han pasado, prendándola, por el alma humana en la tierra, este resúmen es lo que ha venido á compendiarse en la palabra *libre-pensamiento*.

«Ahí lo llevas español, que te enamoras de cuanto es ideal y grande; ahí llevas, dentro del alma, esto mismo que nos enamora á nosotros—hemos dicho;—no tienes que pedir inspiracion para ser justo y bueno á la dura piedra modelada por manos perecederas, te basta volver los ojos hácia tí mismo, y pegar los oidos á tu corazon: ahí está el Dios que buscarias inútilmente en el bronce y la madera.»

Por momentos hemos visto ir llegando á nosotros legiones nuevas de obreros, para ayudarnos

á sacar á la luz esa estátua oculta en el fondo de la conciencia nacional. Cada dia han ido destacándose más sus formas hermosas. Faltaba, empero, un esfuerzo último, poderoso, gigantesco para separar las últimas escorias y que luciese ante todos los ojos el mármol blanco y pulimentado.

Ese esfuerzo acaba de hacerlo la juventud española. En Madrid, en Barcelona, Sevilla, Valencia, Zaragoza, Cádiz, Málaga, Granada, en todas partes no se oye más que un grito: «¡Viva la libertad de pensamiento!» El cuerpo lleno de sávia y de impulsos generosos de esa juventud no ha dudado en oponerse indefenso á la cuchilla reaccionaria para recibir el bautismo de sangre en defensa de la nueva diosa. De hoy más la libertad de la ciencia y del órgano que la informa, el pensamiento, es ya aquí indiscutible para todo gobierno que funde su poder en la voluntad nacional. Para atacar alguien esa libertad, sabe que tendrá que pasar sobre los cadáveres de la florida juventud, esperanza de la pátria, que no teme al sable reaccionario. Obispos, estais derrotados. Ante la inteligencia nacional, que representa esa juventud, habeis quedado indiscutiblemente á la zaga de sus maestros; el sacerdocio de la ciencia triunfa sobre el del místico y soñador sentimentalismo. Seguid siendo, clérigos, los señores de la conciencia de la débil mujer que se aterroriza con el diablo; el viril entendimiento nacional que late en esperanza, en la juventud, se adhiere sólo á la severa verdad que el catedrático encuentra tras meditaciones profundas y expone con total independencia en su cátedra. Retírate, sacerdote, á las sacristías; el primer

poder social va á parar á su fuente, á la Universidad. Queráislo ó no, hombres de cogulla y hombres de sable, teneis que hacer lo que ya ha hecho un juez dignísimo: ponerse á las órdenes del profesorado reconociendo que allí está la soberanía más alta. Si el sable de gobernantes desvanecidos ha triunfado un instante, pronto veremos á los que han osado esgrimirlo caer de su pedestal entre aplausos universales. El pensamiento triunfará, no hay duda. ¿Dónde están la discrecion, la elocuencia, la autoridad, la prudencia? Ya lo habeis visto: ante la majestad del profesorado, la juventud insurreccionada cede, se oculta la fuerza, el gobierno tiembla, sus cómplices se esconden y el país inteligente bate palmas.

Repitámoslo: la estátua del Libre-pensamiento estaba ya formada en la conciencia nacional. La juventud con su empuje fogoso la ha descubierto ofreciéndola á la luz y dándola un basamento de granito indestructible.

Ahí estás: tu frente es ancha como el firmamento y serena como noche estrellada, tu boca entreabierta arroja torrentes de amor humano, como el volcan arroja torrentes de lava. Tu leve pié adelantándose y tu cuerpo inclinado simbolizan el progreso, mas como si el andar no bastara á tu ansia de movimiento, hermosas alas se abren en tu espalda. Tus ojos destellan haces de luz. Tu hermosura radiante, no excluye esa viril fortaleza que ostentas. Tus músculos contraidos como por corriente interna de espíritu, con la briosa direccion hácia el cielo de tus ojos y frente, dan testimonio de que tu aliento fluye en lo interior y lo exterior,

que abarcas el mundo de la naturaleza y el de la conciencia.

Partidos políticos, asociaciones de diversos géneros, periódicos, personas de todas clases y categorías, vienen á arrojar á tus piés coronas y flores. Habrá en adelante aquí, diferencias de criterio sobre la manera de constituir el poder, habrá republicanos y monárquicos, socialistas é individualistas, seguirán discutiendo parcialidades y escuelas; pero no habrá quien, llamándose liberal, ponga en tela de juicio el derecho de todo hombre á pensar libremente; no es ya la declaracion de la ley muerta, es la lengua viva de todo un pueblo en aquella parte que tiene de más importante y vital, por ser la más inteligente, quien lo proclama y sanciona.

Déjame llegar á tí, divina imágen de lo que entre esperanzas, calor, brio y generoso entusiasmo, lleva ya palpitante en su seno la valiente juventud de este gran pueblo ansioso de brillar en la tierra, déjame llegar á tí y poner en esa mano derecha que adelantas con fiereza, mi corona de siemprevivas.

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo. VII
Juicio de Dios.. 1
1884.—Tengamos fé. 10
La Masonería y el Papa. 14
Cides y Reyes, ó Democracia y Monarquía.. . . 24
República y Libre-pensamiento son gemelos. . . 28
El Dos de Mayo. 40
Importancia de la mujer. 44
Nuestra Revolucion. 51
Espantosa vision. 55
La vergüenza no es ser sublevados, sino tiranos. 84
O contradiccion, ó adhesion.. 89
Al árbol de Guernica.. 96
La pena de muerte.. 101
¡Bárbaros, bárbaros, bárbaros!.. 105
La alusion del P. Cámara al Libre-pensamiento. 111
El Cid excomulgado. 118
A un vasco carlista, cualquiera. 123
Exhortacion. 129
Cuadron, cura desengañado. 134
La contricion católica. 140
Giordano Bruno. 152
Las dos reinas. 162
La libertad de la cátedra. 172
Ante la estátua del Libre-pensamiento. 177

R. 6764

BATALLAS DEL LIBRE PENSAMIENTO

Contiene este volúmen, entre otros, los artículos siguientes:

Denunciados y sobreseidos: *Nuestra Revolucion, La vergüenza no es ser sublevados, sino tiranos*, etc.

De polémica religiosa: *Juicio de Dios, La Masonería y el Papa, Espantosa vision*, etc.

Políticos: *República y libre-pensamiento son gemelos, Cides y Reyes, ¡Bárbaros, bárbaros, bárbaros!*, etc.

Termina la coleccion con el artículo consagrado al triunfo del libre-pensamiento, titulado: *Ante la Estátua del Libre-pensamiento.*

PRECIOS

A los suscritores á LAS DOMINICALES.	Cada ejemplar.	1	peseta.
A los no suscritores.		1,50	»
A los corresponsales y libreros cuyos pedidos lleguen á seis ejemplares..		1,25	»
En el extranjero.		2	»
En Ultramar..		2,50	»

ARTÍCULOS RELIGIOSOS Y MORALES

POR

DEMÓFILO

Primera série de artículos publicados en LAS DOMINICALES

Precio de cada ejemplar. . . . . 1 peseta.

Se venden en la Administracion de LAS DOMINICALES DEL LIBRE-PENSAMIENTO, *además de las dos obras anteriores.*

Memorias de un clérigo pobre, por Constancio Miralta, Presbítero.	1,50	pesetas
Higiene de los niños, por Pablo Lozano y Ponce de León.	4	»
Del escepticismo político de la clase obrera..	0,50	»
Explosiones del sentimiento, por Luis Moreno Torrado. .	2	»